



Casa abierta al tiempo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

UNIDAD IZTAPALAPA

DIVISIÓN DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES

POSGRADO EN CIENCIAS ANTROPOLÓGICAS

**Cultura y participación política en el Movimiento
de Resistencia Civil en la Ciudad de México**

Tania Libertad Sánchez Garrido

Tesina de Maestría en Ciencias Antropológicas

Director: Dr. Héctor Tejera Gaona

Asesores: Dr. Eduardo Nivón Bolán

Dr. Sergio Tamayo Flores

México, D.F.

Julio, 2007

INTRODUCCIÓN

En México, los impulsos por obtener cambios democráticos, presentan una trayectoria de casi cuarenta años y sus mayores impactos se registran por la presión proveniente de los movimientos sociales. Los primeros colapsos al sistema autoritario, se inician en los años setenta producto de los cuestionamientos que el movimiento estudiantil de 1968 manifestó por la falta de espacios para la expresión de una oposición puramente política en un sistema de partido hegemónico, corporativo y clientelar. En consecuencia, encontramos que el malestar social y la disidencia se expresaron fuera de la vida institucional. En los años ochenta, el descontento y los conflictos en el país cobran mayor fuerza ante la agudización de los problemas sociales y políticos dada la crisis económica y los consecuentes incrementos de la pobreza, desempleo, pérdida del poder adquisitivo y la deslegitimación del gobierno. Todo ello en un contexto caracterizado por el dismantelamiento del Estado benefactor, con lo cual se le inhabilita para desactivar los problemas a través de políticas de beneficio social, como resultado de la adopción de medidas neoliberales en la política económica del país.

Así, sobrevino una oleada de movimientos urbanos, cuyo momento más álgido se sitúa en el descontento generado por el fraude electoral de 1988; consecuentemente, se fueron generando sistemáticamente desde el gobierno, una serie de reformas estructurales al régimen político, cuyo objetivo perseguía relegitimar al sistema político transparentando los procesos electorales y presentando la posibilidad de que los partidos políticos pudieran alternarse en el poder. Producto de dichas reformas, en 1997 arriba el PRD al gobierno del DF y en el año 2000 el PAN ocupa la presidencia nacional, factores que impulsaron la percepción de que era posible la consolidación democrática en México.

Sin embargo, el alto nivel de abstencionismo en las elecciones intermedias del 2003, así como el control y la manipulación del proceso electoral del 2006 que dio lugar al llamado Movimiento de Resistencia Civil (MRC), cuestionan la cualidad democrática en un país donde las elecciones se han convertido en costosos rituales de renovación de las dirigencias políticas, sin un significado de competencia real, puesto que las leyes electorales no garantizan adecuadamente las reglas mínimas de la democracia.

A. Los orígenes del Movimiento de Resistencia Civil

En 2004 se gestan las primeras movilizaciones sociales con motivo del proceso de desafuero del Jefe Capitalino quien se perfilaba como candidato presidencial del PRD para el 2006. En torno a dicho proceso resonaron afirmaciones sobre la continuidad autoritaria y cuestionamientos relativos al nivel de democracia que se vive en el país. Ante este hecho el 29 de agosto tuvo lugar la marcha del silencio contra el desafuero que sorprendentemente logró reunir a casi medio millón de personas. Esta presión social generó que el gobierno federal decidiera no continuar con el procedimiento judicial abierto en contra del Jefe de Gobierno.

El uso político del desafuero benefició la popularidad de Obrador, quien emprende para el 2006 una campaña dirigida a los pobres y en cuyo discurso se posiciona en contra de los viejos privilegios de la clase política, del empresariado y de los parientes políticos del candidato a la presidencia por el PAN. Sin embargo, el antecedente del desafuero, la inequidad de las campañas electorales, la injerencia de grupos de extrema derecha y empresarios, la influencia de los medios de comunicación masiva; la forma en la que se contabilizó el PREP (Programa de resultados electorales preliminares) y la postura del IFE, propiciaron entre muchos mexicanos la certidumbre de que las elecciones habían sido fraudulentas.

Las circunstancias descritas propiciaron la protesta de más de un millón de personas y la emergencia del Movimiento de Resistencia Civil; el cual, reiteró la existencia del fraude electoral e impugnó (ante el TEPJF Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación) los resultados electorales exigiendo un nuevo conteo de las todas las casillas, bajo el lema “voto por voto, casilla por casilla”. La principal medida de presión a propuesta de López Obrador y adoptada por el MRC se tomó el 29 de julio de 2006: la instalación de un plantón sobre la Av. Reforma y el Zócalo que duraría hasta el 16 de septiembre.

En las tiendas de campaña en el Zócalo y el Paseo de la Reforma se ven niños, adolescentes, ancianos, los mexicanos más desprotegidos. Su convicción es sorprendente, su ánimo también. Son los nacos, o al menos así los llaman por pobres, morenos, indígenas, fracasados, ignorantes, vulgares, vagos. Según los ciudadanos enfurecidos por el bloqueo, no tienen oficio ni beneficio y por eso pudieron venir a sentarse en los campamentos y hacer que

los comerciantes del rumbo pierdan dinero. Esos a los que llaman “muertos de hambre” o “pelados” son los que crean la riqueza de este país [...]. La verdadera riqueza de este país es la “gente” que ha sido explotada por generaciones y merece una vida mejor. Somos un país grandioso y podemos ser una potencia bárbara, somos cien millones de mexicanos, la doceava economía en el mundo a pesar del manejo torpe y toda la rapacidad. Yo cerré mi puesto en el mercado para venir al campamento porque voté por AMLO y no me voy a dejar. Con AMLO íbamos a tener una mejor vida y nos la están quitando estos desgraciados. Lo de mi puesto lo traigo aquí al plantón —verduras, semillas, pollos— para que coman. Aquí también hay campesinos que vinieron con su familia porque no quieren quedarse en su casa a esperar. Queremos estar juntos y fortalecernos para ver qué nos dice AMLO y qué vamos a hacer.¹

Durante el plantón podía observarse la multiplicidad de actores que amalgama el MRC, que de no existir este movimiento, posiblemente no compartirían un tiempo ni un espacio en común, pues manifiestan diferentes razones para involucrarse en la lucha, distintas perspectivas sobre su capacidad de incidencia política, así como disímiles maneras de relacionarse y organizarse. Por ello una de nuestras preguntas iniciales fue ahondar sobre el significado de lo que para ellos es *estar ahí*; cuál es la particular esperanza que motiva su participación y qué representa López Obrador para ellos.

Ante estas preguntas, decidimos estudiar este movimiento social, puesto que consideramos que la vida democrática del país no se construye desde el veredicto de una fórmula importada e impuesta por los espacios institucionales a la ciudadanía, sino que la vida democrática forma parte de un repertorio cultural que se construye en la cotidianidad.

Creemos que los fenómenos de acción colectiva se convierten en un escenario que posibilita un acercamiento a las formas y los contenidos de las expectativas y demandas que sobre el poder tienen los ciudadanos. Poder entendido como el conjunto de acciones gubernamentales que inciden sobre la redistribución del ingreso.

¹ Poniatowska, 2007: 40.

Nos resulta pertinente estudiar a los ciudadanos que se involucran en acciones que cuestionan la calidad democrática del país a través del MRC. Con base en esta investigación pretendemos profundizar en la dinámica de resistencia y cambio en los contenidos político-culturales que se expresan en dicho movimiento.

En este sentido creemos que el estudio de este movimiento puede aportar elementos para entender la conflictividad que implica la construcción democrática en México.

B. Propuesta de investigación

La pregunta central que articula nuestra investigación se dirige a determinar cómo funciona el MRC en la Ciudad de México. Nos hemos propuesto caracterizar su funcionamiento desde dos perspectivas: la primera, se dirige a *observar la participación ciudadana*, pues consideramos necesario realizar un diagnóstico del accionar ciudadano para entender la relación entre las transformaciones sociopolíticas y culturales y el imaginario colectivo en torno al poder. Por lo tanto, nos cuestionamos sobre las circunstancias que: a) motivan las formas en las que se expresan y exponen sus principales demandas y expectativas; b) la manera en que interactúan y participan los diferentes sectores que lo integran; c) el tipo de redes y las formas de organización política que presentan.

Lo anterior con los objetivos de: a) ahondar en la percepción que la ciudadanía tiene sobre la eficacia de su actuar político; b) conocer bajo qué códigos, normas, percepciones y valores e imaginarios colectivos, los actores sociales establecen sus interacciones y estrategias de lucha política; c) finalmente, establecer los elementos que integran el imaginario colectivo que en torno al poder tiene la participación ciudadana del MRC.

La segunda perspectiva apunta a *conocer al Movimiento de Resistencia Civil* como una entidad. Para ello nos planteamos indagar sobre: a) cómo y por qué surge; b) cuáles son los elementos que lo integran y propician su cohesión; c) cuál es su dinámica interna, destacando cómo se expresan las relaciones políticas entre integrantes y líder del movimiento.

Estamos interesados en establecer cómo influye la experiencia participativa previa de la ciudadanía en su actual participación, dirigiendo la investigación hacia el

conocimiento sobre cuáles son los elementos culturales que matizan los vínculos políticos que existen entre el movimiento y su líder. Ante una tradición política basada en relaciones clientelares, nos interesa conocer cómo se manifiestan y qué papel tienen dichas relaciones en la dinámica o en la cohesión del MRC. En este sentido, pretendemos dilucidar cómo es que actúan los imaginarios sobre el poder en el ámbito de la dinámica del movimiento.

Sugerimos pensar el fenómeno considerando su carácter paradójico: de un lado, la multiplicidad de actores sociales con demandas y formas organizativas distintas, lo cual dificulta pensarlos como integrantes de un movimiento social tradicional (dada su composición heterogénea y el tipo de expectativas que plantea); del otro, la cohesión que se logra, no obstante la variabilidad de las formas de significación que sobre el poder tiene la ciudadanía que participa en éste.

En este sentido, el análisis de las relaciones políticas resulta prioritario para entender la difícil articulación entre cultura y política, a la luz de un accionar ciudadano circunscrito a un conflicto y fuertemente motivado por la presencia de un líder y matizado por expectativas de transformación, mismas que van desde la inmediatez personal hasta el desarrollo nacional.

De lo expuesto se desprenden objetivos de investigación específicos particularmente sobre la participación ciudadana y sobre el MRC.

Sobre el tema de la participación nos hemos planteado estudiar las circunstancias sociales, culturales y políticas que motivan la participación ciudadana en el movimiento. Específicamente, pretendemos caracterizar las relaciones políticas entre el movimiento social y el líder político; determinar los mecanismos de participación institucional (partidaria) y/o espontánea, así como las formas de organización y redes; y describir el imaginario colectivo que en torno al poder construye la participación ciudadana del MRC.

Mientras que sobre el tema del movimiento se pretende analizar su dinámica interna. Específicamente intentaremos establecer los elementos que dieron origen al MRC, tanto en la perspectiva sincrónica como diacrónica; ahondar sobre las relaciones que se establecen entre el líder del movimiento y sus integrantes y cuáles son los elementos culturales matizan dicha relación; conocer su composición social;

determinar los imaginarios sobre el poder y la dinámica que propician; establecer el papel de las relaciones clientelares o de intermediación en dicha dinámica y, finalmente, delinear su futuro en los próximos dos años, estableciendo cuál será la relación entre demandas generales o particulares y sus efectos sobre la dinámica del movimiento.

La temporalidad que abarca esta investigación va desde la caracterización de la percepción ciudadana generada a partir del proceso de desafuero al candidato presidencial del PRD, hasta los dos primeros años del llamado “gobierno legítimo”.

Justificamos la pertinencia de la presente investigación considerando que, en México, la participación política que trascienda la actividad electoral no es un hábito constante en la cultura política de la sociedad mexicana. Esto se debe a que institucionalmente se ha impulsado el desarrollo de la democracia representativa sobre la democracia como forma de vida; es decir aquella ligada a su participación en decisiones políticas que afectan su cotidianeidad.

La sociedad mexicana se caracteriza por su alto grado de apatía y conformidad con decisiones políticas que toma la clase política. Temas que en otros países han ocasionado revueltas nacionales,² sus cuestionamientos difícilmente alcanzan el nivel de protesta; hay quienes (Fernández, 2002; Hernández, 2005; Preschard 1997; Tosoni, 2007; Woldenberg, 2002) lo atribuyen al diseño institucional, al control mediático, a

² Vease, por ejemplo el 19 y 20 de diciembre de 2001 el movimiento de resistencia civil generado en Argentina ante un hartazgo del mal gobierno y las reformas estructurales que dio lugar a las asambleas populares multclasistas; el conflicto en la República Democrática del Congo en donde candidato Jean Pierre Bemba rechazó los resultados de las elecciones presidenciales del 29 de Octubre que le dieron la victoria a su oponente, el presidente Joseph Kabila, con una diferencia del 16%, en este país la idea de fraude a dado lugar a revueltas sociales violentas, 18 de noviembre se produjo un enfrentamiento entre ambos bandos que dejó un saldo de cuatro muertos. La policía arrestó a 337 personas sin hogar, incluyendo a 87 niños, dijo el gobierno, que los acusa de haber iniciado el problema.

<http://www.multimedios106.com/espanol/home/noticias.php?id=316&tipoInfo=1&identificaArticulo=10929>

la herencia de un sistema autoritario, al bajo nivel educativo, las relaciones clientelares, de compadrazgo y corporativas, etcétera. Sin embargo, lejos de preguntarse sobre el por qué la ciudadanía no participa, nos resulta importante plantearlo en términos positivos, es decir, preguntarnos por qué y cómo participa la ciudadanía y qué elementos culturales posibilitan su participación.

En este sentido, la investigación se plantea detallar los elementos que conforman la relación que se establece entre el imaginario colectivo de los diversos grupos sociales que integran el MRC y su líder político en la Ciudad de México. Así, al margen del debate sobre la existencia de un fraude electoral, el interés que motiva esta investigación consiste en estudiar la protesta social

Los movimientos sociales, a decir de los sociólogos, pero igualmente de Laclau (con sus "demandas diferenciales") o de Souza Santos, son grupos de la sociedad civil que se reúnen y son movidos por reivindicaciones o demandas particulares (que tocan, sin embargo, a toda la sociedad y en ese sentido son universales, como el movimiento feminista o ecologista, por ejemplo). Cuando las demandas de estos grupos (movimientos propiamente dichos, clases sociales, etnias de pueblos originarios, etcétera) no son satisfechas, entran en acción.

Por ello, llama nuestra atención que en México la resistencia ciudadana a participar en viejas problemáticas y la novedosa explosión de movimientos sociales ante conflictos, ya desde los gobiernos priístas, permanecían latentes y que sea hasta ahora cuando la acción política de la ciudadanía actúa organizadamente. Al respecto, vale comparar la actual coyuntura con el movimiento de 1988, el cual no se capitalizó como movimiento social sino como partido político. Con la emergencia del MRC, surgen entonces distintos supuestos explicativos: será la mediación política partidista la que direcciona el quehacer político ciudadano; es la presencia de un liderazgo que es capaz de levantar expectativas colectivas e influir en la acción colectiva, es una nueva concepción de la capacidad política de la participación ciudadana que se propone cambiar lo que no le satisface, o es una mezcla de todas estas percepciones lo que cobija el movimiento de resistencia civil.

Lo anterior nos permite suponer que existe una nueva relación entre la manera en que la ciudadanía se concibe y relaciona políticamente y la existencia de un nuevo imaginario en torno al poder con expectativas distintas.

Así, para explicar la movilización popular, es indispensable abordar su integración y la participación de los intereses (Nivón, 1998:56), por lo que nos resulta importante estudiar el funcionamiento interno de un movimiento social para entender los elementos culturales que permiten encontrar un juego de intereses que han generado un tipo de liderazgo novedoso y una participación política *sui generis*, cuyas acciones caminan tanto bajo formas establecidas institucionalmente como rompiendo los límites del sistema.

Nos proponemos ahondar en el análisis sobre el poder. Sin embargo, cabe señalar que resulta compleja su aproximación pues, como se apuntó arriba, este movimiento presenta como estrategia acciones que caminan sobre vías institucionales y fuera de ellas. Por tal motivo consideraremos una participación “institucional” (partidaria) como otra “espontánea” (sin pertenencia a un grupo organizado), para observar las relaciones políticas que entablan estos tipos de participación del movimiento de resistencia civil con su líder.

Las relaciones políticas son enfocadas como un momento en el que se puede materializar el imaginario sobre el poder. Se conforman a partir de demandas y necesidades con base en las cuales la ciudadanía plantea sus expectativas sobre el devenir inmediato o a largo plazo; es decir, sus aspiraciones individuales y/o en la vida colectiva. Así, las demandas y necesidades matizan el tipo de relación política que la ciudadanía tiene con el líder y su grado de involucramiento político en el movimiento, lo cual nos remite a la observación del sentido que los propios participantes le confieren a su acción. *En este sentido, el movimiento social adquiere una orientación cultural, pues no es visto como una respuesta ante problemas, sino como interpretaciones que la sociedad tiene sobre sí misma.*

Los movimientos sociales son un escenario de elementos simbólicos que permiten reconstruir a la sociedad a través de la movilización de los recursos simbólicos de los actores (Nivón, 1998:61). Por tal motivo, el estudio del MRC pretende enfocarse en los contenidos que el imaginario colectivo tiene sobre el poder,

a partir de indagar las demandas y necesidades en la relación política; es decir, se trata de pensar que a partir de éstas es posible descubrir los significados que la ciudadanía le asigna tanto al personaje como a la circunstancia política que está viviendo y actuando. Su abordaje no implica únicamente destacar lo que sus integrantes piden, *sino ahondar sobre el cómo lo piden, a quién lo piden, por qué lo piden y qué hacen para obtenerlo.*

Este análisis nos permitirá profundizar en la cultura que matiza las relaciones políticas en el MRC, pues siendo ésta el espacio de construcción intersubjetiva de las percepciones sociales, enmarcarla dentro de la acción de un movimiento social que contiene relaciones políticas con demandas y expectativas tanto particulares como colectivas, hace posible debatir sobre cómo la cultura actúa en el ámbito político y, a su vez, cómo es modificada por éste.

Cabe señalar que la presente investigación retoma la dimensión cultural de los movimientos sociales, pues siguiendo a Melucci se les concibe como formas permanentes de expresión social; es decir, como construcciones sociales generadas por la interacción de los individuos y no solamente como acciones resultantes de la crisis de un sistema.³

C. Esquema del Trabajo

A continuación se presenta el recorrido teórico que hemos realizado para sustentar el enfoque analítico con base en el cual observaremos al MRC.

En el primer capítulo se elabora a partir de pensar a los movimientos sociales como efecto de la modernidad, cuyo ánimo envuelve al hombre en la constante búsqueda del cambio y la transformación mientras que su proyecto modernizador

³ Melucci define a los movimientos sociales como formas de acción colectiva a) basadas en la solidaridad, b) sostenidas por el conflicto, c) que rompen los límites del sistema en el cual ocurre la acción. Son producto del campo cultural: afectan la identidad personal, el espacio y el tiempo de la vida cotidiana la motivación y los patrones de cultura de la acción individual. Pese a que requieren cierto nivel de estructuración, los movimientos sociales son, más que instituciones, redes o áreas, es decir, redes de grupos de individuos que comparten un conflicto cultural y una identidad colectiva, dicha definición incluye no sólo la organización formal sino también las redes informales que conectan individuos o grupos con un área amplia de participación y posibilitan el uso de bienes y servicios producidos por el mismo movimiento. Véase Melucci, 1999.

suscita paradójicamente las críticas de la movilización social, aunque sus desarrollos tecnológicos posibilitaron nuevas formas de organización colectiva orquestada y con capacidad de trascender el tiempo y el espacio. De esta manera se consideró pertinente señalar algunas definiciones que existen sobre lo que llamamos movimiento social a partir de responder ¿qué es un movimiento social? ¿cuándo surge?, y ¿cuáles son los elementos que lo diferencian con relación a otras formas de acción?. Finalmente se propone realizar un breve análisis sobre las líneas generales que guarda el estado del arte de los movimientos sociales, a partir de tejer un puente entre el contexto y los movimientos sociales que emergen; para de esta manera acceder a saber cómo está siendo mirada e interpretada la sociedad y conocer los ignorados y/o desconocidos elementos que de la realidad retoman.

El segundo capítulo aborda, las herramientas analíticas y conceptos más utilizados para explicar a los movimientos sociales en la actualidad, lo cual nos permite ubicar tres importantes corrientes teóricas: *la contextual*, *la relacional*; y *la identitaria*. Como se verá más adelante, las dos primeras privilegian el esquema trazado por la lógica del estructural-funcionalismo, mientras que la tercera pone énfasis en el sentido y significado de la acción.

En el tercer capítulo se desarrollan las tres principales áreas de conflicto sobre las cuales se expresan los movimientos sociales: la modernidad, las medidas neoliberales y la democracia; destacando lo propio del contexto latinoamericano en términos de las demandas y cuestionamientos que plantean los movimientos sociales, tanto a la teoría como a la realidad misma. Pues a la hora de pretender explicar su conflictividad, buena parte de los estudios en Ciencias Sociales resultan ser aplicaciones, en ocasiones forzosas, de los modelos de mayor peso —contextual, relacional e identitario— diseñados para el ámbito europeo o norteamericano, o bien interpretaciones que a distancia se hacen sobre América Latina. Por lo que en este apartado, pretendemos constatar cómo una misma inquietud adopta distinta forma según el lugar donde se enuncia, pues consideramos que las teorizaciones sociales dependen del mundo social sobre el cual teorizan.

En el último capítulo, se expone el enfoque con base en el cual se realizará el estudio del MRC, construido a partir de los siguientes ejes:

Por qué emerge el MRC. Esta pregunta nos conducirá a proponer una perspectiva desde la crítica que hace este movimiento a la cuestión estructural a partir de la cual sea posible mirar: a) la relación entre las promesas de modernidad, las medidas neoliberales y la democracia, con relación al proceso de exclusión experimentado como movimiento social; b) su integración y funcionamiento a partir de dirigirnos hacia las formas de participación ciudadana que existen en su interior: ciudadanos independientes, redes, la presencia de actores tradicionales como son los partidos políticos —su lucha por el control del gobierno—; y, c) la presencia de dependencias políticas expresadas en procesos como el clientelismo y el corporativismo.

Cómo se mantiene el MRC. Con ello se intentará ahondar en la presencia de imaginarios compartidos en torno a los significados que se le asignan al poder, mismos que hacen converger a la ciudadanía en un proceso político con relaciones y compromisos particulares. Se tratará de un enfoque centrado en los actores sociales, donde la cultura es el centro de análisis que se inserta en todas las prácticas sociales. Con base en ella, nos proponemos observar la lucha contra las exclusiones y los efectos de las diferenciaciones que existen en el acceso a los recursos materiales y culturales, lo cual nos conducirá a hipotetizar sobre la intensidad de la participación, así como la duración e intensidad del compromiso político en el marco de la relación que se construye ante la presencia de un conflicto político y la experiencia de exclusión personal.

En este apartado se señala la manera en la que observamos al MRC, y las rutas de análisis que permean los aspectos sustantivos de nuestro estudio.

I. LOS MOVIMIENTOS SOCIALES

1.1 Ubicación histórica en la idea de cambio

“Todo lo sólido se desvanece en el aire, todo lo que es sagrado se profana, y los hombres, al final, tienen que enfrentarse a [...] las condiciones reales de sus vidas y sus relaciones con sus semejantes”. Con esta afirmación Marx sintetiza la dinámica de la modernidad, en la cual la transformación hacia el progreso y la lucha por la renovación son los principales ejes motivadores del quehacer social, pues a lo largo de su obra, nos presenta al capitalismo como el principal motor del cambio en la vida moderna y su irrupción rapaz en todas las esferas, es decir aparece como una especie de remolino que arrastra y transforma la supuesta solidez de las formaciones sociales.

Sin embargo, el remolino de la vida moderna paralelamente se alimenta de otros procesos sociales, tales como el avance científico, la industrialización en la arena productiva, el crecimiento poblacional y el desarrollo urbano, el afianzamiento de los estados nacionales, el auge del mercado capitalista, entre otros; a dichos procesos se les conoce como *procesos de modernización*⁴, mismos que hicieron posible un estado de mutación perpetua, pues propiciaron una variedad sorprendente de visiones e ideas, aunque cabe señalar que a pesar de la pluralidad, en el fondo coincidían en torno al proyecto moderno para el futuro. Dicho proyecto consiste en:

Una nueva concepción sobre los rumbos de la historia y el papel del hombre racional, pues se define el sentido y la finalidad de la historia a partir de la idea de un

⁴ Dichos procesos hacen referencia a los grandes descubrimientos en las ciencias físicas, la industrialización de la producción, que transforma el conocimiento científico en tecnología, crea nuevos medios humanos y destruye los viejos, acelera el ritmo de la vida, genera nuevas formas de poder jurídico y lucha de clases; inmensos trastornos demográficos, que separan a millones de personas de sus ancestrales hábitats, arrojándolas violentamente por el mundo en busca de nuevas vidas: el rápido crecimiento urbano y con frecuencia cataclísmico: sistemas de comunicación masivos, dinámicos en su desarrollo, que envuelven y unen a las sociedades y las gentes más diversas: estados nacionales cada vez más poderosos, que se estructuran y operan burocráticamente y se esfuerzan constantemente por extender sus dominios; movimientos sociales masivos de la gente y de los pueblos, que desafían a sus gobernantes políticos y económicos, intentando ganar algún control sobre sus vidas; y finalmente, un mercado mundial capitalista siempre en desarrollo y drásticamente variable, que reúne a toda esa gente e Instituciones (Berman, 1985).

progreso lineal, la dinámica es superar el pasado e identificar lo nuevo con lo valioso; se cree que la historia persigue fines de emancipación humana, con el progreso el hombre se liberará de sus sujeciones —tradicionales y por tanto obsoletas para este proyecto—, mostrando así, una historia resultado de la acción del hombre capaz de vencer las fuerzas irracionales que rigen los acontecimientos para así instaurar un orden racional.

La idea de racionalidad desplegó un modo nuevo de ser y de enfocar las relaciones del hombre con: a) *la naturaleza*, pues mediante el descubrimiento científico y la matematización de la realidad fue como el hombre pudo concebir emancipar a la naturaleza y apropiarse del mundo; b) *con Dios*, ya que a través la reforma de protestante, la desteologización de la realidad, la relación naturaleza y el deísmo, así como con la historización de la religión; fue como el hombre asumió que tenía autonomía en sus acciones, las cuales no están mediadas y/o determinadas por Dios; y c) *consigo mismo*; en donde el antropologismo, la nueva conciencia histórica y filosofía de la historia, la fe en el progreso de la humanidad, el asumir a la Ilustración como actitud intelectual, reflexionar con base en un nuevo pensamiento sobre lo social y político, así como atribuir otra fundamentación a la moral, son elementos que permiten al hombre experimentar una especie de poder, pues a través de ellos afirma su capacidad de incidir en la historia y transformarla; es decir, de construirse un futuro mejor.

En este sentido, el proyecto moderno pretendía hacer del hombre y la mujer tanto los sujetos como los objetos de la modernización, pues al dotarlos del cálculo racional y de una conciencia histórica del mundo, se afirmaba la autonomía para poder cambiar el mundo que a su vez, los está cambiando a ellos (Berman, 1985; Sevilla 1993). En este sentido, los movimientos sociales se convierten en una muestra representativa del paradigma moderno, pues se insertan en la lógica de transformación del orden; de hecho, han sido concebidos como “productores de modernidad y al mismo tiempo producto de la misma” (Ibarra, 1998: 13).

Así, con el hálito de la modernidad, los fenómenos de conflicto colectivo a los que llamamos movimientos sociales emergieron, diferenciándose de otras formas premodernas como fueron en su momento los movimientos milenaristas o comunitaristas, los cuales han sido caracterizados por estar predeterminados

culturalmente por fuertes lazos tradicionales, como respuestas a agravios inmediatos dado que sus causas tienen un origen local, su acción es espontánea y sin miras a generar redes o proyectos más amplias. Así, estos movimientos premodernos, fueron expresiones aisladas, rara vez organizadas y breves (Ibarra, 1998: 13; Tarrow 1997: 142).

En contraposición a las viejas formas de acción local, en Europa y Norteamérica, empezó a desarrollarse un repertorio nuevo y más general de acción colectiva, caracterizadas por tener repercusiones nacionales, de carácter autónomo y modular, por lo que durante la modernidad, formas de acción colectiva alcanzaron trascendencia en tiempo y en el espacio, consiguiendo ser usadas por una variedad de actores sociales en nombre de distintas exigencias y servir de puente entre ellos para fortalecer su posición y reflejar exigencias más amplias y proyectivas.

Así, tanto la expansión de ideas o motivos de lucha como las formas de acción concertada, dieron lugar a concepciones de unidad y homogeneidad en la humanidad, las cuales fueron una expresión más del ánimo que se vivía en la época que una posibilidad real en sí misma.

El ser moderno es encontrarse en un ambiente que promete aventuras, poder, alegría, desarrollo, transformación de uno mismo y del mundo, y que, al mismo tiempo, amenaza con destruir todo lo que tenemos, todo lo que conocemos, todo lo que somos. Los ambientes y las experiencias modernas traspasan todas las fronteras de la geografía y las etnias, de las clases y las nacionalidades, de las religiones y las ideologías: en este sentido se puede decir que la modernidad une a toda la humanidad. Pero se trata de una unidad paradójica, una unidad de desunión que nos introduce a todos en un remolino de desintegración y renovación, de lucha y contradicción, de ambigüedad y angustia perpetuas (Berman, 1985).

El desarrollo de los movimientos sociales, en términos de su magnitud, del conflicto que plantean y de sus alcances o expectativas de cambio, responde a distintas fases. Marshall Berman (1985), propone partir a la modernidad en tres fases: durante la primera fase, la organización colectiva no operaba propiamente bajo el esquema moderno, pues la gente comenzaba a adaptarse a los desafíos de la difusión del propio proyecto moderno, como del papel que se le confería en el progreso de la

historia. Esta fase, “podría concebirse de acuerdo al periodo de tiempo que va de principios del siglo XVI a fines del XVIII aproximadamente; en este lapso, las personas apenas experimentaban la vida moderna: no entendían qué era lo que las afectaba. Andaban a tientas, desesperadamente, en busca de un vocabulario: tenían poca o ninguna idea de un público o una comunidad modernos, con el que podían compartir sus desgracias y sus esperanzas.

La segunda fase se inicia con la gran ola revolucionaria de la década de 1790. La Revolución Francesa y sus reverberaciones trajeron consigo, abrupta y dramáticamente, un gran público moderno. Este público comparte la vida de una época revolucionaria que genera trastornos explosivos en todas las dimensiones de la vida personal, social, económica y política. Particularmente, se toma conciencia de que la sociedad constituye una realidad independiente y autosuficiente frente al control político del Estado, la sociedad es considerada como la esfera de las acciones espontáneas.

Durante el siglo XVIII y XIX, uno de los movimientos sociales que con más fuerza emerge en Europa, fue el movimiento obrero, como una respuesta a los problemas que plantea el proceso de industrialización. En el contexto de una sociedad capitalista en la que se originan nuevos tipos de conflictos a los que se buscarán soluciones, partiendo de una fractura radical entre burguesía y proletariado, capital y trabajo. La clase obrera emergente, buscará soluciones por un lado, mediante la articulación respaldada de sus demandas, ante la aparición de nuevas ideologías tales como el marxismo y el anarquismo; por otro, a través de nuevas formas de organización y de lucha que pueden ser consideradas como los antecedentes inmediatos de los movimientos sociales modernos o como un tipo «protomoderno» de acción colectiva: los motines de subsistencia –o de hambre- y el ludismo – consistente en la destrucción de las máquinas utilizadas por la industria más moderna, fundamentalmente la textil. Lo desarrollaron grupos de artesanos y obreros ingleses que actuaban de noche y con máscaras y realizaban acciones, contra la maquinaria de determinados patronos que habían reducido los salarios (Laiz, en Román, P. y Ferri, J., 2002: 45-84).

Sin embargo, aún durante el siglo XIX, el público moderno recuerda todavía cómo es la vida espiritual y material en un mundo que no es moderno. Las ideas de

modernización y modernismo surgen y se desarrollan a partir de esta dicotomía interna, esa sensación que proviene de vivir en dos mundos al mismo tiempo.

Una estampa característica de los países que iniciaban la etapa industrial se puede representar así:

Al lado de una gran casa señorial, la gran fábrica, y no muy lejos de ésta, pero separada por mil diversas formas de vida, la cabaña más miserable del campesino convertido en obrero industrial. Un obrero aún con mentalidad de campesino que sigue siendo, de hecho y de derecho, un siervo de la época feudal (Cruells, 1973: 27).

En el siglo XX, la tercera y última fase, el proceso de modernización se expande para abarcar todo el mundo, y la cultura mundial del modernismo logra triunfos espectaculares en el arte y el pensamiento. A medida que el público moderno crece, la idea de lograr una unidad total comienza a desmoronarse ante la multitud de segmentos producto de historias y experiencias particulares. Por lo que la idea holística de la modernidad, pierde gran parte de su vitalidad, resonancia y profundidad, así como su capacidad para organizar y dar un sentido a la vida de la gente, al ser concebida de modo fragmentario (Berman, 1985), pero esta etapa será parte de un análisis posterior.

Lo que hasta este momento nos interesa destacar, es la relación que guarda la necesidad de impulsar el cambio y la posibilidad que experimenta el ser humano de incidir en él, que se traduce en un ánimo colectivo producto del proyecto moderno, el cual dio origen a los movimientos sociales, sustentados en la idea de transformación del orden social. Con base en lo anterior, es posible aproximarnos a lo que significa un movimiento social, pues bajo el precepto moderno, de acuerdo con Ibarra y Tejerina (1998), éste se concibe como:

Un sistema de narraciones, al mismo tiempo que un sistema de registros culturales, explicaciones y prescripciones de cómo determinados conflictos son expresados socialmente y de cómo y a través de qué medios la sociedad ha de ser reformada; cómo el orden correcto de la modernidad, una y otra vez aplazado y frustrado debe ser rediseñado (12).

1.2 Qué es un movimiento social

Al momento de acercarse al estudio de los movimientos sociales, surgen confusiones en torno a su definición, pues cada encuadre teórico abre un abanico de posibilidades sobre los elementos a enfatizar en el análisis de las acciones sociales concertadas. Por tal motivo, primero, convenimos necesario plantear las principales respuestas a las preguntas sobre ¿qué es un movimiento social? ¿cuándo surge?, y finalmente ¿cuáles son los elementos que lo diferencian con relación a otras formas de acción?

Resulta pertinente señalar que para la teoría social, los movimientos sociales se incluyen en la categoría de los *actores políticos colectivos*, junto con los partidos políticos o grupos de interés, pues comparten con ellos la participación — generalmente voluntaria de sus miembros, al menos en términos de la existencia de una mutua excitación fraterna que los anima a actuar; la relativa estabilidad de su actividad; la comunidad de objetivos (ya sean latentes o explícitos), que otorga una cierta homogeneidad entre los individuos de que se compone; una línea de acción coordinada y organizada; y, finalmente, la intervención —más o menos frecuente— en el ámbito político, que logra incidir en la gestión de un conflicto social (Ibarra, P. y Martí, S., 2004: 1).

Uno de los primeros puntos a abordar es la relación —o diferencia— que existe entre acción colectiva y movimiento social.

Sidney Tarrow entiende por movimientos sociales los “desafíos colectivos planteados por personas que comparten objetivos comunes y solidaridad en una interacción mantenida con las elites, los oponentes y las autoridades” (Tarrow, 1997: 21).

Para este autor la acción colectiva es el denominador común de todo movimiento social; sin embargo, su carácter específico, con relación a otras formas de acción colectiva, radica en que sus acciones deben ser de *tipo contencioso*; es decir, utilizada por gente que no cuenta con un acceso regular a las instituciones y cuyo actuar plantea reivindicaciones nuevas o no aceptadas, por lo que constituye una amenaza fundamental para otros. El carácter de movimiento social, se lo dará además

la permanencia en la organización, pues la acción contenciosa da lugar a movimientos sociales

Cuando los actores sociales conciertan sus acciones en torno a aspiraciones comunes en secuencias mantenidas con sus oponentes o las autoridades. Esto no implica que los movimientos sociales sean siempre violentos o extremistas, sino a que la acción colectiva es el principal recurso y con frecuencia el único del que dispone la mayoría de la gente para enfrentarse a adversarios mejor equipados (Tarrow, 1997: 19).

Tarrow hace una advertencia que resulta significativa al momento de pretender explicar un movimiento social, pues señala que las formas contenciosas de acción colectiva asociadas a los movimientos sociales son histórica y sociológicamente distintas, lo cual implica situarlos bajo un esquema diacrónico y sincrónico, es decir, para él, los movimientos sociales tienen poder porque son capaces de desafiar a sus oponentes, despertar lazos solidarios y cobrar significado en el seno de determinados grupos de población, situaciones y culturas políticas (Tarrow, 1997: 20).

En el mismo sentido, Alain Touraine señala que la noción de movimiento social cobra utilidad si permite poner en evidencia la existencia de un tipo muy específico de acción colectiva, aquella que sea capaz de poner en cuestión una forma de dominación social, que sea particular y general, y además que pueda lograr invocar contra dicha forma de dominación ciertos valores u orientaciones generales que la sociedad que comparte, con el objetivo de privar a su adversario de legitimidad. Así, el movimiento social va más allá de ser un grupo de interés o un instrumento de presión política; pues es “aquel que pone en cuestión el modo de utilización social de recursos y modelos culturales” (Touraine, 1997: 100).

En este sentido, toda acción colectiva que tienda a cuestionar las orientaciones generales de la sociedad Touraine la denomina “*movimiento societal*”. Para identificar estos tipos de acción plantea que sea necesario considerar la defensa de un cierto uso social de valores morales, opuesto al que sostiene o trata de sostener su adversario social.

Referencias morales y conciencia de un conflicto con un adversario social son las dos caras, inseparables una de la otra, de un movimiento societal. Esta referencia moral, alude a apelar por valores postmateriales como son la

libertad, el proyecto de vida, el respeto por los derechos fundamentales, factores que no pueden reducirse a ganancias materiales o políticas (Touraine, 1997: 105).

Concebir la existencia del movimiento societal sobre la base fluctuante del significado de las referencias morales y los valores postmateriales, permite a Touraine entenderlo como una acción permanente y en constante transformación, pues “el esfuerzo por unir la lucha contra unos enemigos siempre amenazantes, nunca alcanza su meta por completo, de modo que el movimiento siempre es fragmentario está lleno de contradicciones” (Touraine, 1997: 104). Con esta afirmación no establece una condena al fracaso de los movimientos sociales, sino que su mirada está enfocada en una cadena interminable de acciones, puesto que demandan transformaciones en valores abstractos, sobre los cuales, en lo social nunca existirán definiciones absolutas, por lo que siempre habrá conflicto. La importancia de recurrir a este autor, radica en mirar a los movimientos sociales como entidades siempre mutables, es decir, como un conjunto cambiante de debates, negociaciones, tensiones y desgarramientos tanto internos (entre las expresiones de la base y los proyectos políticos de los dirigentes), como externos (sobre las formas de dominación del adversario).

Siguiendo la ruta de la lucha por la significación, aparece el aporte del concepto de Alberto Melucci, quien observa a los movimientos sociales como la expresión más directa del mensaje que la acción colectiva anuncia a la sociedad, para él cobra mayor importancia el significado de la acción en sí, que los objetivos que busque conseguir. Es decir, “lo que caracteriza a los movimientos no es lo que hacen, sino lo que son” (Melucci, 2002: 101).

Por lo que resulta importante para este autor ahondar sobre las cuestiones que de fondo le plantean al sistema, es decir, el mensaje de sus acciones remite a poner en duda “quién puede decidir sobre los códigos, quién dicta las reglas de lo que es normal, cuál es el espacio que le es dado a la diferencia y sobre cómo se genera el reconocimiento, sin ser incluido, es decir siendo aceptado como diferente” (Melucci, 2002:102).

Melucci plantea profundizar en su mensaje, porque es a través de él, los movimientos sociales cuestionan a la sociedad sobre sus rumbos y el por qué de los mismos, en este sentido los concibe como *profetas del presente*, pues anuncian los

cambios, obligan a los poderes a mostrarse y son capaces de elaborar un discurso propio, que es capaz de conseguir adhesiones al expresar un sentimiento colectivo.

Melucci observa que los conflictos no se expresan por medio de la acción efectiva, sino que se manifiestan en el arreglo de los códigos culturales, pues en los sistemas contemporáneos los signos se vuelven intercambiables y el poder reside en los lenguajes y códigos que organizan el flujo de información. La acción colectiva, para este autor, se representa a través de la forma y los modelos de organización de un mensaje que es transmitido al resto de la sociedad.

En este sentido, la acción colectiva es concebida como un *multiplicador simbólico*⁵, pues la lucha por atribuir un significado distinto se enfoca en buscar una transformación de la forma en la que operan los aparatos tecnocráticos-militares y cuestionar las bases de su poder, obligar a los aparatos a justificarse, a hacer pública su lógica y exhibir la debilidad de sus “razones”. Con ello, obtiene su mayor logro político: hacer *visible* el poder, en sistemas en los que el poder se convierte cada vez más en anónimo y neutral. El conseguir su evidencia se convierte en la única condición para negociar las reglas y para hacer las decisiones sociales más transparentes (Melucci, 2002:104).

Melucci, presenta afirmaciones muy positivas en torno a las implicaciones internas como el impacto externo que tiene la presencia de un movimiento social cuando afirma que:

Éstos cuestionan la definición de los códigos, la lectura de la realidad. No exigen, sino que ofrecen por medio de su propia existencia, otros modos de definir el significado de la acción individual y colectiva. No separan el cambio individual de la acción colectiva, sino que proclaman una llamada general al aquí y ahora de la experiencia individual. Actúan como nuevos medios de comunicación, es decir, alumbran a lo que todo sistema oculta de sí mismos, el grado de silencio, la violencia e irracionalidad siempre velado de los códigos dominantes (Melucci, 2002:103).

⁵ Convertir a la acción colectiva en un multiplicador simbólico, es uno de los mayores objetivos de un movimiento social, y con ello, al igual que Touraine, Melucci señala que los conceptos de éxito o fracaso carecen de sentido pues lo que está en referencia es el cambio simbólico.

Resulta pertinente señalar que nos resulta arriesgado este argumento de Melucci, al no matizar dos cuestiones: la primera, no separar las transformaciones que un movimiento social plantea para el significado de la acción individual y el colectivo, pues parece ser que Melucci está suponiendo que la participación en una acción colectiva, transforma *de facto* la acción individual. Sin embargo, a pesar de que existe una gran influencia, al momento de mirar las relaciones que se construyen al interior de un movimiento, no se pueden anular los intereses que al interior se juegan, ni el papel de la intermediación política, ya que en ocasiones pueden contradecir —con la propia acción— los postulados esenciales del movimiento. Por ejemplo, si seguimos este planteamiento de Melucci, cómo explicar los radicalismos que existen entre ciertos sectores del movimiento feminista para poner en práctica la tolerancia y el reconocimiento en el ejercicio cotidiano del derecho a diferencia y la relación con la otredad; o bien, en contextos como el latinoamericano, donde prevalece la lucha por satisfactores esenciales, cómo explicar la formación de clientelas construidas bajo la lógica “favores por votos”, en movimientos que reivindican la acción democrática.

La segunda, me parece peligroso afirmar que logran conformarse como medios de comunicación, habría también que matizar el nivel del impacto externo que plantean sus denuncias sobre aquello que pretende ocultar el sistema; pues actualmente, la existencia de los movimientos sociales depende de los *mass media*, quienes se encargan de reelaborar su mensaje, traducir sus demandas y mediatizar su significado y en la mayoría de las ocasiones privilegia el espectáculo de la acción, más que el contenido de su denuncia, por ejemplo, los machetes en el caso Atenco, o las expresiones del Barzón en el Congreso. De ahí que se considera osada la afirmación de que “en las movilizaciones contemporáneas, se pueda presenciar el final de la distinción entre las dimensiones expresivas e instrumentales de la acción” (Melucci, 2002:103).

No podemos cerrar este apartado sin plantear la pregunta sobre ¿Cuándo surge un movimiento social? Para su respuesta, cada enfoque teórico brinda soluciones al respecto; sin embargo, a reserva de ir complejizando el siguiente esquema conforme se desarrolle el análisis, se consideró pertinente su inclusión, dado que en muchos estudios obvian estos elementos y además, de estas cuestiones más sutiles se desprenderán factores importantes en nuestro estudio.

Resulta elemental para su comprensión sobre el origen de un movimiento social, señalar dos momentos:

El primero, implica la relación agravio-acción, pues ante la aparición de ciertas transformaciones en el orden sistémico que son percibidas como daños o amenazas que podrían lesionar o que lesionan la esfera del interés individual y/o su cosmogonía, es decir cambios que sean contrarios a sus valores, tradiciones o creencias, se gesta la *respuesta* social, un ejemplo típico lo representa el movimiento antiaborto.

El segundo, ante una percepción generalizada de cierto agotamiento o insuficiencia del orden sistémico para dar respuesta o satisfacer ciertas expectativas o demandas, emergen *cuestionamientos* sociales que impactan en la estructura misma del sistema. En este caso el movimiento de 1968 es representativa la denuncia de los límites de un sistema que hizo una nueva generación.

Estas situaciones no aparecen divididas en la realidad social, por el contrario, llegan a presentarse de manera simultánea. Sin embargo, por un lado, la existencia de conflictos para el desencadenamiento de un movimiento social, son necesarios pero no suficientes, pues en distintos contextos, a pesar de lo insoportable que pueda resultar una situación, se presenta una especie de paralización social; es decir, un límite o traba entre la ciudadanía que no da lugar a la movilización; de esta manera, resulta importante considerar la presencia de un imaginario compartido en torno a la idea de poseer un cierto poder de incidencia en la transformación de la realidad social a través de la participación y la importancia del involucramiento en acciones concertadas.

Por otro lado, vale señalar que las personas se movilizan cuando sus condiciones materiales, culturales y personales, le permiten hacerlo, lo cual nos direcciona a incorporar elementos como la edad, el estado civil, el género, la ocupación. Un ejemplo paradigmático de esta afirmación lo presentan los movimientos estudiantiles cuya frecuencia y magnitud rebasa a otras explosiones sociales; en ellos, los jóvenes en su mayoría cuentan con la disponibilidad personal y estructural para poder involucrarse en la acción colectiva.

1.2.1 Diferencias con otros tipos de manifestaciones sociales

Los movimientos sociales presentan una seria dificultad al momento de distinguirlos de otras acciones colectivas. A reserva de complejizar su contenido posteriormente; tal distinción resulta importante porque todo movimiento social presenta como característica fundamental un estratégico manejo de la dinámica: *reconocimiento/desafío*, consistente en un juego que se desliza entre lo legal y lo ilegal, es decir, entre la aceptación del orden sistémico institucional (sobre el cual apela la defensa del ejercicio de sus derechos colectivos) y el actuar con base en el reto a dicho orden (que consiste en exhibir la deslegitimación que le produce cierto poder).

Vale señalar que los movimientos sociales son concebidos como un momento en la acción colectiva, pues el equilibrio de la dinámica *reconocimiento / desafío* dependerá de muchas variables, entre las más importantes, podemos señalar: el objetivo de transformación que se plantee, el apoyo social que consiga o lo que se ha dado llamar la movilización de recursos que logre y el momento coyuntural en el cual se inserte.

Así, de la primera acción colectiva de la cual se diferencia radicalmente los movimientos sociales, es de aquellos actos que plantean un desafío total al sistema, acciones colectivas que tratan de subvertir el todo social, esto es, de los *movimientos revolucionarios*, cuyas características son la negación de raíz del orden social existente y el uso de la violencia como estrategia transformadora.

Mientras que, en otro extremo, podemos coincidir con Touraine en denominar *luchas*, a éstos cambios más bien limitados, orientados hacia la redistribución de bienes, influencia o autoridad dentro del sistema social, sin voluntad o capacidad para transformar las “relaciones sociales de producción” (citado en Nivón, 1998: 60). O bien en el sentido de Melucci podríamos señalar a las luchas como guerras por la significación.

Por lo tanto, el juego *reconocimiento/desafío*, propio de la balanza en equilibrio de los movimientos sociales, puede llegar a inclinarse hacia el desafío y ser movimientos revolucionarios, o bien hacia luchas que apuesten por generar cambios al interior de ese orden. Sin embargo, en todo momento harán uso de ciertas

estrategias en las cuales se manifieste el grado de transformación que se desee. Por lo que consideramos, sin pretender agotar las estrategias en manifestaciones de la acción colectiva, pues eso rebasa los objetivos de este trabajo, nos remitiremos a reflexionar sobre la *protesta*, *la resistencia* y *la desobediencia* como formas generales que pueden abarcar diversas formas de manifestación⁶, cuyo grado de impacto o transgresión dependerá del contexto social y cultural en el cual se inserten dichas acciones. Por ejemplo, el grado de irrupción en el orden que provoca una huelga de obreros actualmente, no es el mismo que el generado hace 60 años; mientras que las acciones de sabotaje y presión política que ha realizado el movimiento altermundista, así como las acciones particulares de algunas redes de movimientos sociales que lo componen, tal es el caso de ATTAC (Asociación por una Tasa sobre las Transacciones especulativas para Ayuda a los Ciudadanos), Greenpeace, Amigos de la Tierra o Vía Campesina, han llegado a cobrar un impacto internacional.

La idea de *protesta* generalmente evoca la imagen de minorías disidentes que intentan obtener una mejor posición en el ambiente político, son acciones contenciosas en términos de Tarrow, pues están usualmente asociadas a grupos que se encuentran fuera de la escena política principal.

Según Passerin d'Entrèves (1970) La protesta se caracteriza por cuatro elementos: 1) no está destinada a la modificación del ordenamiento legal sino al *rechazo de los efectos de la aplicación de las leyes*. De ahí su carácter contestatario; 2) contiene un *discurso crítico personificado*: en él se encontrará siempre críticas a los actores políticos más que a las leyes; 3) *protesta verbal*, en la cual, el centro de la manifestación descansa en los protagonistas que se expresan, demandan y conminan a la participación de los asistentes pasivos; y 4) *carácter asambleario*: la reunión de manifestantes tiene el propósito de la participación oral más que el silencio participativo.

⁶ Al hablar de formas de manifestación se está haciendo referencia a: 1) Acciones directas: marchas, mítines, plantones, cortes de vías de tránsito públicas, ocupación de inmuebles, sabotaje, boicots, brigadeos, asambleas informativas, huelgas, expresiones gráficas (pintas, mantas, *merchandising* - objetos promocionales: juguetes, playeras, llaveros muñecos-, entre otros), performances, cacerolazos, encadenamientos, ayunos; y 2) Acciones indirectas: uso de medios libres, *ciberactivismo*, *hacktivismo*, entre otros.

La protesta implica toda acción que manifiesta la pretensión de detener un tipo de política que, de no existir dicha protesta, se llevaría a cabo sin interferencia ni cuestionamientos. La protesta no es riesgosa para el poder del Estado cuando sólo es contra políticas determinadas, pero sí lo es cuando desafía a los poderes y a las propias instituciones.

La *resistencia colectiva* forma parte de lo que consideramos protesta, pues sus actos típicos van desde los pacíficos: la toma de espacios públicos, la ocupación de instituciones; hasta los violentos: la insurrección, la rebelión, la revolución y la guerrilla.

Así, las acciones de resistencia colectiva, connotan un carácter defensivo, factor que no niega la posibilidad de construcción de alternativas de transformación social. En la actualidad podemos citar como acciones de resistencia que van desde aquellas que hacen uso de las armas, como las registradas en Filipinas, Irak, Nepal, Colombia, México, entre otras; hasta las resistencias de movimientos sociales contra la globalización, los tratados de libre comercio, o más recientemente el “Foro Social Mundial”, los movimientos ecológicos, los movimientos de desempleados, las resistencias indígenas en Bolivia, Ecuador y Colombia, entre otros. Se encuentran también campañas de resistencia contra el consumo de mercancías, (como la que se desarrolló después de las elecciones, por el patrocinio que realizaron a la campaña política electoral del PAN en 2006⁷).

La resistencia como estrategia defensiva, adquirió bajo la mirada de James Scott (2000) un carácter clandestino, pues consideró este tipo de acciones como manifestaciones de un discurso oculto, un espacio de acción no explícito; es decir, una acción anónima que se presenta en espacios subterráneos. Por lo tanto, el estudio de Scott, nos permite considerar las críticas y oposiciones al sistema que se presentan en

⁷ “Si quieres protestar por el fraude esta es otra manera de hacerlo: boicoteando a las empresas y marcas que apoyaron la campaña del miedo y contribuyeron a la imposición, deja de consumir: Bimbo, JUMEX, Sabritas , COCA- COLA, PEPSI, Gamesa , Tía Rosa, Marinela, Televisa (televisión y revistas) y TV Azteca, Banamex , COPARMEX , Wal-Mart , Bachoco , Farmacias Similares , M&M's , Kimberly Klark, Autobuses Estrella Blanca ¡Los Boicots, si funcionan y funcionan muy bien!. Intensifiquemos el boicot en contra de las empresas, marcas y productos enemigos de la Democracia y que están detrás y avalando el FRAUDE ELECTORAL DEL 2 DE JULIO.”

[http://resistenciareactiva.org.mx/index.php?option=com_content&task=view&id=35&Itemid=28,](http://resistenciareactiva.org.mx/index.php?option=com_content&task=view&id=35&Itemid=28)

acciones escondidas, de difícil acceso. Su estudio, nos permite reflexionar en la manifestación pública como una especie de privilegio político en sistemas cerrados.

La *desobediencia civil*, fue acuñada históricamente por dos personajes, Thoreau y Gandhi, para el primero significó una práctica que busca debilitar el poder ridiculizándolo. A mediados del siglo XIX, Thoreau (2002) se preguntó qué hacer ante leyes injustas "¿Nos esforzaremos en enmendarlas, obedeciéndolas mientras tanto? ¿O las transgredimos de una vez?" Y contestó: "Si la injusticia requiere de tu colaboración, rompe la ley"(21). Este autor encuentra en la desobediencia acciones pacíficas e (por lo general) ilegales.

Claudio Albertani (2006) explica que Gandhi en la lucha contra el Apartheid en Sudáfrica y después en la lucha por la independencia de India, se convirtió en el iniciador de las grandes manifestaciones pacíficas de masa, pues nombró su versión de la desobediencia civil: *satyagraha* o "fuerza de la verdad", porque consideraba insuficiente la idea de "resistencia pasiva", entonces en boga. Para Gandhi, la no-violencia (*ahimsa*) es, fundamentalmente, un principio activo. Es, además, una excelente "arma de destrucción masiva" para acabar con la injusticia y construir un poder que no solamente neutraliza la violencia, sino que apunta al autogobierno (*swaraj*), es decir, a la liberación individual y colectiva.

Finalmente, la desobediencia civil plantea un conflicto fundamental: legitimidad frente a legalidad. La legitimidad de la acción política participativa radicalmente democrática, se contrapone a la injusticia muchas veces encubierta de legalidad. Por lo tanto, la desobediencia civil es una herramienta política por su carácter público (trasciende lo privado y tiene significación social) y pedagógico (se trata de expresarse colectivamente mediante actos ejemplarizantes que motivan, que enseñan, que provocan). A diferencia de otros modos de hacer política, la desobediencia civil no busca, imponerse sobre el conjunto de la sociedad, sino que lanza una interpelación y busca el diálogo.⁸

⁸ Véase Colectivo Antimilitarista de Zaragoza. Manual para una revolución no violenta (http://www.nodo50.org/moc-carabanchel/documentos/noviolenca/manual_revolucion_noviolenca/dossier.rtf).

Su rasgo más importante se encuentra en los fines estructurales que persigue, ya que tiene como propósito el combatir la injusticia en las leyes y modificar el ordenamiento para propagar la justicia a generaciones futuras. Por eso, la desobediencia civil difiere de otras formas de manifestación en su característica demostrativa y no discursiva. Nace de la desobediencia versus la obediencia. Estas dos últimas características distancian a la desobediencia civil de otras formas de protesta caracterizadas por la contestación (no aceptación) versus la aceptación de las leyes civiles (Camba: 2006).

La discusión, siguiendo a Tamayo sobre cuándo es pertinente hablar de resistencia o desobediencia civil, resulta oportuna porque atañe directamente a grados de gobernabilidad e ingobernabilidad, a aspectos de legitimación o ilegitimidad de un gobierno, a situaciones de estabilidad o inestabilidad del sistema político (2006: 101). Es decir, implica considerar la dinámica relación *reconocimiento/desafío* que plantea todo movimiento social.

La desobediencia civil puede definirse en dos vertientes, una como recurso que se utiliza cuando la ley o las normas vigentes suscitan desventajas en un sector de la población; y dos como el uso de vía pacífica con el objetivo de generar un consenso social en la población.

En función de todo lo anterior, un primer acercamiento nos permite señalar que las acciones emprendidas por el Movimiento Social de Resistencia Civil Pacífica en el Distrito Federal⁹ en el que convergen, acciones que se enmarcan dentro de la

⁹ El 5 de julio, tres días después de las elecciones, y ante el anuncio del IFE que calificaba como presidente electo a Felipe Calderón, la Coalición por el Bien de Todos, a través de AMLO, su candidato, convocó a la ciudadanía a la resistencia civil contra lo que suponía había sido un fraude electoral. AMLO impugnó los resultados y convocó a la Primera Asamblea Informativa, el 8 de julio de 2006 en el Zócalo capitalino; ahí hizo un llamado a defender el voto a través de la movilización nacional pacífica, y señaló dos acciones: I. La organización y promoción de acciones directas de resistencia, y II. La impugnación dentro de los cauces legales del proceso electoral ante el Tribunal, de 50 mil casillas de 300 distritos electorales y la exigencia de abrir los paquetes para el recuento de los votos. El 16 de julio de 2006 se lleva a cabo la Segunda Asamblea Informativa y con ella inicia formalmente lo que se llamó el Movimiento de resistencia civil pacífica”, en la Asamblea acordó: I. Reforzar los campamentos ubicados en las afueras de los 300 instalaciones de los consejos distritales, donde se encuentran los paquetes electorales, con el objeto de evitar la extracción o introducción de boletas de forma ilegal; así como convertir esos campamentos en centros de difusión del movimiento. II. Llevar a cabo acciones de resistencia civil pacífica a través de un comité ciudadano que definió el tipo de acciones y las condiciones en que serían llevada a cabo. La Tercera Asamblea Informativa se realizó el 30 de julio 2006 Obrador señaló: “Les

protesta contestataria propia de la resistencia colectiva como fueron las marchas, la toma de la avenida reforma, la ocupación del IFE, la bolsa de valores y el Congreso de la Unión; en un segundo momento, las acciones de desobediencia civil en las que se llama a la insubordinación, como aquellas que desconocen al presidente electo por el Tribunal, Felipe Calderón y llamar “gobierno legítimo” a la presidencia del López Obrador, establecida en la Convención Nacional Democrática. Por tal motivo, la estrategia implica el uso de acciones que oscilan entre formas contestatarias de resistencia pacífica, activas, de agitación y conversión, con las de indisciplina y transgresión a través de las cuales este movimiento postelectoral, ciudadano, por la democracia intenta debilitar al poder ridiculizándolo por medio de acciones pacíficas, públicas que se proponen como ejemplares; y con ellas, trata de evidenciar el conflicto en términos de la incongruencia que existe entre la legitimidad y la legalidad. De ahí que coincidimos con Tamayo (2006) en que sea incorrecta la autodefinition del movimiento de resistencia civil pacífica, ya que utiliza recursos de la no violencia, las cuales se superponen con acciones de desobediencia civil como el boicot o el desconocimiento presidente al considerarlo ilegítimo.

1.3 El contexto y la teoría sobre los movimientos sociales

Este apartado se propone realizar un breve análisis sobre las líneas generales que guarda el estado del arte de los movimientos sociales, para ello se pretende tejer un puente entre el contexto y los movimientos sociales que emergen; para de esta manera acceder a saber cómo está siendo mirada e interpretada la sociedad y conocer los ignorados y/o desconocidos elementos que de la realidad retoman, o bien discriminan las explicaciones teóricas en ciertos momentos. De esta manera es como se pretende arribar al debate sobre la interpretación que ha tenido lugar en torno al cuándo, cómo y por qué de los movimientos sociales.

Una breve recapitulación, nos permite situar a los movimientos de finales del siglo XIX orientados contra un poder fundamentalmente económico, en ellos, las

propongo nos quedemos aquí, en Asamblea Permanente, hasta que el Tribunal resuelva. Vamos a cuidar los jardines, monumentos históricos, no se van a pintar espacios públicos, evitaremos cualquier tipo de provocación. Toda nuestra actuación se sujetará a la idea de la resistencia civil pacífica, en el marco de la no violencia. Legalmente, vamos a hacer uso pleno de nuestro derecho de manifestación que nos otorga la Constitución”. Notas La Jornada del 9, 17 y 31 de Julio de 2006

fuerzas del cambio eran políticas e ideológicas (es decir, movimientos de clase, movimientos de liberación nacional y un incipiente movimiento feminista); aunque, “también existían movimientos que desafiaban la dominación capitalista desde un enfoque intelectual o cultural. A partir de éste momento, la situación se invierte, porque esas protestas o movimientos revolucionarios, por lo general, vivieron su auge hasta comienzos del siglo XX. En casi todas partes, el poder del dinero fue reemplazado por el poder del Estado¹⁰, el cual se convierte en el principal blanco de batalla, es decir, en él se materializaba al adversario. El Estado, poco a poco logró mediar el conflicto a través de distintas instituciones y actores, como lo fueron los partidos políticos y los sindicatos.

Si hacemos un breve repaso sobre la evolución de los actores colectivos se puede detectar fácilmente que, para el caso de los partidos políticos, desde su aparición hasta los años setenta respondieron, entre otras cuestiones, a la necesidad de ofrecer a sus afiliados una identidad que se vinculaba a un espacio de solidaridad, unas actitudes, unos códigos y unos símbolos determinados. En este sentido, durante una buena parte de su historia los partidos absorbieron y satelizaron otras formas de participación –como diversas prácticas asociativas que, en cierto modo, se legitimaban por el hecho de vincularse a una organización partidaria.

Así, con el objetivo de integrar a las masas, los partidos (que se caracterizaban por tener los rasgos propios de los llamados “partidos de masas”) desarrollaban redes y asociaciones que cubrían los más diversos aspectos de la vida cotidiana de los ciudadanos. Estos partidos de masas –de naturaleza “integrativa”, piénsese en la

¹⁰ A estos Estados, Touraine los define como “*voluntaristas o de movilización*, adoptaron una amplia variedad de forma. En Europa y otros países hemos vivido un periodo de gobiernos socialdemócratas, que adoptaron sus formas más elaboradas en los países escandinavos. Unos años más tarde, se instauró el amplio dominio de los regímenes comunistas. En otros lugares surgió el poder de los Estados nacionalistas anticolonialistas o poscoloniales, mientras que en América Latina y en otras regiones del mundo nacieron regímenes 'nacionalistas-populistas'. A estas categorías debemos sumar otras dos muy diferentes, de hecho opuestas, que han desempeñado un papel igualmente importante. Una de ellas son los Estados autoritarios tradicionalistas que prevalecieron en el Mediterráneo europeo, especialmente en España, Portugal y Grecia durante un periodo relativamente largo, y en Francia durante algunos años; la otra son los Estados fascistas o los imperialistas al estilo japonés, que dominaron la historia mundial tan dramáticamente en los años 30 y 40 de este siglo” (Touraine, 1994).

fortaleza del PRI para el caso mexicano—, no sólo pedían el voto o exigían el pago de la afiliación, si no que desarrollaban también una notable influencia en todas las esferas de la vida cotidiana, elaborando identidades colectivas y focalizando aquellos temas que “tenían” que estar en la agenda política. Sobre esta plataforma, los partidos seleccionaban, reelaboraban, transformaban u omitían, los temas de interés y, por tanto, ordenaban la agenda política desde las mismas bases.

Los partidos eran capaces de ofrecer recursos de identidad tanto a sus elites como —y sobre todo— a sus bases. Estos partidos de masas

Generaban un mundo bipolar en términos de *rojo o blanco*, donde no sólo se definían las cuestiones políticas, de solidaridad o apoyo mutuo, sino que también elaboraban la identidad de los ‘camaradas’ en la que éstos se reconocían y así eran percibidos por el resto de la sociedad. En esa época, participar en la política partidaria suponía un proceso de socialización e internalización de ciertos procedimientos —más o menos democráticos— que canalizaban demandas y conflictos acotando y manejando el debate a la par que muchas veces estos mismos partidos disponían de medios propios (radios, periódicos, editoriales, etc.) con los que reforzar las identidades e interpretar el mundo (Ibarra, P y Martí, S, 2004).

Desde los años 60 ó 70, nos encontramos en una fase caracterizada principalmente por el declive de estos *Estados voluntaristas y movilizadores*. Hace un siglo, se desafiaba al poder capitalista, y los actores políticos y sociales conocían un momento de auge, mientras que hoy sucede todo lo contrario. De esto se desprende que, en primer lugar debemos reconocer que mientras hace un siglo el escenario histórico estaba tomado por actores políticos, ideológicos e intelectuales, en la actualidad éstos comienzan a escasear. Las fuerzas de transformación, considerando el declive de los Estados, son esencialmente de carácter económico. Por ello, de una forma u otra, comienzan a dominar en todo el mundo políticas de ajuste de corte liberal ortodoxo (Touraine, 1994), que en lo social generan nuevas tensiones, pues las relaciones de los viejos actores que se encontraban mediando entre el Estado y el descontento social, pierden el control y por lo tanto el sentido de su existencia y las manifestaciones sociales de descontento emergen paulatinamente haciendo evidentes los nuevos desajustes de un orden sistémico que se agota.

En este sentido, la teoría social comienza a establecer una dicotomía entre los *nuevos* y *viejos* movimientos sociales, en la cual una de las fuertes tesis consistió en explicar la emergencia de los nuevos movimientos sociales porque éstos comenzaron a definirse por oposición al partido político, es decir, dejaron de establecer relaciones que los colocaban como pertenecientes a la estructura social e iniciaron cuestionamientos sobre la legitimidad del sistema y para evidenciar su lucha, recurrieron a medios no institucionales (Cotarelo, 2002). La historia europea resulta ejemplificativa en términos de la ruptura que evidenciaban los teóricos de los movimientos sociales, para quienes la emergencia de los “*nuevos*” respondía a la erosión de las ideologías, pues ante el panorama político de los años setenta, en el cual los partidos “de clase”, los “fascistas, nazis o neonazis”, los “ideológicos”, producto de la unión con los “viejos” movimientos sociales – obreros, campesinos, nacionalistas, etc.—, no fueron capaces de responder al desarrollo de las transformaciones que planteaba el sistema económico en el marco de la crisis en la sociedad postindustrial. Por tal motivo se produce un divorcio entre movimientos sociales y partidos políticos, pues al perder su marco ideológico inician los problemas de legitimación en el Estado, bajo el periodo que ha sido conocido como la fase del *capitalismo tardío* (Habermas, 1989).

Los nuevos brotes ideológicos, y por tanto movilizados no correspondían a cosmovisiones, como fueron las que revolucionaron Europa del s. XIX y XX, sino planteamientos sectoriales de discusión radical sobre determinados temas, cuestiones o problemas que la sociedad del Estado de Bienestar parecía haber dejado de lado, bien por no considerarlos demasiado –como por ejemplo el feminismo o el movimiento estudiantil- o por desconocimiento hasta ese momento –ecologismo-. Otro rasgo común que se puede identificar entre las nuevas formas de expresión y las anteriores es que sus militantes no provienen de estratos menesterosos sino más bien, todo lo contrario (Román, 2002: 35).

Se observan acciones colectivas emprendidas por sectores de clase media con acceso a niveles educativos más altos, un ejemplo representativo de esta situación lo fueron la oleada de movimientos del año 1968 –Praga, Francia, Estados Unidos, México-.

Así, la teoría de los nuevos movimientos sociales —tanto su paradigma de movilización de recursos (Sydney Tarrow, Charles Tilly, etc.) como de identidad (Alberto Melucci, Alain Touraine)— y el concepto mismo de movimiento social, han sido contraponidos contraponiendo *lo nuevo a lo antiguo*.

Lo *antiguo*, caracterizado por estar apoyado en análisis basados en la teoría de la modernización y de la dependencia, por un tipo de política anclada en los actores tradicionales (sindicatos, partidos, la clase trabajadora) que luchan por el control del Estado, por una visión de la sociedad centrada en lo estructural y definida en términos de clases sociales y por una idea del cambio social que enfatiza las grandes transformaciones (Escobar, 1991) y que está centrada en el objetivo de la toma del poder donde este último es concebido como un objeto a tomar y a poseer.

Lo *nuevo*¹¹, en cambio, ha sido caracterizado por centrarse en los nuevos actores sociales y no tanto en las estructuras, por pensar la transformación social en términos de pequeños cambios que se pueden ir generando desde el aquí y ahora a través de las prácticas cotidianas que tienden a la autonomía y a través de la construcción de identidades sociales y por el énfasis en los elementos ideológicos y culturales de la acción social. Según Maria da Glória Ghon (2000; en Parra, 2005:4), el paradigma de los Nuevos Movimientos Sociales —donde esta autora toma como referencia fundamentalmente a los desarrollos de Calus Offe, Ernesto Laclau, Chantal Mouffe, Joe Foweraker, etc.— se caracteriza por: 1) un modelo teórico basado en la cultura que deja de lado la cuestión de la ideología como falsa representación de lo real; 2) la negación del marxismo como campo teórico capaz de explicar la acción colectiva en la sociedad contemporánea; 3) una concepción donde la política gana centralidad en el análisis y pasa a ser una dimensión de la vida social que abarca a todas las prácticas sociales; 4) el análisis de los actores sociales principalmente desde

¹¹ La crítica que subyace a la dicotomía viejos/nuevos movimientos, se cuestiona sobre el por qué atribuirles tanta importancia a los movimientos sociales en la actualidad, si los ha habido siempre, es decir, si son coetáneos al desarrollo social, por lo que la crítica sobre adjetivar de “nuevos” a ciertos movimientos responde a la incorporación de elementos ignorados por el análisis científico a la luz de enmarcarlos en un contexto siempre cambiante y un enfoque conceptual distinto (Román, P. y Ferri, J., 2002).

sus acciones e identidades colectivas; 5) la eliminación del sujeto histórico predeterminado, configurado por las contradicciones del capitalismo y el establecimiento de un nuevo sujeto colectivo difuso, no jerarquizado, que lucha contra las discriminaciones de acceso a los bienes de la modernidad y una crítica a los efectos nocivos de ésta.

Cabe señalar, que los cambios producidos en el marco de la sociedad postindustrial, dieron origen a un tipo de ciudadano conocido como *postmaterialista*¹², cuya mentalidad favorece el desarrollo de un activismo empeñado en proteger y mejorar las condiciones de vida humana, una vez garantizados los mínimos de subsistencia que definían el materialismo.

Al contar con este nuevo tipo de actor político, la caracterización de *lo nuevo* por oposición a *lo antiguo* hace un énfasis excesivo en las rupturas existentes entre las nuevas y antiguas formas colectivas de transformación social (a nivel de los sujetos, las acciones, los objetivos, los sentidos, etc.) sin precisar demasiado en qué consisten dichas rupturas y sin atender lo suficiente a las continuidades que también existen entre las *nuevas* y *antiguas formas*. Sería entonces necesario precisar dichas rupturas y continuidades al mismo tiempo que convendría pensar qué exactamente ha caducado de las antiguas formas de hacer política.

Detrás de esta oposición entre *nuevos* y *viejos movimientos* en realidad se formulaba una crítica al pensamiento marxista produciendo un desplazamiento de un análisis de los movimientos sociales centrado en las relaciones de explotación y opresión a otro que enfatizaba sus inscripciones identitarias, simbólicas y/o culturales. Este énfasis de los marcos identitarios, si bien puede enriquecer enormemente el análisis de los procesos de movilización social, también corre el riesgo de presentar

¹² Los valores postmateriales desde la perspectiva de Inglehart, hacen alusión a sociedades basadas más en ideas de autorrealización y participación ("postmaterialismo") que estadios anteriores en los que la ampliación de la seguridad económica y la seguridad ciudadana ("materialismo") ocupaban un espacio más prominente en los programas electorales. Inglehart argumenta que las "sociedades postmaterialistas" emergen después de una "sociedad materialista" de escasez, mediante el análisis de la "orientación de los valores individuales", es decir, son resultado del aumento general de la seguridad económica y el crecimiento económico (1977).

una visión fragmentada de la realidad social, promoviendo una mirada microsocia que en sí misma puede resultar sumamente interesante y relevante pero que necesariamente debería considerar, de alguna manera, la totalidad sociohistórica en la cual se inscribe.

Sin embargo, la contribución teórica de los años setenta consistió en reconocer el legado de la filosofía de la historia y en intentar superar los términos dualistas de los enfoques clásicos, los cuales tendían a generar dicotomías irreconciliables en términos de privilegiar la acción o la estructura en los análisis. Sobre la línea que privilegia explicaciones sobre el comportamiento colectivo, entendido sobre un esquema de relaciones donde prevalece el impulso emocional, la ruptura de reglas cotidianas y la identificación afectiva con la acción aparecen Durkheim y Weber. Este postulado es seguido por la sociología de Le Bon, Tarde y Park. Bajo la otra ruta, aparece la teoría funcionalista con Parsons quien señala la determinación de un sistema normativo interiorizado capaz de conducir la acción, a los postulados de este enfoque le siguen los estudios de Merton y Smelser, sin embargo, en ellos, el conflicto adquiere un plano de efecto secundario en los procesos de adaptación. (Melucci, 1997: 25-33)

Con la influencia de la mirada clásica, la acción colectiva fue tratada como efecto de las crisis estructurales, contradicciones (marxismo y el estructural-funcionalismo); o bien, como una expresión de creencias y orientaciones compartidas, (estudios que privilegian a la acción desde una mirada racional). Es hasta los años setenta cuando se comienzan a generar los primeros intentos por observar a la acción colectiva como un sistema de relaciones.

Así, se generaron propuestas más integrales a partir de la incorporación de nuevas dicotomías, como la de aislamiento/solidaridad, que considera a la acción colectiva como un resultado de la crisis económica y de la desintegración social, particularmente entre los desamparados (Tilly, 1975); o bien como una expresión de intereses compartidos dentro de una situación estructural común (especialmente la condición de clase, como una derivación del marxismo) (Smelser, 1963). Sin embargo, sus explicaciones no alcanzaron a considerar cómo se forma y mantiene un actor colectivo. Otra realidad puede observarse en términos de estructura/motivación (Webb, 1983), en donde la acción colectiva aparece como producto de la lógica del

sistema, o como resultado de las creencias personales. El énfasis estaba, por un lado en el contexto socioeconómico y, por el otro, en el papel de la ideología y de los valores.

Ambas corrientes trataron de describir a la acción colectiva desde los elementos relativos a las relaciones internas y externas que constituyen la acción.

Por lo que, las teorías estructurales basadas en el análisis de sistemas consiguen explicar el por qué pero no el cómo un movimiento social se establece y mantiene su estructura, es decir, apenas proponen hipótesis acerca del conflicto potencial sin considerar la acción colectiva concreta y los actores. Por otro lado, aquellos que siguieron la veta de la movilización de recursos ven en esta acción el mero dato y no pueden examinar su significado ni orientación, en este caso explican el cómo pero no el por qué (Melucci, 1997: 36 -37).

Los dos puntos de vista (acción/estructura) no son irreconciliables, como más adelante plantearán la siguiente generación de teóricos. Sin embargo, cada uno de ellos es legítimo en sus límites, pero ambos con frecuencia y tal vez implícitamente se toman como una explicación global.

II. PROPUESTAS ANALÍTICAS DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES

En el presente capítulo se plantea abordar, no exhaustivamente —sino como resultado del estudio de diversas investigaciones sobre movimientos sociales—, las herramientas analíticas y conceptos que más comúnmente son utilizados para explicarlos en la actualidad. En tal sentido, para desarrollar su reflexión, se proponen tres preguntas ejes:

- a) *¿Mediante qué procesos construyen los actores una acción común?*
- b) *¿Cómo se produce la unidad entre las distintas partes, niveles y orientaciones presentes en un fenómeno empírico de acción colectiva?*
- c) *¿Cuáles son los procesos y relaciones por medio de los cuales los individuos y los grupos se implican en la acción colectiva?*

Estas preguntas nos dirigen hacia la ubicación de tres importantes corrientes teóricas: *la contextual, la relacional; y la identitaria*. Como se verá más adelante, las dos primeras privilegian el esquema trazado por la lógica del Estructural-funcionalismo, mientras que la tercera, pone énfasis en el sentido y significado de la acción. Sin embargo, las tres son intentos por superar las viejas dicotomías y sus análisis presentan perspectivas más amplias y complejas sobre la explicación del cómo, cuándo y por qué de los movimientos sociales.

Cabe mencionar, que son estudios generados incipientemente durante los años ochenta, pero que consiguieron gran expansión en la década de los noventa¹³, provenientes principalmente de Europa y Estados Unidos, contextos caracterizados por problemáticas sociales derivadas de la puesta en marcha de políticas neoliberales,

¹³ Se puede afirmar que la bibliografía sobre movimientos sociales en los noventa se ha caracterizado por “buscar una mayor sistematización de los fenómenos sociales a través de la construcción de bases de datos (generadas a partir de fuentes secundarias). Esto ha permitido entender con mayor precisión cuáles son los ciclos de movilización y cómo se relacionan con los contextos económicos y políticos que vive cada país. En segundo lugar, a pesar de que durante años la bibliografía sobre movimientos sociales estuvo dominada por explicaciones psicológicas o socio-psicológicas, en los noventa las nuevas investigaciones sobre este fenómeno parecen estar acercando a sociólogos (muchos formados en la tradición de la escuela de organizaciones) y politólogos (muchos de los cuales emplean instrumentos derivados de la economía). Finalmente, la nueva bibliografía sobre movimientos sociales parece abandonar el tradicional estudio de caso para sustituirlo por un método histórico-comparativo que permita un mayor poder de generalización” (De Remes, 2001: 55-56).

con Estados que a pesar de ir perdiendo fuerza frente al mercado, aún son referentes obligados en las negociaciones políticas y económicas; a pesar de su paulatina erosión, el Estado satisface socialmente las demandas mínimas de subsistencia requeridas por las mayorías (habitación, vestido, alimentación, educación, y salud). Son Estados cuyas economías juegan un papel decisivo en el proceso de globalización. Los nuevos desafíos para el contexto europeo, son planteados por las transformaciones que humana y existencialmente implica adaptarse reflexivamente al nuevo orden que exige la llamada sociedad del riesgo, caracterizada como un momento histórico en el cual la modernidad pierde sus componentes centrales, provocando una serie de debates, reformulaciones y nuevas estrategias de dominación.

Beck concibió una serie de transformaciones que puede ayudarnos a caracterizar a la sociedad que miran los teóricos de los movimientos sociales, a la luz de ciertas explosiones de acción colectiva. En esta sociedad emerge:

1. La *Revolución microelectrónica*, que plantea una nueva forma filosófica de entender el trabajo, relaciones sociales, estrato socio-económico y formas de producción. Es la superación definitiva de la industrialización clásica. Estudios sobre el movimiento hacktivista que cuestiona la tecnología por ser un instrumento mediante el cual se legitima la explotación, vía la cadena de montaje, por ser un control panóptico del quehacer social e individual, confronta la idea de concebir al hombre como prótesis de la máquina (Bruce, 1994; Thomas 2001; Wray, 1999).

2. La *revolución femenina*: es la transformación de la socialización del sexo (sexualidad) y la idea tradicional de familia. La mujer, en tanto, progresivamente va ganando espacios que otrora eran exclusivamente masculinos con todo el impacto social que dicho cambio sugiere. El movimiento *queer* que apela por un descentramiento del sujeto y un cuestionamiento sobre las rígidas diferenciaciones entre los caracteres masculinos y femeninos el movimiento LGBT (Lesbianas, Gays, Bisexuales y Transexuales) (Andrés, 2000).

3. La *Revolución ecológica*: desde la década de los 70's, el ecologismo ha ido avanzando en las distintas capas de la sociedad bajo la premisa fundamental de que

“el crecimiento tiene un límite”. Como movimiento social plantea la justicia medioambiental (Dobson, 1997; Castells, 2003)

4. La *Revolución socio-política*: es también el fin del paradigma filosófico moderno y aparecería como consecuencia de la crisis de las ideologías y la progresiva expansión de la apertura de lo político a los ciudadanos (o en algunos casos, la acción ciudadana por omisión de lo político), los movimientos sociales emergen ante la exigencia de la paz, autonomías territoriales, fundamentalismos, nuevos nacionalismos, organizaciones de consumidores, ONG's, entre otros.

En el contexto de esta sociedad, los riesgos se reparten de manera homogénea en algunos sentidos (por ejemplo, el deterioro ecológico) pero en otros se intensifica la diferencia, como por ejemplo en la distancia entre el primer mundo y el resto en acceso a bienestar o la distribución del ingreso entre distintas clases sociales. Esta diferencia también divide a quienes se han beneficiado de estas transformaciones (quienes acceden a los beneficios de la tecnología, la dominación, etc.) y la mayoría que ve acrecentados los riesgos en un marco de falta de certezas generalizada y de dominación avanzada (Beck, 1994). En este sentido, ha emergido un movimiento social con pretensiones de transformación e integración global, que ha volcado la mirada de la teoría social europea.

2.1 El contextual: La estructura de oportunidades políticas, las redes organizativas y los ciclos de protesta

Sidney Tarrow estudia a los movimientos sociales bajo los conceptos de *Estructura de Oportunidades Políticas* (EOP) y la formación de *Redes Organizativas* como elementos que permiten su aparición, ya que a través de su estudios busca dar salida a la pregunta que plantea ¿mediante qué procesos los actores construyen una acción común?

Con su propuesta revoluciona las teorías que afirmaban que la propia conformación del Estado proveyó a los movimientos sociales, tanto de razones como de instrumentos para su emergencia, estas teorías señalaban que a cierta fortaleza o debilidad del Estado, correspondía un tipo de participación; es decir, Estados fuertes con sociedades débiles producen una participación limitada, puntuada por explosiones violentas de movimientos sociales, mientras que los Estados débiles en sociedades civiles fuertes llevan una participación abierta y a la acción colectiva convencional.

Tarrow (1997: 117-124), coincide en el grado de influencia que tiene el desarrollo del Estado para proveer de oportunidades para la acción colectiva (como es suministrar una educación mínima universal, dotar de alimentos, extender el sufragio, legalizar las reuniones públicas, etc.). Sin embargo, para la *acción colectiva de tipo contencioso*, el Estado facilita los objetivos para la movilización –ya que, materializa al enemigo— y se conforma en un marco comparativo mediante el cual los grupos desafectos pueden evaluar su situación con otras circunstancias más favorecidas y encontrar aliados, pues ante los conflictos emergentes, el desafío por apaciguarlos, dio lugar a relaciones futuras entre los Estados y la expansión de la acción colectiva más allá de las fronteras estatales, pues los Estados aprendían de otros Estados y los movimientos de otros movimientos.

Así, al concebir a la acción colectiva como un esquema de influencia, es decir, un modo a seguir a pesar de la presencia de contextos estructurales distintos, la perspectiva de Tarrow se centra en las determinaciones que tiene la estructura estatal sobre el movimiento social. Por lo tanto, el concepto de EOP pone énfasis en los condicionamientos “externos”, es decir en una configuración contextual que incentiva a la acción:

Lo que varía ampliamente con el lugar y el tiempo son las oportunidades políticas, y los movimientos sociales están más íntimamente relacionados con los incentivos que éstas ofrecen para la acción colectiva que con las estructuras sociales y económicas subyacentes (Tarrow, 1997: 148).

Esta EOP se torna favorable en contextos donde: hay pendiente una reforma, se abre el acceso institucional, cambian las alianzas o cuando emergen conflictos entre las élites, sin embargo, plantea que hay que contemplarlas a la par de elementos estructurales más estables como son la fuerza del Estado, las formas de represión que éste emplea y la naturaleza del sistema de partidos, los cuales condicionan la acción colectiva.

Bajo este esquema es posible concebir la relación entre EOP y movimientos sociales de una forma mucho más fluida, impredecible, crucial y con posibilidades de tener efectos secundarios en otros contextos. Pues siguiendo a McAdam:

Si bien las EOP restringen y facilitan simultáneamente la acción colectiva en un amplio abanico de grupos de oposición, éstos actúan y aprovechan las EOP para incidir en instituciones (cambiando, por ejemplo, marcos legislativos, administrativos, policiales, etc.) que sirven para reestructurar las bases institucionales o relacionales del sistema político. Por lo tanto, una vez transformada, la EOP actúa de nuevo sobre los grupos contrincantes con nuevas restricciones y posibilidades para la acción colectiva (1998:104-105).

El concepto de EOP nos ayuda a comprender por qué los movimientos sociales adquieren en ocasiones una sorprendente, aunque a veces transitoria, capacidad de presión contra las elites o autoridades y luego la pierden rápidamente a pesar de todos sus esfuerzos. A la vez, la EOP también ayuda a comprender cómo se extiende la movilización a partir de personas con agravios profundos y poderosos recursos a otras que viven en circunstancias muy distintas. Al plantear desafíos a las elites y a las autoridades, los promotores (o como les llama Tarrow: “madrugadores”) ponen al descubierto la vulnerabilidad de quienes ostentan el poder. Por el mismo motivo éstos pueden desaparecer cuando carecen de recursos necesarios para mantener la acción colectiva cuando se les cierran las oportunidades.

Este esquema privilegia un enfoque analítico que atienda a la *conexión* de la emergencia de movimientos sociales *con el “tiempo mundial”* (o, en términos anglosajones, el *world time*), lo cual implica, por un lado mirar la coincidencia que existe con una coyuntura internacional favorable. Cuando así ocurre, pueden aparecer dinámicas de contagio como el llamado “efecto dominó” o “bola de nieve” que ejemplifican procesos de movilización en cadena¹⁴; por otro lado, considerar el flujo de influencia en términos de la acción colectiva. Pues la EOP no sólo se aplica al estudio sobre la formación de movimientos, sino que en la medida que son concebidos como creadores de oportunidades para sí mismos y para otros. La acción colectiva es difundida a través de redes sociales¹⁵ y estableciendo coaliciones de actores sociales,

¹⁴ Tal como ocurrió con la aparición de los movimientos insurgentes latinoamericanos después de la victoria de en Cuba en enero de 1951 o de los movimientos de ciudadanos anti-régimen en los países del Este después de la caída del Muro de Berlín.

¹⁵ El análisis de la conectividad social en términos de red se vio estimulado, por la revolución electrónica e internet. El concepto de redes nos previene de “caer en ideas sistemáticas o limitadas de la “sociedad”, ya que, las redes presentan una consistencia más holgadas y abiertas en relación a los grupos y las organizaciones; se centran en los actores individuales y en sus recursos, antes que

creando espacios políticos para movimientos emparentados y contramovimientos, e incentivos para que respondan a las élites. Los rebeldes que explotan y crean las oportunidades políticas son catalizadores de los *ciclos de protesta* y reforma que han venido estallando periódicamente en la historia moderna.

Los ciclos de protesta, se refieren a una fase de intensificación de los conflictos y la confrontación en el sistema social, en la que se incluye una rápida difusión de la acción colectiva de los sectores más movilizados a los menos movilizados; un ritmo de innovación acelerado en las formas de confrontación; marcos nuevos o transformados para la acción colectiva; una combinación de participación organizada y no organizada; unas secuencias de interacción intensificada entre disidentes y autoridades que pueden terminar en la reforma, la represión, y a veces, en una revolución. Los elementos clave para que se dé origen a un ciclo de protesta son la apertura, difusión y cierre de las oportunidades políticas (Tarrow, 1997:264 y 265)

En este sentido, resulta necesario observar la presencia de las redes en la conformación de los movimientos, puesto que la acción colectiva también es activada —y mantenida— por sus grupos de contacto directo, sus redes sociales y sus instituciones, es decir, “los procesos grupales transforman el potencial para la acción colectiva”. Así, Tarrow considera necesario examinar la morfología de los movimientos, pues para este autor:

Los movimientos se parecen más a una especie de maraña entrelazada de pequeños grupos, redes sociales y conexiones entre todos ellos, ya que afectan a la probabilidad de que la acción de un actor social incite otra... Un

en las colectividades constituidas; forman canales para los mercados, así como para las burocracias, movimientos y las clases. En cuanto tales, las redes no presentan conexiones sociales sumamente importantes, posibilitan vincular entre sí sistemas sociales complejos que presentan puntos de unión imprecisos” (Therborn, 2007:20). Su salida al centro del escenario de la teoría y el análisis social contemporáneos debe considerarse no sólo como el resultado de un descubrimiento intelectual, sino también como un indicador de relaciones sociales cambiantes. Fue el sociólogo posmarxista Manuel Castells (2003), quien articuló la “sociedad red” en un trabajo magistral de análisis social, que parte de las nuevas concepciones de la gestión empresarial y de las tecnologías de la información, sin intentar ponerlo en relación con la teoría sociológica anterior.

movimiento social es en realidad un cúmulo de de movimientos sociales holgadamente vinculados entre si (1997:55-56).

La importancia de la movilización de redes tanto amistosas, como de grupos de interés, ramas locales de organizaciones del movimiento, grupos de colegas profesionales, etc., radica en que mantiene unidos a los participantes incluso una vez que el entusiasmo inicial de la confrontación se ha desvanecido. En términos humanos, esto es lo que hace posible la transformación de la acción colectiva episódica en movimientos sociales.

2.2 El relacional: Los repertorios de acción colectiva

Los movimientos sociales enfrentan el problema sobre cómo organizar, coordinar y mantener acciones comunes, cómo generar unidad en poblaciones autónomas, ante la dispersión de orientaciones presentes en un fenómeno de acción colectiva. Este dilema es resuelto, atendiendo a las oportunidades políticas a través del uso de formas conocidas de acción colectiva, movilizándolo a la gente en el seno de redes sociales y a través del manejo de supuestos culturales compartidos.

Esta corriente, liderada por Charles Tilly, concibe la posibilidad de que se produzca la acción colectiva, cuando la memoria registra el éxito por haber emprendido ciertas formas de actuación en el pasado; es decir, al igual que las celebraciones cívicas o el ritual religioso, la acción no es creada por los organizadores, sino que se transmite culturalmente. La acción colectiva presenta convenciones aprendidas que forman parte de la cultura pública de una sociedad. Cada grupo tiene su historia y un registro propio de la acción colectiva, por ejemplo los trabajadores saben cómo hacer una huelga, porque otras generaciones ya las han hecho antes.

Tilly llama a esta idea del conflicto por convención “*repertorio de confrontación*” y señala que la gente no puede emplear rutinas de acción colectiva que desconoce; cada sociedad tiene una reserva de formas familiares de acción, conocidas tanto por los activistas, como por sus oponentes, que se convierten en aspectos habituales de su interacción. En el mismo sentido, Sidney Tarrow denomina “*repertorio medular*” a estas rutinas de acción colectiva que al paso del tiempo alcanzaron influencia en distintos territorios, cada vez más extensos, por parte de

amplios sectores sociales y en torno a diferentes tipos de cuestiones, como es el caso de las manifestaciones en el espacio público.

En primer lugar, la idea de repertorio nos invita a examinar las regularidades en las maneras de actuar colectivamente en la defensa o prosecución de intereses compartidos, puesto que están asociadas a su éxito relativo y que muchas veces se transmiten por una suerte de efecto contagio.

En segundo, nos invita a observar las innovaciones que se presentan ante procesos políticos particulares que implican cierto grado de improvisación

Este enfoque ubica a la cultura en el centro, ya que encuentra en los hábitos de lucha adoptados por los distintos actores y en las formas que toma la acción colectiva, un marco cognitivo en el cual aparecen un conjunto de expectativas compartidas e improvisaciones aprendidas. El concepto de repertorio de la acción colectiva, nos invita a combinar dos intereses que por mucho tiempo han estado divorciados: el impacto que tiene el cambio estructural en la acción colectiva y los cambios en la cultura de dicha acción.

Lo que los dos modelos (el contextual y el relacional) nos ofrecen es vincular las transformaciones estructurales con los cambios que se presentan en la acción colectiva. Es decir, intentar combinar distintos niveles de análisis que van desde cambios macro como por ejemplo, la (des) proletarización o los proceso de formación (o adelgazamiento) del Estado a los patrones de interacción entre el estado y los ciudadanos; lo cual, nos invita a mantener unidos conceptualmente macroestructuras y microprocesos, cambios en la economía y cambios en las interacciones políticas.

En una dirección que nos parece cercana o complementaria a este planteamiento, McAdam ha remarcado la importancia de la existencia de “marcos dominantes de protesta” que legitiman la acción colectiva; de esta forma tienden a unirse o conectarse los grupos de activistas de diferentes ámbitos, y a usarse ideas y símbolos culturales comunes, lo cual refuerza a los grupos y les da cierto sentido de unidad. En un sentido temporal, afirma que son las *persistentes culturas activistas* las que se mantienen generacionalmente; incluso, jóvenes activistas de los 60 y 70 en EEUU eran en muchos casos incluso hijos de activistas anteriores. Con esta afirmación se opone a las ideas de Melucci y otros que defienden que los

movimientos de los 60 y 70 representaron una ruptura total con el activismo anterior. Es cierto que modificaron dramáticamente las tradiciones activistas "pero también parece claro que estaban basados en las mismas tradiciones que posteriormente llegaron a superar. Hay muchos ejemplos de esta clase de continuidad generacional en la actividad de los movimientos" (McAdam, 1994, p. 52).

Estas culturas activistas, mantienen "cajas de herramientas" que permiten la acción de larga duración y la conexión generacional entre acciones distantes en el tiempo pues,

Estas redes y organizaciones se encuentran inmersas en persistentes subculturas activistas, capaces de mantener las tradiciones cognitivas necesarias para revitalizar el activismo que sigue a un periodo de inactividad del movimiento. (...), estas subculturas representan "la caja de herramientas" especializada en tradiciones de activismo de larga duración. La presencia de estos "repertorios culturales" duraderos exime a las nuevas generaciones de potenciales activistas de tener que construir los marcos de nuevos movimientos desde la nada (McAdam, 1994, p. 52).

2.3 El identitario: Discurso y vida cotidiana

Melucci plantea un enfoque en el cual se abordan los procesos y relaciones por medio de los cuales los individuos y los grupos se involucran en la acción colectiva. Intenta ligar las conductas conflictivas a la estructura de la sociedad sin renunciar, al mismo tiempo, a explicar cómo se forman y cómo se manifiestan en concreto nuevas creencias y nuevas identidades colectivas.

Para Melucci, la propensión de un individuo para involucrarse en la acción colectiva está ligada a la capacidad diferencial que tiene para definir una *identidad*; es decir, el proceso mediante el cual los actores producen estructuras cognoscitivas comunes que les permiten valorar el ambiente y calcular los costos y beneficios de la acción; las definiciones que formulan son, por un lado, el resultado de las interacciones negociadas y de las relaciones de influencia y, por el otro, el fruto del reconocimiento emocional. En este sentido, la acción colectiva, nunca se basa

exclusivamente en el cálculo de costos y beneficios, ni es enteramente negociable (Melucci, 1997: 66).¹⁶

Esta afirmación nos permite acercarnos a la heterogeneidad propia de los movimientos sociales a partir de considerar el acceso diferencial que tienen sus integrantes sobre aquellos recursos que le permiten armar una identidad. Estas diferencias, influyen en la calidad de las expectativas representadas y el grado de compromiso en los fenómenos colectivos ya sea a nivel individual o de subgrupo.

El grado de exposición de un individuo a ciertos recursos (cognoscitivos y relacionales) influye en su posibilidad o no, de entrada en el proceso interactivo de construcción de una identidad colectiva. De este grado de exposición dependen las oportunidades individuales de participación en la negociación de esa identidad y, en particular: a) en la intensidad y calidad de su participación y b) en el punto de inicio y duración de su compromiso. Los factores circunstanciales pueden influir en la estructura de oportunidades y en sus variaciones, pero la forma en que esas oportunidades son percibidas y usadas depende del acceso diferencial de los individuos a los recursos de identidad (Melucci, 1997: 67).

El papel de la cultura adquiere suma importancia en la medida en que la acción y el mantenimiento de la misma, son incentivados por la capacidad que tienen los individuos o grupos por atribuir significado, tanto a sí mismos como a su entorno. Por lo tanto, esta propuesta explicativa involucra el análisis de los significados antagonistas de la acción¹⁷ y en la hipótesis según la cual el conflicto surge de los criterios que confieren sentido a la acción.

¹⁶ Al explicar a la identidad colectiva como producto de un proceso interactivo, de negociación y en contacto con un ambiente, Melucci trasciende las explicaciones que veían a la identidad colectiva como una especie de esencia del movimiento –es decir, como un dato-; o bien, como un concepto fundado en intereses comunes, de acuerdo con la tradición marxista.

¹⁷ Evidentemente, no en todo el campo de los movimientos sociales es antagonismo. Existen movimientos sociales conservadores, reformistas y otros ambivalentes. Cuando son movimientos alternativos, uno de sus desafíos viene de su forma de funcionamiento, que cuestiona el funcionamiento instituido del poder. Quizá acentúa demasiado este aspecto, pero recogemos esta idea de Alberto Melucci: "Los aspectos que vuelven más visibles el desafío al sistema que contienen los movimientos contemporáneos son su estructura organizativa y sus relaciones de poder. Los movimientos funcionan como espacios abiertos donde se hacen contratos continuamente re-negociables." (Melucci, 1994, p. 143).

Para Melucci, el antagonismo de los movimientos sociales tiene un carácter eminentemente comunicativo, pues ofrece al resto de la sociedad códigos simbólicos alternativos a la lógica de aquellos que dominan en ella. Plantea 3 modelos, de acuerdo al mensaje que emiten:

LA PROFECÍA	LA PARADOJA	LA REPRESENTACIÓN
Lo posible es ya real en la experiencia directa de aquellos que lo envían. La lucha por el cambio se encarna en la vida y las formas de estructurar al grupo. El profeta habla a nombre de otro, se presenta a sí mismo como modelo del mensaje	La arbitrariedad del código dominante aparece por medio de la exageración o de su impugnación.	La respuesta consiste en una reproducción simbólica que separa los códigos de los contenidos que habitualmente los ocultan. Esta forma se puede combinar con las anteriores. En este tipo se recurre al teatro, al video, los medios de comunicación, el performance, etc.

En los tres casos los movimientos funcionan como una especie de *medium* cuya función principal es la de sacar a la luz lo que el sistema no dice por sí mismo. Es decir, refuerzan su papel de intermediarios, entre los dilemas del sistema y la vida diaria de las personas, ya que:

Por medio de lo que hacen y de su forma de hacerlo, los movimientos sociales anuncian que existen otros caminos, que siempre habrá otra forma de enfocar el asunto, y que las necesidades de los individuos o de los grupos no pueden reducirse a la definición que de ellos hace el poder. Por consiguiente la acción de los movimientos se plantea en el ámbito de los símbolos y de la comunicación (Melucci, 1997:127).

Melucci señala las dificultades que en el contexto de las llamadas sociedades de información —donde el poder se ejerce mediante el control de los códigos, es decir, por parte de sistemas que organizan el flujo informativo—, tienen alternativas que proponen los movimientos sociales cuyo objetivo es:

Nombrar de otros modos el espacio y el tiempo mediante la construcción de nuevos lenguajes que cambian las palabras empleadas por el orden social para organizar nuestra vida diaria, hacer lugar a la sabiduría más allá del conocimiento, ejercitar una reflexividad afectiva y no instrumental, [presentar] formas de organizar e interpretar de otra manera el flujo de información, de designar al mundo de otro modo en la práctica de los movimientos... En este proceso organizativo, la acción de los movimientos constituye una práctica del cambio y reto al sistema (Melucci, 1997:123).

Finalmente, el modelo de acción que Melucci, al igual que el de Tarrow y Tilly, considera a la sociedad contemporánea organizada a través de redes de pequeños grupos sumergidos en la vida cotidiana, que exigen una implicación personal en la creación y experimentación de modelos culturales, que emergen solamente con la aparición de problemas específicos y a pesar de estar separados, constituyen un circuito de intercambios sociales.

Propone el denominado *modelo de funcionamiento bipolar*¹⁸, integrado por dos fases con funciones diferentes, que en ocasiones representan de forma paralela:

FASE DE LATENCIA	FASE DE VISIBILIDAD
Permite experimentar nuevos modelos culturales, favorece el cambio social mediante la	Cuando emergen grupos pequeños para enfrentarse a una autoridad política sobre determinados asuntos. La movilización tiene una función simbólica que se plantea en diversos planos,

¹⁸ Melucci considera que para la persistencia y eficacia de este modelo bipolar, es necesario que se den las siguientes condiciones: 1) Alto grado de diversidad en el entorno del movimiento, impide a los grupos de esas redes encerrarse en sí mismo; 2) elevada elasticidad del sistema político, para que éste no interfiera con las delicadas fases que atraviesan esos grupos al pasar de la latencia a la visibilidad pública; 3) la existencia de instancias y organizaciones transitorias en cada red de movimiento, con capacidad para garantizar comunicaciones internas, especialmente durante la fase de latencia, y externas, principalmente en la fase de movilización (Melucci, 1997:128).

<p>construcción de significados y la producción de códigos diferentes a los establecidos; esta fase implica un desafío a las presiones dominantes.</p>	<p>por una parte proclaman su oposición a la lógica que guía la toma de decisiones respecto a una política pública específica; al mismo tiempo la movilización opera como <i>medium</i>, pues indica a la sociedad la relación existente entre un problema específico y la lógica dominante en el sistema y paralelamente, muestra modelos culturales alternativos que la acción colectiva practica y difunde.</p>
<p>Proporciona los recursos de solidaridad al producir el marco cultural dentro del cual emerge la movilización</p>	<p>Refuerza las redes sumergidas y la solidaridad entre sus miembros, en esta etapa se da a conocer y genera nuevos adeptos.</p>

Los tres enfoques analíticos (contextual, relacional e identitario), nos permiten: por un lado, rescatar la consideración de que un movimiento social es un sistema de acción, compuesto por redes complejas en distintos niveles y significados de la acción social, para ello es importante observar cómo se construye la identidad a partir del acceso a la cultura, los tipos de intercambios, las negociaciones, decisiones y conflictos entre diversos actores. Por otro lado, los procesos de movilización, los tipos de organización, los modelos de liderazgo, las ideologías y las formas de comunicación, se convierten en niveles significativos de análisis para reconstruir desde el interior al sistema de acción que constituye el actor colectivo. Pero también las relaciones con el exterior, con los competidores, con los aliados o adversarios y, especialmente la reacción del sistema político y del aparato de control social, pues determinan su campo de oportunidades y limitaciones dentro del cual el actor colectivo adopta una forma, se perpetúa o cambia.

III. LA CONSTRUCCIÓN DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES COMO OBJETO DE ESTUDIO DESDE LA PERSPECTIVA LATINOAMERICANA

Los estudios sobre América Latina plantean dos retos para la investigación social. El primero, implica el despojarse de la tendencia a generar tesis comparativas que marquen las deficiencias que presenta con relación a occidente, pues ello ha conducido a generar caracterizaciones parciales. De tal forma que América Latina es construida bajo la promesa de cumplir con un deber ser, para conseguir el éxito que ya ha sido probado en otras latitudes donde se puede constatar niveles de progreso y desarrollo social más elevados. Así, se ha pretendido predecir desde las Ciencias Sociales la direccionalidad del futuro sobre América Latina. Las tendencias más fuertes al respecto han recaído en las implicaciones que exigen: la modernidad, las medidas neoliberales y la democracia, que como argumentaremos más adelante, los movimientos sociales ponen en cuestión desde la especificidad del contexto social, económico, político y cultural de Latinoamérica.

Sin embargo, a la hora de pretender explicar su conflictividad, buena parte de los estudios en Ciencias Sociales resultan ser aplicaciones, en ocasiones forzosas, de los modelos de mayor peso —contextual, relacional e identitario— diseñados para el contexto europeo o norteamericano, o bien interpretaciones que a distancia se hacen sobre América Latina. Por lo que el segundo reto, exige generar nuevos conceptos que permitan explicar el cómo, cuándo y por qué de los movimientos sociales desde nuestro contexto, pretendemos constatar cómo una misma inquietud adopta distinta forma según el lugar donde se enuncia, pues consideramos que las teorizaciones sociales dependen del mundo social sobre el cual teorizan.

En este apartado se desarrollan las tres principales áreas de conflicto sobre las cuales se expresan los movimientos sociales: la modernidad, las medidas neoliberales y la democracia; destacando lo propio del contexto latinoamericano en términos de las demandas y cuestionamientos que plantean los movimientos sociales, tanto a los límites teóricos como a la realidad misma.

3.1 La Modernidad criticada

La Modernidad en Latinoamérica es una aspiración que nunca llegó a alcanzarse. Sin embargo, se convirtió en una imposición que obligó a la periferia a asumirla como una especie de simulacro artificial, que llegó a ser interpretado como un estadio imperfecto, ante la imposibilidad de alcanzar una verdadera modernidad al estilo europeo pues le faltaron los antecedentes intelectuales y las instituciones que le dieron origen en Europa. Dicho déficit histórico conduciría a una experiencia de la modernidad como disfraz anacrónico que encubre y disimula:

Realidades enmascaradas: comienzo de la inautenticidad y la mentira, males endémicos de los países latinoamericanos. A principios del siglo XX estábamos ya instalados en plena pseudomodernidad: ferrocarriles y latifundismo; constitución democrática y un caudillo dentro de la mejor tradición hispanoárabe, filósofos positivistas y caciques precolombinos, poesía simbolista y analfabetismo (Paz, 1979: 64).

La misma idea se reitera en varios autores. Entre ellos Gruzinski (1993: 83-84) quien agrega un giro interesante. Señala que la “ausencia de revolución industrial, de alfabetización y de democratización a la europea” habría llevado a “pasar sin transición de un prolongado mundo barroco que no terminaría nunca de extenderse a lo largo de los siglos XIX y XX, al mundo neo-barroco de la posmodernidad”.

América Latina es definida por lo que carece y no se observa a sí misma para caracterizar lo que tiene. En términos teóricos, ello ha dado lugar al establecimiento de una jaula simbólica de conceptos europeos al momento de generar categorizaciones sobre el propio contexto.

Sin embargo, el hecho de considerar la derrota por alcanzar el anhelo moderno, ha permitido enfocar los componentes propios desde otros ángulos interpretativos, y en este sentido existen propuestas por denominar la fase actual como *posmoderna* o de *desmodernismo* (Lomnitz, 1999). Esta derrota, exhibe una situación de crisis ante el desmantelamiento de los aparatos asistenciales y las transformaciones de las instituciones políticas como los partidos, sindicatos, etc. Autores como Zermeño (1996) han llegado a afirmar que estamos ante una crisis de lo público y que la modernidad es un espejismo que no sólo queda lejos aún, sino que se han destruido

las bases sociales de la modernidad que se habían alcanzado en el período del desarrollo industrial en la fase de la sustitución de importaciones, entre 1970 y 1980.

Por lo tanto surge una especie de aceptación de la hibridez característica de Latinoamérica, tanto en su gente como en la convergencia de una heterogeneidad multitemporal. Como expone García Canclini (1990), en Latinoamérica se da una especie de modernización sin modernidad, lo cual coloca a los espacios y sectores hegemónicos en la punta de las vanguardias, mientras que a los populares en el atraso y la marginación. Sin embargo, a pesar de las diferencias en el acceso a ciertos bienes materiales y culturales, en Latinoamérica se gesta una especie de narrativa identitaria determinada por procesos complejos de hibridación.

Los países latinoamericanos, son actualmente resultado de la sedimentación, yuxtaposición y entrecruzamiento de tradiciones indígenas, del hispanismo colonial católico y de las acciones políticas, educativas y comunicacionales modernas. Pese a los intentos de dar a la cultura de élite un perfil moderno, recluyendo lo indígena y lo colonial en sectores populares, un mestizaje interclasista ha generado formaciones híbridas en todos los estratos sociales (García Canclini, 1990: 71).

En este sentido, la Modernidad desde Latinoamérica es cuestionada por generar modelos homogenizantes para la interpretación social. De ahí que sea rescatable el aporte de los estudios antropológicos que se saben insertos en la heterogeneidad, puesto que no pretenden dar un diagnóstico del estado de la sociedad, sino comprender mejor la diversidad de las culturas y los modos de su funcionamiento. De hecho existen autores que han llegado a considerar que la antropología puede prescindir de la noción misma de modernidad, como es el caso de Varela, quien señala:

Es la heterogeneidad misma de las formas de poder la que permanece como objeto primero de las investigaciones de la antropología de cara a la supremacía de una homogenización de los modelos de gestión política que provoca la tendencia dominante del neoliberalismo. No hay que confundir la diversidad de los campos y objetos de la antropología con la heterogeneidad que la caracteriza. Si los sociólogos han terminado por cristalizar una buena parte de sus debates sobre la modernidad alrededor de la noción de complejidad, los antropólogos no tienen necesidad de enunciar un “estado”

de la sociedad: se resisten a hacer un diagnóstico, trabajan en la heterogeneidad como reflejo de la diversidad de las culturas y de los modos de funcionamiento sin perder de vista jamás que su descripción no legitima el reconocimiento de algún síndrome de la modernidad. En el fondo, los antropólogos pueden bastante bien prescindir de la noción misma de modernidad, no sólo como medida puramente conservadora, sino para evitar la trampa de toda finalidad gestora de sus objetos de estudio (Abélès y Jeudy, citado en Varela, 2005:126)

Nuestro estudio considera pertinente el enfoque de la diversidad entendida como una multiplicidad de formas y actores en interacción. Sin embargo, la modernidad continúa siendo un referente importante para el análisis de los movimientos sociales, en tanto proyecto que aún direcciona –con un menor peso, afirmando parcialmente la crítica posmoderna-, los imaginarios sobre el rumbo del desarrollo social.

Los movimientos sociales en Latinoamérica evidencian la conflictividad que plantea la convivencia ante tal diversidad, ya que por un lado el descontento ante la promesa incumplida, llama al cambio bajo la esperanza del progreso y una mejora en las condiciones esenciales de vida, reivindicaciones de elementos convencionales considerados por “tradicionales” o “materiales” como son el acceso a servicios básicos: agua, tierra, vivienda, alimento, educación, vestido, salud, condiciones que en Europa o Estados Unidos, están abastecidos para sectores mayoritarios de la población, de hecho como se señaló anteriormente, dado que son sociedades que tienen cubiertos estos requerimientos básicos, sus acciones colectivas emprenden una lucha por los llamados valores postmateriales. En Latinoamérica existen sectores (minoritarios) cuyas condiciones de vida pueden ser comparadas a las de países del Norte, por lo que el tipo de reivindicaciones que plantean con su acción apelan a la defensa de valores postmateriales: participación en la toma de decisiones públicas, mayores libertades, oposición a la violencia, búsqueda por conseguir un desarrollo sustentable, entre otros. Resulta pertinente señalar que también emergen luchas por conservar aquellos elementos que fueron conquistados bajo el estandarte moderno, como es el caso de las oposiciones a privatizaciones de empresas paraestatales, reformas en el sistema de seguridad social, cuyo tratamiento se hará más adelante.

En este sentido, lo que se pretende afirmar es que en Latinoamérica existe una heterogeneidad de demandas ante los diversos grupos y sectores que se diseminan de acuerdo al lugar que el proyecto moderno los ha colocado.

Teotonio Dos Santos señala que los movimientos sociales comienzan a romper con la ideología de la modernidad como forma superior y única de civilización, con este enfoque se ha dado una fuerza muy especial a movimientos latinoamericanos que llegan a ser presentados incluso como fundamento de un nuevo proceso de civilización pluralista, realmente planetario, posracista, poscolonial y quizás posmoderno (2004, 63-65).

Se consideró pertinente señalar a la modernidad como un eje temático sobre el cual giran los movimientos sociales, ya que por un lado se cuestiona la promesa incumplida de mejoras en la calidad de vida, tanto personal como social que planteaba la fórmula del progreso occidental, que en ocasiones, dichos cambios llegan a ser percibidos como retrocesos, es decir algunas medidas neoliberales, tales como las privatizaciones y crisis en la estructura macro y micro económica (inflación, déficit, estancamiento, entre otros), cuyas implicaciones sociales se traducen en pérdidas del poder adquisitivo, de empleo, entre otras.

Por otro lado, la crítica a la modernidad se presenta en un cuestionamiento a la posibilidad real que tienen los sujetos de generar por sí mismos cambios en la estructura social, ya sea porque no existen canales institucionales o se encuentren cerrados (ficticios); o bien, porque se privilegia la represión al diálogo en las negociaciones, lo cual nos conduce a pensar en la calidad y eficacia de las formas de participación legal, establecida en los llamados regimenes democráticos.

Ahora bien, lo importante de destacar este tipo de cuestionamientos es que nos permite reflexionar en torno a: a) hace posible el mirar las formas características en las que el neoliberalismo y la democracia se presentan en el continente, b) destacar los conflictos que generan en la interacción social y c) las formas de acción colectiva que como respuestas se producen.

3.2 El Neoliberalismo: de la desigualdad a la exclusión

El conjunto de países de la región llamada América Latina pasa desde finales del siglo XX por una profunda crisis económica, política y de valores, de dimensiones

tal vez nunca antes vista en la época contemporánea. Esta crisis no es un fenómeno coyuntural, producto de circunstancias desfavorables externas durante la década de 1980, sino que es una crisis de las estructuras mismas de las sociedades latinoamericanas, las cuales fueron creadas para afianzar un modelo de desarrollo capitalista dependiente, en ellas, el modelo neoliberal está imponiendo un esquema diferente¹⁹, pero con rasgos en los que se agudiza o refuerza dicha dependencia y acentúa las diferencias socioeconómicas entre los diversos grupos de la población.

Es decir, a los antiguos problemas no resueltos de la inequitativa distribución del poder, la riqueza y los ingresos, en Latinoamérica se suman ahora los embates de la doctrina neoliberal en el desmantelamiento y desnacionalización de los Estados, la extranjerización de las economías, el peso de las deudas externas, la disolución de culturas autóctonas y la inserción forzada al proceso homogenizador del capital y la cultura transnacionales, así como la polarización creciente al interior de las naciones latinoamericanas, han generado una profundización de las desigualdades económicas, los niveles de pobreza, marginación y exclusión social.²⁰ Mientras que por un lado concentra la riqueza en una sociedad que tiene excesos de saciedad, otra parte de esa

¹⁹ Caracterizado por las exigencias de las instituciones financieras (Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial) para abrir las economías nacionales al comercio internacional y establecer los precios internos conforme al mercado internacional, orientar las políticas fiscales y monetarias hacia el control de la inflación y del déficit público y hacia la estabilidad de la balanza de pagos. Los derechos de propiedad están claramente protegidos contra las nacionalizaciones, las empresas nacionalizadas tienen que ser privatizadas, la legislación laboral debe ser flexibilizada, y en general, se exige que la regulación estatal de la economía y del bienestar social sea reducida a su mínima expresión.

²⁰ Según el *Panorama social de América Latina (2006)*, estudio que presenta las más recientes estimaciones de la magnitud de la pobreza realizadas por la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL). Estas indican que en 2005, el 39,8% de la población de la región vivía en condiciones de pobreza (209 millones de personas) y un 15,4% de la población (81 millones de personas) vivía en la pobreza extrema o la indigencia. Lo cual contrasta con el número de millonarios latinoamericanos -unos 350.000- que controlaban a fines del año pasado (2005) una riqueza de 4,2 billones de dólares, un 11,8% más que en 2004. Brasil fue el primer país de América latina y el décimo del mundo donde más aumentaron los millonarios: el 11,3%. En México, Carlos Slim en el año 2006, casi duplicó su fortuna al situarla en 13.900 millones de dólares, con lo que llegó al puesto 17 entre los más ricos del mundo, a esa lista también pertenecen los brasileños Josep y Moise Saфра (4.700 millones) y el venezolano Gustavo Cisneros (4.600 millones). Carlos Slim, el primer "ultra-millonario" es dueño de Telmex y el Grupo Carso, Telinor, Red Uno, UniNet, Prodigy, Sears Mexico, Samborns Hnos., America Movil, Telcel, Tel Bip, Datum y Aerolíneas Azteca entre otras. Supera a sus 10 pares mexicanos, al resto de los latinoamericanos, a todos los magnates hispanos, y acumula una riqueza equiparable a la que suman juntos Donald Trump, David Rockefeller y George Soros. En http://www.iarnoticias.com/secciones_2006/latinoamerica/0041_millonarios_pobreza_21jun06.htm

sociedad es marginada y excluida de los beneficios del desarrollo, dando lugar a sociedades divididas en una dualidad entre quienes cada vez son más ricos y los que cada vez tienen menos para subsistir.

Ante este trágico panorama, América Latina experimenta un fracaso por partida doble, como señala Zermeño:

Se adoptó un modelo de desarrollo que sacrificó claramente la densidad, la salud social, en aras de una dinámica que debió haber generado una significativa riqueza material (que se redistribuiría en el largo plazo), pero después de veinte años nos encontramos con una realidad en la que la creación de esa riqueza material se fuga, cuando existe, al tiempo que se adelgaza, se diluye la riqueza social: un fracaso por partida doble (2005).

En este contexto, de acuerdo con Reygadas, el neoliberalismo se convierte en causa y efecto de la desigualdad²¹, por lo tanto, ésta además de ser una característica, es una variable fundamental para entender a Latinoamérica; en cuyo escenario, la complejidad radica no sólo en explorar las bases materiales de la desigualdad, pues lo que antes era una jerarquía basada en factores étnicos, raciales y de género, ahora se teje con nuevos elementos de distinción social a partir de la educación, los ingresos, el modo de vida, las formas de consumo y otras características, que operan como pautas de interacción y estilos de relaciones similares a los de una sociedad organizada en torno a grupos de status relativamente cerrados (2004: 92).

Es posible sostener que la conflictividad que en términos políticos ha generado el proyecto neoliberal se articula desde un punto de partida: la necesidad de ajustar al Estado y sus relaciones con la sociedad a lo que serían las exigencias de un nuevo momento de las relaciones de acumulación capitalista, marcadas por su reconfiguración en el ámbito global. Principalmente en lo relativo a establecer una escasa intermediación sobre el factor trabajo, con lo cual, pierde su antiguo carácter

²¹ Lista de países con mayor nivel de desigualdad según el coeficiente de Gini son Brasil: 59,3, Paraguay: 57,8, Colombia: 57,6, Chile: 57,1, México: 54,6, Argentina: 52,2, Perú: 49,8, Venezuela: 49,1, Bolivia: 44,7, Uruguay: 44,6, Ecuador: 43,7 *Cifras son publicadas por el PNUD durante 2006, en http://news.bbc.co.uk/hi/spanish/business/newsid_4599000/4599410.stm*

de servir como un contrapeso del mercado y por tanto agudiza la inconformidad colectiva sobre las condiciones en la calidad de vida y el acceso al consumo. Así, los impactos de la economía neoliberal en el sistema de desigualdad es devastador tanto en el espacio-tiempo global como en el espacio-tiempo nacional. Desde el punto de vista general, el impacto consiste en la metamorfosis de sistema de desigualdad en un sistema de exclusión, pues el sistema de desigualdad se basa en el principio de pertenencia a una integración jerarquizada. En la modernidad capitalista esta integración es realizada fundamentalmente por medio del trabajo. La integración por medio del trabajo es la que fundamenta las políticas redistributivas, a través de la cual se procura atenuar las desigualdades más abruptas, generadas por vulnerabilidades que están casi siempre ligadas al trabajo (enfermedad, accidente o vejez). Sin embargo, actualmente estamos presenciando el aumento del desempleo estructural²² porque los aumentos de productividad son superiores al incremento del empleo y, en consecuencia, el crecimiento económico tiene lugar sin el correspondiente crecimiento en el empleo.

A medida que el trabajo —y aún más el trabajo seguro— se vuelve más escaso, la integración garantizada por él se muestra más y más precaria. Y, en este sentido, el trabajo pasa a definir más las situaciones de exclusión que las situaciones de desigualdad. La informatización, la segmentación, la precarización o flexibilización de la relación social hacen que el trabajo, lejos de ser una garantía contra la vulnerabilidad social, se convierta él mismo en una expresión de esta vulnerabilidad. La precariedad del empleo transforma los derechos laborales, económicos y sociales derivados de la relación salarial

²² el último informe de la Organización Internacional del Trabajo (OIT) sobre el empleo juvenil en el mundo, donde se destaca que uno de cada dos desempleados en América Latina y el Caribe son jóvenes de entre 15 y 24 años. Según datos de la OIT, en 2005, el 13,5% de los jóvenes en el mundo está desempleado, es decir, buscan trabajo pero no lo encuentran. En América Latina, donde vive el 9% de la población joven del mundo y ésta representa el 26,9% de la población en edad de trabajar, la tasa promedio de desempleo juvenil se ubica en 16,6%, y resulta casi tres veces mayor a la de los adultos. La tasa de desempleo juvenil también duplica a la tasa general de 8,3%. Pero el problema va más allá de no encontrar trabajo. Según datos de la OIT, unos 16,7 millones de jóvenes que han logrado encontrar trabajo en América Latina y el Caribe, todavía viven por debajo de la línea de la pobreza de los dos dólares diarios. Y lo que es más alarmante aún, estos representan el 35% de los jóvenes con empleo en la región, o uno de cada tres jóvenes trabajadores, quienes han logrado superar la dificultad de obtener un puesto de trabajo pero, aunque lo tienen, éste no les alcanza para generar los ingresos necesarios para enfrentar sus necesidades de alimento y vivienda.

y centro de las políticas redistributivas del Estado- providencia, en un espejismo. El trabajo pierde entonces eficacia como mecanismo de reinmersión dentro de un sistema de exclusión. Igualmente deja de tener virtualidades para generar redistribución y pasa a ser una forma precaria de reinmersión, siempre al punto de degenerar hacia formas todavía más significativas de exclusión. Así, pasa de mecanismo de pertenencia por la integración a mecanismo de pertenencia por la exclusión (De Sousa, 2005: 212).

De esta manera, el factor trabajo se convierte en un puente que nos permite ubicar la transformación del sistema de desigualdad al sistema de exclusión. Consideramos a éste como un elemento necesario para comprender la complejidad de los movimientos sociales, no bajo la perspectiva que auguraba el protagonismo del movimiento obrero/sindical, pues estas transformaciones estructurales que conlleva la transformación de un sistema de desigualdades a un sistema de exclusiones, nos permiten mirar a los movimientos sociales, con una óptica más flexible, integrativa y particular sobre los diversos grupos y sectores sociales que se inconforman, puesto que la exclusión agrupa una compleja serie de prácticas sociales, económicas y culturales como son el acceso limitado a los beneficios del desarrollo a ciertas poblaciones con base no sólo en la clase social, sino además en su raza, etnia, género, enfermedades y/o capacidades físicas. Por otro lado, la exclusión social es más fuerte para los individuos que pertenecen a múltiples grupos excluidos, por ejemplo, el ser mujer, indígena, discapacitada, analfabeta, cada condicionante aumenta las restricciones sobre las oportunidades de trabajo, crédito, vivienda digna, servicios de salud adecuados, educación de calidad, y sistema de justicia.

Finalmente, estas reflexiones sobre los cambios a nivel estructural, nos permiten mirar someramente la emergencia de las luchas sociales en los últimos años. Durante los ochenta se relacionaban contra los programas de austeridad y el problema de la deuda externa. En los noventa, se extendió la oposición a los programas de ajuste estructural, en particular se pretendió frenar la ola de privatizaciones de empresas paraestatales y servicios públicos, en este momento el protagonismo político de la acción social lo encabezaron movimientos de deudores que criticaban la dureza del rescate financiero, argumentando que se privilegiaba a los bancos y a los grades ahorradores. Las políticas de apertura económica y las condiciones inequitativas que

planteaban la firma de los tratados internacionales como el TLCAN (NAFTA) o el Mercosur o ALCA (AFTA), los cuales desataron fuertes protestas que llegaron a tomar acciones radicales como la toma de carreteras, saqueos comerciales y toma de puentes internacionales.

Destacan las acciones emprendidas en Argentina por el movimiento piquetero, en México el movimiento barzonista y “el campo no aguanta más”; los jóvenes y una variedad de movimientos de inspiración identitaria (de género, opción sexual, etnia, lengua, etc.) hastiados por la mercantilización de lo social y las políticas de supresión de las diferencias promovidas por el neoliberalismo; y los movimientos “altermundistas” a partir de Seattle en 1999.

A comienzo del siglo XXI, los conflictos que han dado origen a movilizaciones sociales, destacan aquellos relativos al crecimiento de aquellos promovidos por los asalariados del sector público, en particular de los sectores de la salud y la educación pública, los movimientos campesinos e indígenas en defensa de la tierra, en México la Asamblea Popular de los Pueblos de Oaxaca (APPO), el movimiento de Atenco, también vale la pena resaltar también la expansión de las protestas impulsadas por los estudiantes (especialmente en Chile y Centroamérica) y las referidas a la defensa de los derechos humanos, que reflejan, en cierta medida, la intensificación de los diagramas represivos y de militarización social en el continente (Séoane y Algranati, 2006).

Las movilizaciones referidas a bloquear las privatizaciones como en el caso de Uruguay (obras sanitarias y terminales portuarias) y el abastecimiento de agua y electricidad en Bolivia y Perú, del petróleo en Ecuador, la compañía telefónica en Costa Rica y los sistemas de salud en varios países. También hubo grandes movilizaciones populares en diversos países para pedir la nacionalización del petróleo y el gas como el caso de Bolivia y terminar con los programas de erradicación de coca en Bolivia y Perú.

Cabe mencionar que en el extranjero los movimientos de migrantes han cobrado relevancia sobre todo en Estados Unidos en los últimos años, lugar donde los latinoamericanos mayoritariamente expresan las contradicciones de la lógica inclusión/exclusión en dicho país.

De estas acciones podemos considerar como logros: el bloquear ciertas políticas de ajuste y reestructuración económica principalmente en torno al tema de las privatizaciones,²³ lograr introducir algunas demandas a las negociaciones de los tratados, presionar a los estados de la región para apoyar programas sociales, surgimiento de actores, grupos y redes con capacidad para actuar frente a medidas de política económica, en ocasiones a nivel internacional, lograr entre la opinión pública un rechazo hacia las medidas de corte neoliberal y subir a los derechos económicos y sociales en la agenda latinoamericana (Reygadas, 2004: 94).

3.3 La Democracia: la exclusión como motor político

En América Latina las culturas políticas dominantes, comparten un proceso de conformación similar en los países que la integran, puesto que han recibido mucha influencia de Norteamérica y Europa, en donde el liberalismo hace comúnmente referencia a principios relacionados con el racionalismo, universalismo e individualismo. Sin embargo, en este continente, dichos principios aterrizan en un contexto con distintas necesidades que combinado con ciertas tradiciones, ha dado lugar a relaciones sociales específicas, que incluso llegan a contradecir algunos de esos principios, pues en el espacio de las relaciones sociales es donde se mantienen o reproducen formas de exclusión sociocultural e incluso, dado que se trata de sociedades extremadamente desiguales y jerarquizadas, el espacio de definición sobre lo político en términos democráticos, llega a ser controlado eufemísticamente.

De esta manera el liberalismo en Latinoamérica desde el siglo XIX fue adoptado como una especie de fachada que encubría prácticas sociales y políticas oligárquicas, en las cuales no existía una diferenciación clara entre lo público y lo privado —en ellas, lo privado se apoderó de lo público y las propias relaciones

²³ El creciente descontento popular con los programas de reforma se ha canalizado en diversas protestas y acciones colectivas, que tuvieron lugar en múltiples países -Uruguay, Bolivia, Perú, Paraguay, Ecuador, Puerto Rico, Costa Rica, Brasil, Honduras, Guatemala y Nicaragua- y fueron motivadas por problemáticas en diversos sectores -electricidad, agua y saneamiento, hidrocarburos, sistemas de salud y bancarios-. Sin embargo, pareciera poder asumirse que las contiendas más activas, persistentes y exitosas son aquellas vinculadas con la prestación de los servicios de agua y saneamiento y la explotación de los hidrocarburos. Así lo demuestran los casos de Bolivia, Brasil, Honduras, Panamá y Paraguay para el caso del agua y saneamiento; y Bolivia, Perú y México para el sector de hidrocarburos, véase (Nahón, 2006)

políticas se aprecian como extensión de las privadas—, lo cual dio lugar a favoritismos, clientelismos y paternalismos, considerados como elementos naturales de la relación política. Durante el siglo XX el proceso de urbanización hizo inevitable la incorporación de masas a la política, que bajo el perfil de las tradiciones de las relaciones políticas inspiró un nuevo y predominante acuerdo político-cultural: el populismo. Sin embargo, ante la presencia masiva de sectores antes excluidos en el espacio político, las élites latinoamericanas establecieron los mecanismos de control económico y subordinación de la inclusión política de dichos sectores, en la cual sus relaciones personales con líderes políticos les aseguraban el mando y la tutela sobre una participación popular heterónoma. El surgimiento del líder populista, respaldó la lógica dominante del personalismo y generó nuevos mecanismos de representación política, a la par que se gestaban reformas económicas necesarias para la modernización en un contexto de agotamiento del liberalismo económico. El dominio del Estado se convirtió en el nuevo objetivo de las élites políticas latinoamericanas, para quienes éste ha sido concebido como promotor de cambios desde arriba y por tanto agente primordial de la transformación social, se trataba de un ideal Estado fuerte e intervencionista entre cuyas funciones se incluía la de organizar —y en ocasiones la de crear— a la sociedad, anhelo que llegó a ser compartido por élites políticas populistas, nacionalistas y desarrollistas, tanto en sus versiones conservadoras como de izquierda.

La democracia en América Latina tuvo como empuje dos tipos de factores: a) las condiciones externas, ya que durante los años 60 y 70 las élites de América Latina fueron sometidas a presiones internacionales que les exigían mantener el sistema capitalista e impulsar la democracia. Europa y Norteamérica, preocupados en el contexto de la guerra fría, la revolución socialista y los excesos que los poderes gubernamentales en Latinoamérica pudieran generarle a sus intereses económicos, llamaron a los gobiernos autoritarios y militares a impulsar medidas democráticas en la participación política, pues b) las condiciones internas exigían apertura política principalmente para los sectores de clase media.

Académicamente emergieron teorías que respaldaron la apuesta democrática para Latinoamérica, misma que consiste en señalar que, el continente se adhiere a la llamada *tercera ola democratizadora*, pues ello se convertiría en la panacea del tipo

de movilizaciones políticas que durante esos años comenzaban a gestarse (guerrillas urbanas y campesinas), pues la existencia de canales institucionales democráticos les permitiría establecer formas normadas de negociación política.

Sin embargo, la pregunta que surge es ¿qué sucede en América Latina, donde a pesar de contar con las instituciones consideradas como democráticas, los conflictos sociales siguen siendo de tipo contencioso?

En América Latina se impulsó una democracia política; es decir, representativa de tipo procedimental, no social²⁴. Se crearon desde el gobierno instrumentos para cumplir con los mínimos de exigencia de la fórmula democrática europea, dichos instrumentos fue una oleada de reformas electorales que, por ejemplo en México desde 1977 tienen lugar. El problema de esta situación es que las demandas por convertir a los países latinoamericanos en democráticos no vienen mayoritariamente de la ciudadanía, por que se ha hecho imposible el sostenimiento de una democracia que trascienda una frágil armadura institucional, puesto que se construye sobre relaciones subordinadas ante condicionamientos, sobre todo aquellos que prometen beneficios económicos, del poder. Las desigualdades en el acceso a los recursos, como es el caso de una educación cívica básica, imposibilita llevar a la práctica acciones propias de una ciudadanía democrática, tales como aquellas propuestas por el politólogo italiano Morlino: a) exigir el gobierno de la ley (*rule of law*); b) demandar la rendición de cuentas (*accountability*) c) requerir la llamada *responsiveness*, es decir, el respeto pleno de los derechos que se extienden al logro de

²⁴La diferencia radica en que una *democracia política* requieren ciertas condiciones: estado de derecho, división de poderes, sufragio universal, elecciones limpias, periodicidad de mandatos, publicidad de los actos de gobierno, sistemas de control. Pero la idea de *democracia social* se sostiene en el hecho de que sin igualdad social y sin la satisfacción de las necesidades básicas de la población, no podrán erradicarse aquellos mecanismos de decisión política que se insertan en un sistema social donde las relaciones cotidianas entre las personas están condicionadas por relaciones de poder que habitualmente no se estructuran según principios democráticos. Nelson Mandela expuso la idea de *democracia social* con una frase que se ha hecho célebre: "Si no hay comida cuando se tiene hambre, si no hay medicamentos cuando se está enfermo, si hay ignorancia y no se respetan los derechos elementales de las personas, la democracia es una cáscara vacía, aunque los ciudadanos voten y tengan parlamento". (1990)

un espectro cada vez mayor de libertades; y d) clamar por una igualdad política, social y económica (Cancino, 2000).

Sin embargo, la crítica que se le puede hacer a la teoría social es que las tendencias mayoritarias han privilegiado el análisis de la estabilidad de las instituciones y los procesos políticos representativos formales (O'Donnell 1989, Cancino 2000), miradas que emergen ante la exigencia por consolidar la democracia bajo la fórmula occidental. Por lo que el estudio de los movimientos sociales en Latinoamérica ha sido relegado a un papel secundario en los estudios de los procesos de democratización, con lo cual se ha impedido ver más allá de la conflictividad que plantea el régimen político.

Cabe señalar que algunos estudios sobre movimientos sociales tienen como referente la frustración que ha provocado el proyecto democrático inmerso en la lógica capitalista “La tensión entre capitalismo y democracia desapareció, porque la democracia empezó a ser un régimen que en vez de producir redistribución social la destruye [...] Una democracia sin redistribución social no tiene ningún problema con el capitalismo; al contrario, es el otro lado del capitalismo, es la forma más legítima de un Estado débil” (De Sousa, 2006: 75). Ahora bien, la superación de un modelo democrático plantea desafíos prácticos difíciles de resolver, especialmente si se recuerda que, tal como lo planteara más de una vez Aníbal Quijano, en Latinoamérica, la democracia dentro del capitalismo es el pacto por el cual las clases subalternas renuncian a la revolución a cambio de negociar las condiciones de su propia explotación. Ante estos contextos, la concepción democrática en ciertos estudios llega a deslegitimarla por completo, al señalar que ésta pagó un precio muy elevado por su respetabilidad al abandonar sus banderas igualitarias y liberadoras y transformarse en una forma inocua de organización del poder político que, lejos de intentar transformar la distribución existente del poder y la riqueza en función de un proyecto emancipatorio, no sólo la reproducía sino que la fortalecía dotándola de una nueva legitimidad (Borón, 2005). Incluso llegan a calificarla como “democracias de baja intensidad”, debido a que son gobiernos que pese a surgir del sufragio universal tienen como sus principales y casi exclusivos beneficiarios a las minorías adineradas.

Las decepcionantes limitaciones de las democracias latinoamericanas y la crisis que atraviesan los partidos (y también a los sistemas de partidos) explican en

buena medida el creciente papel desempeñado por los movimientos sociales en los procesos democráticos de la región. La deslegitimación de la política y los partidos abrió un espacio para que “la calle” adquiriera un renovado y acrecentado protagonismo en la mayoría de los países. Esta presencia de las masas en la calle, refleja la incapacidad de los fundamentos legales e institucionales de las “democracias” latinoamericanas para resolver las crisis sociopolíticas dentro de los procedimientos establecidos constitucionalmente. Así, movimientos sociales derrocaron gobiernos reaccionarios en Ecuador en 1997, 2000 y 2005; en Bolivia en 2003 y 2005, dieron lugar al triunfo electoral de Evo Morales; forzaron la salida de Alberto Fujimori en Perú en el año 2000 y de Fernando de la Rúa en Argentina al año siguiente. O bien, casos como el de México, donde la estructura democrática resultó fuertemente cuestionada ante el desafuero del candidato presidencial del PRD un año antes de la contienda electoral y la fuerte sospecha del fraude electoral cometido en su contra que dio origen a un movimiento social y al establecimiento simbólico de una presidencia alterna denominada “gobierno legítimo”, resulta importante señalar que los cuestionamientos democráticos trascienden la barrera electoral, en este sentido, cabe mencionar acciones de coordinación de una red de movimientos sociales bajo la propuesta del Foro Social Mundial, la lucha del EZLN, la protesta de los jóvenes estudiantes de los liceos chilenos, quienes exigen la derogación de la legislación educativa del régimen de Pinochet, entre muchas otras.

Más allá de la fragilidad del entramado institucional, lo que estas rebeliones populares comprueban es que este largo período de un cuarto de siglo, o más, de gobiernos neoliberales —con todo su equipaje de tensiones, rupturas, exclusiones y niveles crecientes de explotación y degradación social— su fracaso en la región ha creado las condiciones para la movilización política de grandes sectores de las sociedades latinoamericanas. Cabe preguntarse, junto con Boaventura de Sousa ¿son las revueltas arriba mencionadas meros episodios aislados, gritos de rabia y furia popular, o reflejan una dialéctica histórica tendencialmente orientada hacia la reinención de la democracia? (2004).

Asignar nuevos contenidos a partir del surgimiento de formas alternativas de relación con el poder, se convierte en un reto mayúsculo para las sociedades Latinoamericanas cuyo contextos son caracterizados por sistemas donde la

democracia fue implementada artificialmente, misma que en muchas ocasiones encubre relaciones autoritarias de control político, por lo que cotidianamente se engendran formas de sociabilidad con base en una cultura autoritaria de exclusión que fundamenta prácticas que reproducen la desigualdad en las relaciones sociales en todos los niveles. En este sentido, su transformación constituye un reto fundamental para la puesta en práctica de un nuevo sentido democrático.

Así, las implicaciones de esta mutación abarcan “una nueva definición de lo que normalmente se considera el terreno de lo político y de las relaciones de poder que han de ser cambiadas. Fundamentalmente, esto requiere una expansión y profundización del concepto de democracia, de manera que incluya todas las prácticas sociales y culturales, un concepto de democracia que trascienda el nivel formal institucional y se extienda hacia todas las relaciones sociales penetradas por el autoritarismo social y no solamente por la exclusión política en sentido estricto” (Davigno 1994: 104 -105).

De las crecientes movilizaciones sociales en América Latina se desprenden varias lecciones de su renovado protagonismo. En primer lugar, la necesidad que tienen los partidos políticos de concebir e implementar una estrategia que trascienda los estrechos límites de la mecánica electoral, pues las luchas por la conquista del poder aún bajo las reglas del juego democrático ha evidenciado la inequidad de herramientas en manos de los grupos hegemónicos, los cuales despliegan varias estrategias sobre distintos escenarios; por ejemplo, su presencia en el terreno electoral se combina con otras iniciativas de presión política, ya sea directamente sobre los dirigentes estatales, o bien indirectamente a través de huelgas de inversiones, fuga de capitales, articulación con aliados internacionales que refuerzan su gravitación local, control de los medios de comunicación y, más generalmente, de los “aparatos ideológicos”. Mediante éstos pueden lanzar efectivas “campañas de terror” para intimidar o atemorizar votantes, alianzas con las fuerzas armadas, cooptación de dirigentes populares, corrupción de funcionarios públicos y legisladores, lobbies de diverso tipo, movilización de masas, todo lo cual configura una estrategia integral de conquista y conservación del poder que ni remotamente se circunscribe, como ocurre con los partidos populares, a la estrategia electoral. Para desplegar una estrategia tan omnicompreensiva como esta se requiere de cuantiosos y diversificados recursos que ninguna fuerza popular tiene a su disposición. Los partidos de izquierda para intentar

cambiar las condiciones actuales y no sólo dar testimonio de su injusticia y perversión, tienen que demostrar capacidad para concebir y aplicar estrategias más integrales que combinen, junto a la electoral, alianzas con otras formas de lucha (Borón, 2003).

En segundo lugar, la fuerza de las masas excluidas ha llegado incluso a derrocar gobiernos reintroduciéndolas en la escena política como un nuevo actor. Sin embargo, como advierte Petras, en muchos casos, el principal problema que han enfrentado los movimientos sociales cuando se relacionan con los partidos políticos es su fracaso para desarrollar un liderazgo político y un programa para el poder estatal, que no dependa de los políticos electorales; es decir, de una clase media profesional cambiante, pues tan pronto los movimientos sociales se subordinan a las alianzas políticas parlamentarias, limitan su acción social a luchas “electoreras”(2007).

El comportamiento político y social de la clase media se determina por su posición e intereses en la escala de clases y el contexto político-económico al que se enfrenta. En el contexto de un régimen de derecha de economía creciente, créditos baratos e importaciones de bienes de consumo a bajo precio, la clase media es atraída por la derecha. En el contexto de un régimen de derecha en una grave crisis económica, la clase media puede ser parte de un amplio frente popular para intentar la recuperación de su pérdida de la propiedad, ahorros y empleos. Cuando hay un gobierno popular antidictatorial y antiimperialista, la clase media apoya las reformas democráticas pero se opone a cualquier radicalización que iguale sus condiciones con las de la clase trabajadora (Petras, 2007).

Dos ejemplos, Brasil, Argentina, ilustran la orientación cambiante y las divisiones internas de la clase media. En Brasil los funcionarios, profesionales, abogados laborales y burócratas sindicales ambiciosos se apoderaron del Partido de los Trabajadores (PT) de Lula da Silva. Con el 75% de los delegados apoyaron una alianza electoral con el Partido Liberal y con el sector financiero. Ya en el poder, se transformaron de socialdemócratas a políticos neoliberales. Los movimientos sociales, incluyendo el Movimiento de los Trabajadores Rurales sin Tierra (MST) y el Movimiento de los Trabajadores Sin Techo (MTST) apoyaron la elección de Lula por las promesas electorales, errando al no aplicar un análisis de clases referente a los cambios en política, liderazgo y programa.

En Argentina la clase media, especialmente la pequeña burguesía privada, apoyó el régimen neoliberal de Menem en la década de los 90. Su apoyo se debió al crédito barato (tasas de interés bajas), importaciones baratas de bienes de consumo y una economía dolarizada y creciente basada en préstamos extranjeros. Con la crisis económica (1999-2002) y el colapso de la economía (diciembre 2001-diciembre 2002), la clase media vio congeladas sus cuentas bancarias, perdió sus trabajos, los negocios cayeron en bancarrota y la pobreza afectó a más del 50% de la población. Como resultado, la clase media se “radicalizó”: tomaron la calle en una rebelión masiva protestando frente a los bancos, el Congreso y el Palacio Presidencial. En todas las grandes ciudades, los barrios de clase media formaron asambleas populares y se solidarizaron con las organizaciones de trabajadores desempleados (piqueteros) al bloquear las calles y avenidas más importantes. Esta rebelión espontánea de la clase media tomó el eslogan “¡Que se vayan todos!”, reflejando un rechazo al statu quo neoliberal pero también a cualquier solución radical. El sindicato de empleados públicos (CTA), de izquierda, y el sindicato del sector privado (CGT), de derecha, ofrecieron poco liderazgo –como mucho, algunos miembros individuales tuvieron peso en los nuevos movimientos sociales basados en las “villas miseria”, las vastas barriadas urbanas-. Los partidos marxistas e izquierdistas intervinieron para fragmentar el masivo movimiento de trabajadores desempleados, mientras reideologizaban y disolvían las asambleas de barrio de la clase media. Hacia mediados de 2003, la clase media derivó hacia políticas electorales y votó por Kirchner, quien hizo campaña como un socialdemócrata de “centro izquierda”. A principios de 2003, los precios mundiales de materias primas crecieron significativamente, Argentina pospuso y luego rebajó sus pagos de la deuda y Kirchner estabilizó la economía y descongeló las cuentas bancarias de la clase media que luego se orientó hacia el centro. Mientras, Kirchner se aprovechó del fragmentado movimiento de trabajadores desempleados y conquistó a muchos líderes, dio subsidios de 50 dólares mensuales a cada familia e inició un proceso de negociaciones selectivas y de exclusión seguida de represión, aislando la izquierda radical de la izquierda reformista. En 2007, las luchas de clase más grandes envuelven a empleados del sector público o a la clase media y al régimen de Kirchner más que los pagos y salarios. El movimiento obrero conquistado se ha aliado al Estado. El movimiento de trabajadores desempleados aún existe pero con la fuerza muy reducida. La clase media privada, habiendo recobrado y disfrutado de un crecimiento próspero, se está

moviendo del centro izquierda hacia el centro derecha. Argentina es un ejemplo de cómo los políticos de clase media pueden moverse de la conformidad a la rebelión, pero al faltar una dirección política se mueven de regreso a la derecha. Con la estabilización, la clase media privada se separó de los empleados públicos, los primeros apoyaron a los neoliberales y los últimos la socialdemocracia.

Estas dos historias nacionales nos permiten rescatar para el análisis de los movimientos sociales latinoamericanos tres elementos, el primero es la importancia de la coyuntura en la formación de alianzas; el segundo tiene que ver con atender a los intereses de clase que filtran la porosidad de la permanencia en las alianzas; y el tercero consiste en observar las estructuras y estrategias de cooptación que tiene el sistema político para incorporar institucionalmente a la disidencia.

3. 3. 1 Política cultural y democracia en los movimientos sociales

Como se ha señalado, los movimientos sociales son agentes de producción cultural, por lo tanto, son un escenario crucial para comprender cómo tiene lugar en la práctica la relación entre lo cultural y lo político. Política cultural se refiere a las luchas por los significados y representaciones. Retomamos el argumento de Dagnino (1998) sobre la pertinencia del concepto de *política cultural*, ya que permite evaluar el alcance de las luchas de los movimientos sociales por la democratización de la sociedad y resaltar las implicaciones menos visibles y a menudo desentendidas de dichas luchas, pues los cuestionamientos culturales no son meros “subproductos” de la lucha política, sino más bien elementos constitutivos de los esfuerzos orientados hacia definiciones del significado y de los límites del propio sistema político por parte de movimientos sociales.

Interpretamos política cultural como el proceso conflictivo al que entran un conjunto de actores sociales, el cual encarna diferentes significados y prácticas considerados marginales, de oposición, minoritarios, residuales, emergentes, alternativos y disidentes, en relación con un orden cultural predominantemente determinado. El hecho de que raramente se acepten como políticos es más un reflejo de definiciones abigarradas y ancladas en culturas políticas dominantes, que un indicador de la fuerza social, la eficacia política o la relevancia epistemológica de política cultural. La cultura es política porque los significados son elementos constitutivos de un proceso que, implícita o explícitamente, busca dar nuevas

definiciones del poder social. La política cultural es resultado de articulaciones discursivas que se originan en prácticas culturales existentes –nunca puras, siempre híbridas, pero que muestran contrastes significativos con respecto a culturas dominantes— y en el contexto de condiciones históricas particulares. Así, la política cultural existe no sólo en los movimientos reformistas sino también en movimientos sociales de derecha e incluso dentro de formaciones del Estado.

En este sentido, en América Latina todos los movimientos sociales ponen en marcha una política cultural, cuyo ángulo más importante tiene que ver con evidenciar la orientación del orden político dentro del cual operan, a través del análisis de los cuestionamientos culturales que permiten suponer la presencia de diferencias culturales. Escobar, Álvarez y Dagnino (1998), proponen observar la relación que guarda la política cultural en la transformación de la cultura política dominante. Pues para estos autores, resulta significativo que los movimientos sociales latinoamericanos hayan desarrollado versiones tan plurales de una política cultural que va más allá del establecimiento de una democracia liberal formal.

En América Latina existen rígidas jerarquías sociales de clase, raza, étnia, género que caracterizan las relaciones sociales, e impiden que una gran mayoría reclamen públicamente el privilegio de tener derechos. Lo cual nos conduce hacia un elemento adicional, central a la democratización y es aquel que se dirige a la construcción de ciudadanía, es decir, la lucha por la búsqueda de igualdades, a partir de una premisa básica *el derecho a tener derechos*. Así, bajo esta formulación se ha dado sustento a la emergencia de nuevos temas y sujetos políticos, definiendo a través de sus prácticas lo que consideraban sus derechos y digno de luchar por su reconocimiento.

Con diferentes cronologías y particularidades nacionales, la emergencia de una nueva noción de ciudadanía ha intentado articular las luchas de los movimientos que demandan derechos específicos como salud, vivienda, educación, y derechos étnicos, de las mujeres y de los homosexuales, entre otros, con una lucha más amplia por la construcción democrática. (Dagnino, Olvera, Panfichi, 2006: 57)

Desde el campo de lo social, la participación en diferentes niveles, ha sido parte de la demanda de los movimientos sociales latinoamericanos en las últimas décadas; ésta ha surgido vinculada a los derechos colectivos e individuales de

importantes sectores excluidos tales como el respeto a las identidades particulares, la justicia social y la participación en la esfera pública. Si durante los procesos dictatoriales de las décadas de los sesenta y setenta, las demandas de los movimientos emergentes se centraron alrededor de los problemas del autoritarismo, los presos políticos y, desaparecidos, las libertades de reunión y expresión, contra la censura. En los procesos de salida de las dictaduras, el tema de la participación surgió junto a la instalación de las democracias y junto a la defensa de los derechos que habían sido negados durante mucho tiempo, entre ellos, el derecho a ser ciudadano. En este sentido, en los ochenta, en América Latina, el proceso participativo apareció vinculado a las necesidades de la democratización de los estados. Así, en algunos países de la región se definieron acciones tendientes a incluir diferentes sectores sociales en actividades propias de los estados. Esto se produjo en tres campos; participación en la formulación de políticas públicas; el campo legislativo a través del referéndum y la revocación de mandatos y la prestación de servicios públicos a través de la transferencia a sectores sociales o la cogestión. Exclusión social e inclusión política son los signos que enmarcan los esfuerzos por ampliar la participación ciudadana, inserta en un proceso que busca redefinir el rol y las funciones del Estado a favor de una supuesta revalorización de la sociedad civil.

Sin embargo, en la mayoría de los casos, las aperturas democráticas se limitan a promover cambios en las normatividades, sobre todo en el ámbito local, a través de las cuales se modifican los sistemas electorales y se le otorga respaldo jurídico a las formas de participación ciudadana. “... esta tendencia termina por dominar al ejercicio del gobierno local bajo la prevalencia de autoridades electas popularmente y la instauración de órganos consultivos tipo consejos económicos y sociales. (Bolos, 2003: 12-13)

La discusión contemporánea sobre la democracia participativa nace como respuesta a la reproducción de las características elitistas y excluyentes de las democracias electorales y a las teorías que fundan esta comprensión limitada y limitante. En efecto, la teoría democrática convencional no admite el conflicto social dentro de su propio marco y restringe el concepto de política a la lucha por el poder entendido como el logro de la autorización y la representación a través de las elecciones. En contraste, la democracia participativa tiene otra visión cuyo

fundamento es la ampliación del concepto de política a través de la participación ciudadana y de la deliberación en los espacios públicos, de lo que se deriva una noción de democracia como un sistema articulado de instancias de intervención de los ciudadanos en las decisiones que les conciernen y en la vigilancia del ejercicio del gobierno.

En síntesis, los conceptos centrales que se han utilizado para analizar la democracia en la América Latina contemporánea, sus actores y sus espacios, resultan insuficientes para explicar los procesos, las formas y los actores de la disputa por la construcción democrática en la región. La mayor parte de la producción académica quedó atrapada en las categorías de la teoría democrática elitista y en la problemática de la transición. Las categorías alternativas que diversos actores y analistas recuperaron para fundar el proyecto de una democracia participativa han abierto nuevas posibilidades, pero se han visto de inmediato sujetas a una disputa simbólica al ser utilizadas de una manera aparentemente análoga por los portadores de los principales proyectos en pugna. (Dagnino, Olvera, Panfichi, 2006: 19 y 20)

IV. EL MOVIMIENTO SOCIAL DE RESISTENCIA CIVIL EN LA CIUDAD DE MÉXICO: UNA PROPUESTA ANALÍTICA

Nos proponemos estudiar los imaginarios que sobre el poder construye la ciudadanía, en el marco de un movimiento social, ya que consideramos que en el conflicto emergen los significados y alternativas sobre la direccionalidad de su sentido, por lo que creemos que el observar la cohesión que produce compartir dicho sentido y su consecuente accionar colectivo, nos permitirá no sólo la comprensión de los problemas que aquejan a una sociedad, sino sobre todo, acercarnos a las formas de expresión de la cultura sobre el tema del poder.

Nuestro estudio se sustenta en abordar las demandas y las expectativas que se engarzan en la utopía de una acción colectiva, analizando los contenidos de los imaginarios que existen sobre el poder, sus efectos en la conformación de la identidad y su influencia en las acciones políticas; es decir, se trata de abordar al conjunto de representaciones, pensamientos, imágenes, suposiciones y aspiraciones que le dan sentido a la acción, generan identificaciones colectivas y se matiza la acción social. En otras palabras, a partir de indagar las demandas y necesidades sociales expresadas en el MRC buscamos ahondar tanto en los significados y las expectativas asignadas a su líder, como a los efectos que la representación del poder tiene en el contenido de las acciones políticas que se realizan en el entorno de la lucha política, así como en los contenidos de la relación política al interior del MRC. Lo anterior significa que sin dejar de reconocer que el sustento de todo movimiento social es un conjunto de demandas que es necesario determinar, ya que son el motor básico que impulsa la acción política, su abordaje no sólo implicará destacar lo que la gente pide, sino ahondar en la forma cómo lo pide, a quién lo pide, por qué lo pide y qué hace para obtenerlo.

En este sentido, los movimientos sociales se convierten en un escenario en donde se tejen las relaciones políticas y se movilizan los recursos simbólicos con los cuales se reordenan interna y externamente sus relaciones políticas.

Como hemos dicho, nos proponemos estudiar el autodenominado Movimiento de Resistencia Civil (MRC) en la Ciudad de México, que ha sido un conflicto político a través del cual se ha cuestionado de manera directa o indirecta (al defender la candidatura de López Obrador) la desigualdad e injusticia sociales y aglutinado

amplios sectores sociales excluidos material y culturalmente, los cuales muestran múltiples formas de percibir y entablar sus relaciones políticas, así como diferentes actitudes y expectativas en torno al poder.

Esta investigación pretende internarse en cómo se construye y sustenta un movimiento social, con el fin de mirar críticamente las apuestas de transformación democrática y construcción de la sociedad civil; así como la supuesta igualdad entre sus integrantes, que la teoría asigna a los movimientos sociales y que, a su vez, caracteriza discursivamente al MRC.

Por nuestra parte, nos proponemos estudiar la diferenciación interna del MRC, a partir de analizar el acceso desigual de los actores sociales a los recursos materiales y culturales, el cual repercute en su actuación y perspectivas. Dichos recursos abarcan desde los elementos que posibilitan una subsistencia básica (vestido, vivienda, alimento y servicios), los cognitivos (alfabetización, tecnología, información), hasta los relacionales (interacciones que generan los espacios para una socialización más amplia).

4.1 Aspectos sustantivos

Con base en lo expuesto en los capítulos anteriores consideramos que los aspectos sustantivos que respaldan el enfoque con el cual emprenderemos el estudio de los movimientos sociales son los siguientes:

1. Abordaremos a los movimientos sociales entendiéndolos como un conjunto de acciones contenciosas articuladas en forma de desafío colectivo, originado por un agravio que da lugar a cuestionamientos sociales, a partir de los cuales se busca visibilizar la forma de dominación, es decir, del modo hegemónico de utilización social de recursos y modelos culturales.
2. Partimos de que el MRC es resultado de un proceso sociocultural en el que estructuras o prácticas, que existían en forma separada, se combinan para generar nuevas estructuras, objetos y prácticas. En este sentido, en términos de García Canclini (1990), el MRC es una identidad colectiva híbrida.
3. Como un ejercicio inicial caracterizamos al MRC bajo los siguientes elementos:

- Presencia de un partido político, que busca colocarse electoralmente en el poder pero, a la par, moviliza sectores sociales y apoya un gobierno alterno. Se articula con base en la dinámica propuesta sobre el equilibrio *desafío/reconocimiento*. Realiza prácticas de cooptación de militantes a la estructura del partido, valiéndose de distintos métodos (promesas de favores, regalos, apoyo y distancia al líder del movimiento según la coyuntura, entre otros).
- Composición heterónoma de los sectores que lo integran que van desde los que tienen apuestas progresistas sobre un proyecto de nación sustentado en la lucha por valores postmateriales —como es el caso de la democracia social—, sectores conservadores que pretenden mantener beneficios (ya sea de programas sociales o de liderazgos locales de poder político o administrativo), hasta grupos que depositan su fe en las cualidades personales del líder político. Lo anterior no permite reducir al MRC bajo los criterios tradicionales de clase o ideología, como tampoco categorizarlo como un movimiento social propiamente *nuevo*; pero sí, hipotetizar sobre la existencia de una identidad colectiva compuesta por miembros que comparten experiencias de exclusión social sobre el acceso a los recursos del consumo cultural, político y/o material, como se explicará más adelante.
- Diversidad estratégica como son el *performance*, el activismo virtual, las marchas, tomas de edificios públicos (Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación, el Congreso de la Unión), plantón de 46 días en una de las avenidas centrales de la capital, Convenciones Nacionales, nombramiento de una presidencia alterna denominada “legítima”, recorridos del líder por los pueblos del país; hasta demandas en la Suprema Corte, acciones de impugnación ante el IFE y propuestas de reformas legislativas.
- Estructurado en una red de redes, lo cual se expresa en su dilución en otros movimientos, pues sus adeptos comparten vínculos de colaboración o solidarios con otras luchas.

Nuestra propuesta analítica se propone retomar algunos de los elementos de la discusión teórica sobre *lo antiguo y lo nuevo* en los movimientos sociales con la intención de ahondar en los efectos de la hibridación en el proceso de acción colectiva; particularmente en cuanto a su constitución identitaria, formas de participación, relaciones políticas e imaginarios en torno al poder.

4. Exploraremos si las formas de acción social de los integrantes del MRC están relacionadas con el proceso de exclusión, ya que éste media el acceso de los actores a los recursos materiales, relacionales y cognitivos.

Entendemos la exclusión²⁵ como la imposibilidad estructural de gozar de los derechos sociales y está asociada a la desvalorización de la autoimagen y capacidad personal de hacer frente a las obligaciones. La exclusión propicia la estigmatización social tanto personal como colectiva e incluso se asocia a los lugares geográficos (barrios) en que viven los que padecen este proceso. Esta noción es un concepto más dinámico y mucho amplio que el de pobreza, pues padecer una privación económica de forma duradera supone la no participación en la sociedad. Consideramos a la exclusión como una carencia participativa tanto en lo económico, como en lo político, cultural y social. La exclusión social es algo más que simplemente pobreza y acarrea una acumulación de problemas. Desde esta perspectiva de la exclusión es dinámica y multidimensional.

²⁵ Entre las definiciones, la más conocida es la de R. Castel (1990), en la que señala una división en tres espacios sociales en los que se distribuyen los riesgos de exclusión social de forma desigual: *i) Zona de integración, seguridad o estabilidad.* Corresponde a la situación típico-ideal de la población con trabajo y protección social asegurada y sólida relación familiar y vecinal. Aunque en este grupo existen grandes desigualdades sociales, éstas no suponen una amenaza para la estabilidad social. *ii) Zona de vulnerabilidad, precariedad o inestabilidad.* La situación se caracteriza por la fragilidad, la inseguridad de las relaciones laborales precarias y la inadecuación de los soportes familiares y sociales. *iii) Zona de exclusión o marginación.* Se caracteriza por una retirada del mundo laboral, la ausencia de otro tipo de protección social y aislamiento social. Este grupo sufre las formas más extremas de pobreza, carece de acceso a las formas normalizadas de participación social y son incapaces de salir por sí solos de esta situación. En este grupo se encuentran los tradicionales beneficiarios de la asistencia social. Su reducido volumen no lo hace relevante en la desigualdad social. Según esta concepción, los individuos basculan de unas zonas a otras en un proceso en el que tiene un peso importante la relación con el mercado laboral. Las rupturas son compensadas por redes protectoras como la familia, la solidaridad comunitaria o pública. Cuando todos estos mecanismos fallan, las personas y familias se precipitan hacia situaciones de fuerte irreversibilidad.

Nos resulta interesante abordar la *polítización de la exclusión* como un mecanismo que aglutina y articula a distintos actores en una identidad colectiva, partiendo de que el MRC busca evidenciar cómo opera este mecanismo en la sociedad mexicana para, de esta manera, subvertir su curso mediante un cuestionamiento de la legitimidad, de sus formas y del funcionamiento de dicha exclusión.

En este sentido, para nuestra investigación, la exclusión es una categoría que nos permite construir variables de análisis ya que nos acerca a la desigualdad en el acceso de los recursos materiales y de la cultura, para observar los efectos de su influencia en la elaboración y negociación de la identidad; igualmente, abordar la experiencia viculatoria que genera nuevas o solidifica viejas identificaciones y, finalmente, conocer las expectativas y demandas que sobre el poder construyen los actores.

5. Es probable que el MRC pueda enfocarse con base en la propuesta ya explicitada anteriormente sobre la dinámica de *desafío /reconocimiento* del orden institucional, y dada su cualidad híbrida inmersa en un marco de diferentes procesos de exclusión, suponemos que sus partes integrantes entablan distintos tipos acción.

Tenemos la hipótesis de que el MRC está integrado, a grandes rasgos, por tres sectores: uno ligado a los partidos políticos, otro relacionado con movimientos sociales y organizaciones civiles y finalmente por ciudadanos sin pertenencia a estas organizaciones que podríamos llamar independiente. Es probable que cada sector cuente con un saber resultado de su historia relacionado con las formas de acción política e influido por su participación actual.

Trataremos de ahondar en los contenidos de las formas de acción y relación tanto transmitidas por experiencias o conocimientos previos, como aquellas que emergen en el contexto del movimiento. Con ello deseamos combinar dos temas que han estado divorciados y unirlos bajo el concepto de *repertorio de acción colectiva*: el cambio estructural en la acción colectiva (la influencia de las condiciones externas) y los cambios en la cultura asociados a dicha acción (las expectativas de transformación).

Para las formas de acción, estudiaremos lo que Tilly denominó *repertorio de confrontación*, puesto que este enfoque nos permite estudiar la cultura, al enfocar los hábitos de lucha adoptados por los distintos actores, así como las nuevas expresiones en su acción colectiva. De esta forma, se podrá ahondar en el marco cognitivo e interpretativo de donde pueden desprenderse expectativas compartidas en torno al poder.

Para examinar las formas de relación se propone el concepto de *Repertorio de conexión* y a través del mismo se penetrará en las formas de socialización política transmitida y reproducida; es decir, mirar las formas en las cuales se tejen y mantienen las relaciones políticas, los elementos a partir de los cuales se establecen alianzas y los apoyos solidarios en torno a ciertas demandas y/o acciones colectivas.

En otras palabras con el uso de estos dos repertorios, pretendemos ubicar las expresiones de la protesta y paralelamente observar los contenidos de las relaciones políticas para, de esta manera, acercarnos a la forma en la que se estructuran las demandas; es decir, suponemos que el entender lo que pide la ciudadanía y cómo se organiza para obtenerlo, nos aproxima a conocer las expectativas que los actores construyen en torno al poder

6. Suponemos que existen, al menos, tres maneras de relacionarse políticamente en el MRC que corresponden al estatuto de sus integrantes como militantes, simpatizantes o adherentes. Dicho estatuto propicia diferentes grados de participación (compromiso y solidaridad). Seguimos la propuesta de Melucci en cuanto a que dichas formas de relación están determinadas por las posibilidades que los actores tienen para armar y definir su propia identidad, la cual depende del acceso a los recursos materiales, relacionales y cognitivos.

Creemos que existen, siguiendo a McAdam, *culturas activistas*, las cuales se gestan o transforman en el proceso de socialización política a través de la interacción con diversas instancias; sin embargo, es probable señalar tres continuidades en la transmisión de: a) ciertas tradiciones de lucha; b) formas para establecer alianzas políticas y c) la manera de interpretar la propia situación de exclusión y de explicación del contexto.

Esta última nos coloca ante la exigencia de ahondar en el sentido compartido que los actores asignan a su propia condición envuelta en un contexto, que ha sido problematizado a través de un mensaje que los invita a participar en su reordenación.

Así, nos resulta importante profundizar en la manera en la que se conforma el MRC a partir de considerar su capacidad para articular un mensaje convincente en dos sentidos:

- A. Que exprese el conflicto con base en el desarreglo de códigos culturales existentes, desenmascarando los eufemismos del discurso hegemónico y logrando la construcción de sentido que propicie identidades colectivas y tenga un efecto simbólico multiplicador.²⁶
- B. Presentar contenidos alternos o distintos de los valores sociales que se han visto lacerados.

Es probable que la acción colectiva en el MRC haya tenido lugar por la exposición de un mensaje convincente, elaborado a partir de hacer evidentes los orígenes y efectos del actual proceso de exclusión que se vive en el país. Sin embargo, la propensión de un individuo para involucrarse en dicha acción depende de las herramientas para armar los contenidos de ese marco de sentido y proyectarse en su problematización; es decir, *se trata de un proceso de redefinición simbólica asociado a una construcción identitaria.*

Así, suponemos que el carácter colectivo del MRC —posiblemente a causa de su relación con los procesos de exclusión, que propician una identidad común— no pierde su composición heterogénea puesto que, como se ha señalado, la multiplicidad de experiencias en torno del acceso diferencial de los actores a ciertos recursos (materiales, relacionales y cognoscitivos), sustente una composición plural. Estas diferencias, pueden influir en las expectativas de los actores en torno al poder y el compromiso que mantengan con las acciones colectivas, ya sea a nivel individual o de

²⁶ Melucci sostiene que los movimientos sociales son multiplicadores simbólicos porque logran un efecto en cadena donde se cuestiona las bases de su poder, se obliga a los aparatos a justificarse, a hacer pública su lógica y exhibir la debilidad de sus “razones”. Con ello, expone el significado alternativo a ciertos valores sociales y hacer *visible* al poder y lo incongruente del mismo.

subgrupo. Es decir, la exposición de un individuo a ciertos recursos repercute en el proceso de construcción de una identidad colectiva. Por lo tanto, indagar sobre el tipo de participación y las formas a través de las cuales se mantiene el compromiso, nos permitirá conocer la manera en que tanto individual como grupalmente son elaboradas y negociadas las identidades en las relaciones políticas que establecen, para con el movimiento, el líder político (AMLO), y en ciertos casos con los dirigentes más cercanos.

Consideramos que los integrantes del MRC participan de manera diferenciada en su estructura de oportunidades; puesto que la forma en que esas oportunidades son percibidas y usadas, depende del acceso diferencial de los individuos a los recursos que han tenido acceso anteriormente, lo cual repercute en la forma e intensidad de su participación, así como en los grados de compromiso que establezca.

En este sentido, cabe preguntarse sobre los contenidos de las percepciones mediante las cuales se problematiza la realidad existente, con el propósito de enfocar los elementos que integran la relación diádica “nosotros/otros”; crucial en la definición de la identidad colectiva.

En este estudio suponemos que el MRC se mantiene a partir de las experiencias compartidas de exclusión; sin embargo, los aspectos de mayor o menor coincidencia son desconocidos; por tal motivo, consideramos ahondar sobre las formas en las que se articula la experiencia personal, familiar o grupal de exclusión, con la reproducción discursiva que tanto militantes, simpatizantes y adherentes tienen de los argumentos (interpretaciones) que presenta López Obrador en su mensaje.

De acuerdo a lo anterior nuestro estudio se propone reflexionar en la interacción dialéctica de dos variables: relaciones de poder y simbolismo. Trata de caracterizar el funcionamiento del movimiento de resistencia civil a partir de sumergirse en las formas de participación ciudadana en la Ciudad de México, pues considera necesario realizar un diagnóstico del accionar ciudadano para entender las transformaciones sociopolíticas y culturales que ha sufrido el imaginario colectivo en torno al poder.

Pensamos el funcionamiento del MRC en los márgenes de una aparente paradoja: de un lado, la multiplicidad de actores sociales en lo que hace a sus

demandas y formas organización, lo cual permite pensarlo como un movimiento social híbrido; del otro, la compleja unidad que se logra ante la versatilidad de las formas de significación que sobre el poder tiene la ciudadanía que participa en éste. El concepto que nos permite conectar estos elementos es la exclusión.

Partimos de un esquema de análisis flexible, puesto que sus componentes —el desarrollo del conflicto y los actores políticos—, son considerados entidades mutables tanto interna como externamente (una especie de rizomas). Es decir, el MRC es visto, siguiendo la propuesta de Turner, como parte de un proceso cuyas relaciones son ubicadas en una arena (es decir, el contenido, escenario para una interacción antagónica dirigida a llegar a una decisión públicamente reconocida —enfrentamiento—), las cuales son matizadas por un campo político (es decir, la forma, los actores, recursos, valores y significados que se juegan en la relación).

En este sentido, planteamos situar la arena y el campo político del MRC en un esquema sincrónico y diacrónico, pues nos interesa destacar la forma en la que participan sus integrantes, a partir del imaginario que construyen en torno al poder. Una manera de acercarnos a este objetivo es considerando los impactos del proceso político en las formas de operación y de relación política que se tejen al interior de este movimiento social.

Por su parte, el análisis de las relaciones políticas implica pensarlas, siguiendo el planteamiento de Tejera, como:

Acciones o conjunto de acciones sociales mediante las cuales se pretende modificar, o en su caso, se modifican, las relaciones y estructuras de poder que definen el carácter de los procesos organizativos de las relaciones de producción, reproducción y consumo de los bienes (materiales o simbólicos) de una sociedad determinada, donde el poder delimita cuándo, cómo y por qué se accede a cada una de dichas relaciones (2005: 223).

Las relaciones políticas son entendidas como la interacción entre el imaginario sobre el poder y las demandas y necesidades mediante las cuales la ciudadanía expresa sus expectativas sobre el devenir inmediato o a largo plazo; es decir, sus aspiraciones individuales y/o en la vida colectiva. De esta manera, los imaginarios matizan la forma en la que se expresan las demandas y necesidades y, por tanto, los

contenidos de la relación política que la ciudadanía expresa hacia el líder, así como de su involucramiento político en el movimiento. En este sentido es que los movimientos sociales son expresiones culturales, en la medida en que no se reducen a ser simples reacciones sociales ante las necesidades y carencias sino que son, además, interpretaciones que la sociedad tiene sobre sí misma.

A continuación se proponen cuatro sublíneas de investigación a desarrollar, mismas que se desprenden de nuestro enfoque analítico:

1. *Sobre el tipo de acciones y estrategias: La politización de las formas estéticas.*

Nos resulta interesante tomar en consideración una veta poco explorada en el estudio de los movimientos sociales, aquella ligada a su manifestación artística. Pretendemos abrir un espacio de reflexión sobre aquello que ha denominado Hall *la politización de las formas estéticas de la vida cotidiana*, pues consideramos que a través de las manifestaciones artísticas presentes en el MRC se condensan partes del imaginario colectivo en torno al poder, así como las demandas y expectativas que de él se desprenden.

Esta idea tiene como fundamento el proceso que diversos sociólogos denominan la extensión de la cultura a diversas esferas de la sociedad. Autores como Lash (1997) y Yúdice (2003) entre otros, señalan que la dimensión adquirida por las industrias culturales en la sociedad contemporánea debilitan el peso de lo social, como marco de referencia de la acción y en su reemplazo se instala la cultura, lo cual generaría un nuevo tipo de reflexividad que denominan estética. Esta expansión de la esfera cultural impugna las esferas de la modernidad, proceso denominado por Lash (1997), crisis del régimen de significación moderna como consecuencia de la desdiferenciación de dichas esferas y produce lo que se han llamado la *estetización de la vida cotidiana*.

Así, se observa un creciente interés por las actividades culturales en las formas asociativas recientes, de las cuales no escapan los movimientos sociales. Por lo tanto nos resulta importante considerar la estetización en el MRC en su lucha por su reconocimiento y visibilización a través del espacio estético, donde la creatividad y

arte juegan como instrumentos de ensamble para la articulación discursiva. Bajo esta perspectiva es posible situar una línea de acción de dicho movimiento²⁷, en el cual las formas de expresar el conflicto social y generar identificaciones también se estetizan (Yúdice, 2003).

2. Sobre la situación del contexto: un estado transitorio

Nuestra mirada de las acciones contenciosas parte del supuesto de que nos encontramos en una sociedad que comienza a experimentar su potencialidad en la vida pública; por lo tanto, se encuentra en un momento de transición, pues de un estadio catalogado por Scott (2000) como *infrapolítica*, la acción ciudadana pasa a ocupar los espacios de lo que proponemos denominar *suprapolítica*.²⁸

La infrapolítica se presenta en aquellos lugares donde la disidencia esta prohibida, en donde el decir “no” implica una sanción, en sociedades con estratificación social elevada y sometida a procesos de dominación, donde el evitar inconformarse se convierte en un problema menos. Suponemos que en México, para los sectores excluidos, la confrontación se experimenta como un lujo, es decir, cómo negarse y oponerse sin garantías, en contextos caracterizados por la subordinación por medio de suprimir necesidades a través del regalo y/o el favor y quedar enganchado por los compromisos de una deuda ambigua. En este esquema, la transición se vive como un momento en el que la manifestación de inconformidad privada (a nivel del chisme, el chiste, el rumor, entre otros) empieza a adquirir formas de contención públicas que experimentan aquellos que Scott llamó *los dominados*. Este momento de transición nos hace suponer la presencia híbrida en las formas de participación, que

²⁷ Por ejemplo, las acciones emprendidas por el grupo autodenominado “resistencia creativa”, cuyas acciones, en su mayoría, han sido encabezadas por la actriz Jesusa Rodríguez y un grupo de artistas e intelectuales de entre las cuales podemos citar las siguientes: la jornada FOTOXFOTO, boicoteando por un sueño (llamado al no consumo de productos: televisa, wal-mart, sanborns, bimbo, sabritas, jumex, bachoco pepesi, coca-cola, entre otros.), la creación del museo de fox, la pastorela política sobre los siete pecados capitales, Miss realidades 2007, los pensamientos, poesías y sátiras escritas en el blog <http://cerrodelascampanas.blogspot.com/>, los carteles, pegotes y estampas, en el blog <http://resistenciacreativa.org.mx/>

²⁸ Se propone este concepto como una manera de enfocar las nuevas manifestaciones sociales en la vida pública, es decir asignamos el prefijo de *supra* a la política, para enfatizar en el sentido irrupción visible que adquiere la participación en la dinámica del desafío y/o reconocimiento al poder.

implica la dialéctica entre las formas de exposición y de ocultamiento ante la vigilancia y control. Consideramos que mirar esta problemática transición nos permitirá entender los patrones culturales de dominación y la subordinación que se gestan en las relaciones políticas mediadas por estructuras clientelares y corporativas.

3. *Visibilización vs. guetización*

Se propone el concepto de *guetización* para observar la lógica de exclusión que experimenta todo movimiento social que disiente del orden establecido, ello nos permitirá mirar la constante lucha política que se gesta entre la marcha del aparato de control de la hegemonía para tratar de encerrar y marginar al movimiento y las acciones que éste emprenda para reaccionar contra la guetización mediante una estrategia de *visibilización*. La *visibilización*, en la medida que es expresión de una reacción defensiva, se articula bajo acciones propias de la dinámica oscilatoria de *desafío/reconocimiento*.

Las acciones de desafío implican la permanencia, es decir, el estar y hacerse presente, el recurrir a formas de acción que trasciendan en el tiempo y el espacio, buscar la creatividad para continuar vigente, y *las acciones de reconocimiento* persiguen el objetivo de ser admitidos, y para ello no se requiere renunciar a la diferencia, pero sí emplear instrumentos legales. En otras ocasiones, la *visibilización* se articula como una denuncia de ilegitimidad, lo cual implica acciones de desafío a través de las cuales se pretende enfrentar las formas y medidas que adopta el poder.

4. *Un término para mirar la relación entre el proceso de exclusión y el imaginario sobre el poder.*

Consideramos insuficiente un estudio de la conflictividad que se desprendió en México a raíz de las elecciones del 2006, si no consideramos el tema de la mediatización de la identidad política. El papel de los media contribuyó sobre todo a asignar significados alusivos a elementos de identificación social para con los partidos políticos, por lo que en este proceso de conflicto político se exacerbó desde el exterior, las dicotomías de separación sobre lo que significa pertenecer -el nosotros- en oposición a aquello que resulta antagónico -los otros-.

En este sentido, se utilizó el término *naco* para catalogar a los integrantes del MRC, el cual condensa discursivamente formas de exclusión y hace evidente un conflicto cultural expresado en la armadura identitaria.

De acuerdo con Lomnitz, la trayectoria sobre el contenido social asignado a esta palabra ha ido cambiando pues durante los años sesenta, el término *naco* se usaba para describir aquello ligado al vergonzoso “atraso” y bajo la categoría de indio se designaba a cualquier persona ligada con el campo. El indio, considerado inculto y patán, debía redimirse por medio de una cultura moderna e internacional. Durante los años ochenta, las connotaciones de lo *naco* rompen el molde rústico para convertirse en una estética típicamente urbana. Procesos similares han ocurrido también en otras zonas de América Latina, con categorías culturales como “lo cholo”, en Perú y Bolivia, y “lo mono” en el Ecuador. Resonante con la imaginería de las castas coloniales, la estética de lo *naco* denota impureza, hibridez y bricolaje pero, ante todo, el uso más contemporáneo de lo *naco* es un tipo muy particular de kitch. Es decir, vulgar, pues incorpora aspiraciones al progreso y la cultura material de lo moderno de manera imperfecta y parcial (1999).

La categoría cultural de *naco* ya no cabe, ni se reduce a una clase o sector social como lo había sido antes. Lo *naco* va más allá del origen, se trasciende en la jerarquización de los rasgos fenotípicos, pues ahora la fachada de la persona abarca ropa, olores, accesorios y, siguiendo a Naomi Klein (2001), las marcas. Lo *naco* ha sido construido mediáticamente a partir del regodeo que producen las estéticas populares en su intento de copiar el modelo presentado por los sectores altos y medios. Lo paradójico de este proceso es que a lo largo del tiempo este regodeo hecho por los sectores medios, ha funcionado como una especie de pedagogía popular.

El término *naco* en la ciudad de México se ha convertido en una moneda de cambio mediante la cual se afirma la identidad propia, a partir de señalar lo que resulta contrario. Su uso forma parte de un sistema clasificatorio básico para el chilango (feo/bonito, bueno/chafa, verdad/mentira, rico/pobre), donde los elementos que se debaten determinan sobre el ser, el tener y el poder y lo ridículo que significa intentar parecerlo.

Así, consideramos que su utilización en medio de las tensiones electorales y postelectorales, adquirió un tono político nuevo, pues fue llevado a los terrenos más cotidianos. Así, se convirtió, además en un instrumento para descalificar al adversario²⁹, en donde lo naco pretende tener poder y su protesta se traduce como un intento de imitación de las condiciones de acceso a una mejor calidad de vida. Lo cual denota una fractura societal en la frontera de las neocastas, donde aparece negada la posibilidad de ser, de tener y de lograr acceder al poder.

Así suponemos que esta interpelación política de la ciudadanía que participa en el MRC se inserta en el marco de una fractura social más amplia, en donde la lucha mediante la cual se pretende cerrar la brecha de la exclusión social, nos permitirá explorar nuevos elementos sobre los significados que el imaginario colectivo asigna a aquello que implica el acceso al poder.

²⁹ Coincidimos con Dresser que la llamada “campana de odio” realizada por el PAN en contra del candidato del PRD, representa “el miedo a ese país de pobres, de "nacos", de indígenas, de desarrapados. Miedo a quienes viven parados en los camellones vendiendo chicles o subsisten en el campo cultivando maíz. Miedo a los mineros enojados y a los cañeros sublevados. Miedo a los resentidos y a los marginados. Miedo a mirar la realidad del subdesarrollo detrás de la retórica de la modernidad. Miedo a la verdad y a nosotros mismos. Miedo a mirar al país tal y como es. Detrás de los mitos. Detrás de las cercas electrificadas cada vez más altas en Las Lomas. Detrás de la hipocresía fundacional en un país profunda y dolorosamente desigual” 7 mayo 2006 en: <http://www.laopinion.com/editorial/artopinion.html?rkey=>

CONCLUSIONES

Nos hemos propuesto caracterizar el funcionamiento del MRC en la Ciudad de México, con base en un diagnóstico del accionar ciudadano que permita entender la relación entre las transformaciones sociopolíticas y culturales y el imaginario colectivo que existe en torno al poder. Estamos interesados en establecer cómo influye la experiencia participativa de la ciudadanía en su movilización actual, dirigiendo la investigación hacia el conocimiento sobre cuáles son los elementos culturales que matizan los vínculos políticos que existen entre el movimiento y su líder. En este sentido, pretendemos dilucidar cómo es que actúan los imaginarios sobre el poder en el ámbito de la dinámica del movimiento.

Suponemos que existe una nueva relación entre la manera en que la ciudadanía se concibe y relaciona políticamente y la existencia de un nuevo imaginario sobre el poder, puesto que presenta expectativas distintas.

Así, las relaciones políticas son vistas como una materialización del imaginario sobre el poder, ya que en ellas se debaten las demandas y necesidades con base en las cuales la ciudadanía plantea sus expectativas sobre el devenir inmediato o a largo plazo; es decir, sus aspiraciones individuales y/o en la vida colectiva. Así, las demandas y necesidades matizan el tipo de relación política que la ciudadanía tiene con el líder y su grado de involucramiento político, lo cual nos remite a la observación del sentido que los propios participantes le confieren a su acción.

El MRC es considerado un escenario idóneo para observar el despliegue de las distintas formas en las que se presentan las relaciones políticas entre sus integrantes y líder del movimiento. Para ello nos planteamos indagar sobre sus orígenes, los elementos que lo integran y propician su cohesión; así como su dinámica interna. Así, cabe señalar que *el movimiento social adquiere una orientación cultural, pues no es visto como una respuesta ante problemas, sino como interpretaciones que la sociedad tiene sobre sí misma.*

Nos resulta pertinente estudiar al MRC, puesto que plantea una crítica al tipo de democracia construida por el gobierno, de ahí que sea interesante conocer las alternativas que al respecto se manifiestan desde el impulso ciudadano, producto de su

participación en decisiones políticas que afectan su cotidianeidad. Consideramos que ello atraviesa de forma significativa los contenidos que el imaginario de los integrantes del MRC tienen sobre el poder; de ahí que pretendemos acercarnos a su imaginario, a partir de indagar las demandas y necesidades que se expresan en la relación política; es decir, se trata de descubrir mediante ellas los significados que sus participantes le asignan tanto al personaje como a la circunstancia política que está viviendo y actuando. Su abordaje no implica únicamente destacar lo que ellos piden, *sino ahondar sobre el cómo lo piden, a quién lo piden, por qué lo piden y qué hacen para obtenerlo.*

Este análisis nos permitirá profundizar en la cultura que matiza las relaciones políticas en el MRC, pues siendo ésta el espacio de construcción intersubjetiva de las percepciones sociales, enmarcarla dentro de la acción de un movimiento social que contiene relaciones políticas con demandas y expectativas tanto particulares como colectivas, hace posible debatir sobre *cómo la cultura actúa en el ámbito político y, a su vez, cómo es modificada por éste.*

A lo largo de este trabajo, se presentó la ruta analítica que seguimos para construir el marco analítico propuesto en el último capítulo.

Así, iniciamos nuestra reflexión señalando la relación que existe entre la modernidad y los movimientos sociales, siguiendo la afirmación de que éstos son “productores de modernidad y al mismo tiempo producto de la misma” (Ibarra, 1998: 13). Dicha relación, acontece en un contexto donde el fomento por impulsar el cambio y la posibilidad que experimenta el ser humano de incidir en él, se traducen en un ánimo colectivo producto del proyecto moderno; sin embargo, sus consecuencias motivaron el origen de movimientos sociales, sustentados en la idea de transformar ese orden social.

A continuación presentamos un análisis sobre las definiciones de los movimientos sociales, mismo que nos permitió entenderlos como un *conjunto de acciones contenciosas articuladas en forma de desafío colectivo, originado por un agravio que da lugar a cuestionamientos sociales, a partir de los cuales se busca visibilizar la forma de dominación, es decir, el modo hegemónico de utilización social de recursos y modelos culturales.*

Diferenciamos a los movimientos sociales de otras formas de acción colectiva con base en una característica fundamental, la relativa al manejo estratégico de la dinámica: *reconocimiento/desafío*, consistente en un juego que se desliza entre lo legal y lo ilegal, es decir, entre la aceptación del orden sistémico institucional (sobre el cual apelan la defensa del ejercicio de sus derechos colectivos) y el actuar con base en el reto a dicho orden (que consiste en exhibir la deslegitimación que les produce cierto poder).

Finalmente, en el primer capítulo abordamos la trayectoria sobre la construcción teórica de los movimientos sociales, destacando la dicotomía que contrapone *lo nuevo a lo antiguo*, a partir de enfatizar en las circunstancias históricas, políticas, económicas y sociales que caracterizan a estos dos momentos de los movimientos sociales.

Así, lo *antiguo*, fue caracterizado por estar apoyado en análisis basados en la teoría de la modernización y de la dependencia, por un tipo de política anclada en los actores tradicionales (sindicatos, partidos, la clase trabajadora) que luchan por el control del Estado, por una visión de la sociedad centrada en lo estructural y definida en términos de clases sociales y por una idea del cambio social que enfatiza las grandes transformaciones (Escobar, 1991) y que está centrada en el objetivo de la toma del poder donde este último es concebido como un objeto a tomar y a poseer.

Lo *nuevo*, en cambio, ha sido caracterizado por centrarse en los nuevos actores sociales y no tanto en las estructuras, por pensar la transformación social en términos de pequeños cambios que se pueden ir generando desde el aquí y ahora a través de las prácticas cotidianas que tienden a la autonomía y a través de la construcción de identidades sociales y por el énfasis en los elementos ideológicos y culturales de la acción social.

De ahí que nos haya resultado pertinente ubicar dentro de esta dicotomía al MRC. Sin embargo, la caracterización teórica de *lo nuevo* por oposición a *lo antiguo* hace un énfasis excesivo en las rupturas existentes entre las nuevas y antiguas formas colectivas de transformación social (a nivel de los sujetos, las acciones, los objetivos, los sentidos, etcétera), sin precisar demasiado en qué consisten dichas rupturas y sin

atender lo suficiente a las continuidades que también existen entre las *nuevas y antiguas formas*.

Este tajante antagonismo perfiló dos corrientes teóricas, por un lado, la llamada *clásica*, que trata a la acción colectiva como efecto de las crisis estructurales y contradicciones o anomalías de sistema, en ellas son determinantes la influencia marxismo y/o el estructural-funcionalismo; mientras que por el otro, se observa a la acción colectiva como una expresión de creencias y orientaciones compartidas, (estudios que privilegian a la acción desde una mirada racional). Por tal motivo, preferimos atender a las miradas que observan a la acción colectiva como un *sistema de relaciones*, para así, generar una propuesta más integral que permita incorporar una explicación sobre el cómo y el por qué de la acción colectiva; es decir, tanto del contexto socioeconómico como el papel que juega la ideología y los valores.

Siguiendo esta idea, en el segundo capítulo, planteamos las tres corrientes teóricas que consideramos más influyentes para el análisis de los movimientos sociales: *la contextual, la relacional; y la identitaria*, provenientes principalmente de Europa y Estados Unidos.

Bajo la mirada *contextual*, Tarrow nos permite entender a los movimientos sociales con los conceptos de *Estructura de Oportunidades Políticas* (EOP); es decir, en los condicionamientos “externos” que motivan la acción, misma que es vista a partir de enfatizar la formación de *Redes Organizativas*, estableciendo coaliciones de actores sociales, creando espacios políticos para movimientos emparentados y contramovimientos, e incentivos para que respondan a las élites. La importancia de la movilización de redes tanto amistosas, como de grupos de interés, ramas locales de organizaciones del movimiento, grupos de colegas profesionales, etcétera., radica en que mantiene unidos a los participantes incluso una vez que el entusiasmo inicial de la confrontación se ha desvanecido. En términos humanos, esto es lo que hace posible la transformación de la acción colectiva episódica en movimientos sociales. Así, *retomamos esta propuesta para ubicar la explicación del proceso que dio lugar al MRC en las coordenadas diacrónicas y sincrónicas, destacando la participación de actores que se articulan en una acción común*.

La *relacional*, presentada por Tilly, nos propone ahondar en la unidad que se produce en un movimiento social a pesar de las distintas partes, niveles y orientaciones que lo conforman, a partir de *profundizar en las formas de actuación transmitidas culturalmente*, Tilly las conceptualiza como *repertorio de confrontación*, su estudio está enfocado más al análisis de las acciones como movimiento social en conjunto, por lo que propusimos en concepto de *repertorio de conexión* para mirar las formas acción presentes en las relaciones políticas que se tejen a su interior, lo cual dará lugar a examinar las formas de relación con el líder político, tanto las de tipo independientes como dependientes (clientelar o corporativa).

Lo que estos dos modelos (el contextual y el relacional) nos ofrecen es vincular las transformaciones estructurales con los cambios que se presentan en la acción colectiva. Es decir, al intentar combinar distintos niveles de análisis que van desde cambios macro como por ejemplo, la (des) proletarización o los proceso de formación (o adelgazamiento) del Estado a los patrones de interacción entre el estado y los ciudadanos; *mantenemos unidos conceptualmente macroestructuras y microprocesos*, por ejemplo, cambios en la economía nacional o en el curso del proceso político del movimiento social y cambios en las interacciones políticas al interior del mismo.

La corriente *identitaria* planteada por Melucci, nos ayuda a reflexionar sobre la formación y manifestación de las creencias e identidades colectivas al interior del MRC; nos permite *acercarnos a la heterogeneidad propia de los movimientos sociales a partir de considerar el acceso diferencial que tienen sus integrantes sobre aquellos recursos que le permiten armar una identidad; y retomamos su hipótesis con la que afirma que son estas diferencias las que influyen en el tipo de expectativas presentadas y el grado de compromiso en los fenómenos colectivos ya sea a nivel individual o de subgrupo*.

Con ella destacamos la importancia del papel de la cultura en que la acción y el mantenimiento de la misma, ya que son incentivados por la capacidad que tienen los individuos o grupos por atribuir significado, tanto a sí mismos, como a su entorno.

Estas propuestas nos permiten: por un lado, rescatar la consideración de que un movimiento social es un sistema de acción, compuesto por redes complejas en

distintos niveles y significados de la acción social. Para ello es importante observar cómo se construye la identidad a partir del acceso a la cultura, los tipos de intercambios, las negociaciones, decisiones y conflictos entre diversos actores. Por otro lado, los procesos de movilización, los tipos de organización, los modelos de liderazgo, las ideologías y las formas de comunicación, se convierten en niveles significativos de análisis para reconstruir desde el interior al sistema de acción que constituye al actor colectivo. Pero también las relaciones con el exterior, con los competidores, con los aliados o adversarios y, especialmente la reacción del sistema político y del aparato de control social, pues determinan su campo de oportunidades y limitaciones dentro del cual el actor colectivo adopta una forma, se perpetúa o cambia.

En el tercer capítulo presentamos una crítica a las explicaciones que sobre los movimientos sociales latinoamericanos se han vertido, ya que buena parte de los estudios en Ciencias Sociales resultan ser aplicaciones, en ocasiones forzosas, de los modelos de mayor peso —contextual, relacional e identitario— diseñados para el contexto europeo o norteamericano, o bien interpretaciones que a distancia se hacen sobre América Latina. Con base en ello nos planteamos dos retos para nuestra investigación. El primero, implica el despojarse de la tendencia a generar tesis comparativas que marquen las deficiencias que se presentan con relación a occidente, pues ello ha conducido a generar caracterizaciones parciales. Así, la reflexión sobre los movimientos sociales nos invita a reparar en los cuestionamientos a los modelos impuestos para el devenir latinoamericano (el proyecto de modernidad, el modelo neoliberal y la fórmula democrática), desde la especificidad del contexto social, económico, político y cultural. Por lo que el segundo reto, exige presentar nuevos conceptos que permitan explicar el cuándo cómo y por qué de los movimientos sociales desde nuestro contexto, pretendemos constatar cómo una misma inquietud adopta distinta forma según el lugar donde se enuncia, pues consideramos que las teorizaciones sociales dependen del mundo social sobre el cual teorizan.

Observamos a Latinoamérica considerando su diversidad característica tanto en su gente como en la convergencia de una heterogeneidad multitemporal, donde a pesar de las diferencias en el acceso a ciertos bienes materiales y culturales, en Latinoamérica se gesta una especie de narrativa identitaria determinada por procesos

complejos de hibridación García Canclini (1990). En este sentido, *miramos al propio MRC como resultado de un proceso sociocultural en el que estructuras o prácticas, que existían en forma separada, se combinan para generar nuevas estructuras, objetos y prácticas. En este sentido, el MRC es una identidad colectiva híbrida.*

Señalamos tres ejes sobre los cuales se están actualmente manifestando los movimientos sociales: el proyecto de modernidad, el modelo neoliberal y la fórmula democrática. Ello nos permitió reflexionar en torno a: a) hace posible el mirar las formas características en las que el neoliberalismo y la democracia se presentan en el continente, b) destacar los conflictos que generan en la interacción social y c) las formas de acción colectiva que como respuestas se producen.

Se consideró pertinente señalar a la *modernidad* como un eje temático sobre el cual giran los movimientos sociales, ya que por un lado se cuestiona la promesa incumplida de mejoras en la calidad de vida, tanto personal como social que planteaba la fórmula del progreso occidental, que en ocasiones, dichos cambios llegan a ser percibidos como retrocesos, es decir algunas medidas neoliberales, tales como las privatizaciones y crisis en la estructura macro y micro económica (inflación, déficit, estancamiento, entre otros), cuyas implicaciones sociales se traducen en pérdidas del poder adquisitivo, de empleo, entre otras. Por otro lado, la crítica a la modernidad se presenta como un cuestionamiento a la posibilidad real que tienen los sujetos de generar por sí mismos cambios en la estructura social, ya sea porque no existen canales institucionales o se encuentren cerrados (ficticios); o bien, porque se privilegia la represión al diálogo en las negociaciones, lo cual nos conduce a pensar en la calidad y eficacia de las formas de participación legal, establecida en los llamados regímenes democráticos.

El segundo eje es el modelo neoliberal, pues nos permite entender el proceso económico cuyo impacto sociocultural es generado a partir de la metamorfosis que va de un sistema de desigualdad a un complejo sistema de exclusión. En la modernidad capitalista la diseminación de las desigualdades es realizada fundamentalmente por medio del trabajo, pero ante el desempleo estructural que se vive en la actualidad, el trabajo pasa a definir más las situaciones de exclusión que las situaciones de desigualdad. La informatización, la segmentación, la precarización o flexibilización de la relación social hacen que el trabajo, lejos de ser una garantía contra la

vulnerabilidad social, se convierte en una expresión de esta vulnerabilidad. De esta manera, el factor trabajo es un puente que nos permite ubicar la transformación del sistema de desigualdad al sistema de exclusión. Consideramos *profundizar en el sistema de exclusión social pues proporciona una óptica más flexible, integrativa y particular sobre los diversos grupos y sectores sociales que se inconforman en el MRC, puesto que la exclusión agrupa una compleja serie de prácticas sociales, económicas y culturales, acompañadas de distintos tipos de interacciones sociales.*

El tercer eje es la fórmula democrática, en él presentamos los antecedentes de la democracia en América Latina. Destacamos, por un lado, algunos elementos que influyen en la composición de las relaciones políticas que a lo largo de la historia marcan el perfil latinoamericano (autoritarismo, favoritismos, clientelismos, paternalismos, populismos, considerados como elementos naturales de dichas relaciones). Por otro, señalamos la apuesta que desde la ciencia social se hizo por la construcción democrática y el privilegio que se le ha dado al análisis de la estabilidad de las instituciones y los procesos políticos representativos formales (O'Donnell 1989, Cansino 2000), por encima de los estudios sobre ejercicio cotidiano de la democracia. Así, el estudio de los movimientos sociales nos ayuda a comprender la conflictividad a la que se enfrenta la democratización en una región donde más allá de la fragilidad del entramado institucional, *lo que estas rebeliones populares comprueban es que este largo período de un cuarto de siglo, o más, de gobiernos neoliberales —con todo su equipaje de tensiones, rupturas, exclusiones y niveles crecientes de explotación y degradación social— su fracaso en la región ha creado las condiciones para la movilización política de grandes sectores de las sociedades latinoamericanas.*

En este apartado, reflexionamos sobre las luchas de los movimientos sociales por la democratización de la sociedad. Para ello, retomamos el argumento de Evelina Dagnino (1998) sobre el concepto de *política cultural*, entendida como las articulaciones discursivas que, implícita o explícitamente, buscan dar nuevas definiciones del poder social a partir de cuestionar al orden cultural predominante.

En América Latina existen rígidas jerarquías sociales de clase, raza, étnia, género que caracterizan las relaciones sociales, e impiden que una gran mayoría reclamen públicamente el privilegio de tener derechos. Lo cual nos conduce hacia un

elemento central a la democratización y es aquel que se dirige a la construcción de ciudadanía, es decir, la lucha por la búsqueda de igualdades, a partir de una premisa básica el derecho a tener derechos.

Con diferentes cronologías y particularidades nacionales, la emergencia de una nueva noción de ciudadanía ha intentado articular las luchas de los movimientos que demandan derechos específicos como salud, vivienda, educación, y derechos étnicos, de las mujeres y de los homosexuales, entre otros, con una lucha más amplia por la construcción democrática.

Cerramos este apartado afirmando a la exclusión social e inclusión política como los signos que enmarcan los esfuerzos por ampliar la participación, inserta en un proceso que busca redefinir el rol y las funciones del Estado y que se manifiesta a favor de una revalorización del papel de la ciudadanía.

En el cuarto capítulo, presentamos el marco analítico que nos acerca al estudio del MRC, así como las rutas de análisis que pernean los aspectos sustantivos de nuestro estudio.

Nos proponemos estudiar los imaginarios que sobre el poder construye la ciudadanía, en el marco de un movimiento social, ya que consideramos que en el conflicto emergen los significados y alternativas sobre la direccionalidad del sentido colectivo, por lo que creemos que el observar la cohesión que produce compartir dicho sentido y su consecuente accionar colectivo, nos permitirá no sólo la comprensión de los problemas que aquejan a una sociedad, sino sobre todo, acercarnos a las formas de expresión de la cultura sobre el tema del poder. Nuestro estudio se sustenta en abordar las demandas y las expectativas que se engarzan en la utopía de una acción colectiva, analizando los contenidos de los imaginarios que existen sobre el poder, sus efectos en la conformación de la identidad y su influencia en las acciones políticas; es decir, se trata de abordar al conjunto de representaciones, pensamientos, imágenes, suposiciones y aspiraciones que le dan sentido a la acción, generan identificaciones colectivas y se matiza la acción social. En este sentido, los movimientos sociales se convierten en un escenario en donde se tejen las relaciones políticas y se movilizan los recursos simbólicos con los cuales se reordenan interna y externamente sus relaciones políticas.

Como hemos dicho, nos proponemos estudiar el autodenominado Movimiento de Resistencia Civil (MRC) en la Ciudad de México, que ha sido un conflicto político a través del cual se ha cuestionado de manera directa o indirecta (al defender la candidatura de López Obrador) la desigualdad e injusticia sociales y aglutinado amplios sectores sociales excluidos material y culturalmente, los cuales muestran múltiples formas de percibir y entablar sus relaciones políticas, así como diferentes actitudes y expectativas en torno al poder.

Planteamos el estudio de la diferenciación interna del MRC, a partir de analizar el acceso desigual de los actores sociales a los recursos materiales y culturales, el cual repercute en su actuación y perspectivas. Dichos recursos abarcan desde los elementos que posibilitan una subsistencia básica (vestido, vivienda, alimento y servicios), los cognitivos (alfabetización, tecnología, información), hasta los relacionales (interacciones que generan los espacios para una socialización más amplia).

Caracterizamos al MRC bajo los siguientes elementos: a) se articula con base en la dinámica propuesta sobre el equilibrio *desafío/reconocimiento*; b) presenta una *diversidad estratégica* en sus acciones; c) estructurado en una *red de redes*; d) presenta una *composición heterónoma*, lo cual no permite reducirlo bajo los criterios tradicionales de clase o ideología, como tampoco categorizarlo como un movimiento social propiamente *nuevo*; pero sí, *hipotetizar sobre la existencia de una identidad colectiva compuesta por miembros que comparten experiencias de exclusión social sobre el acceso a los recursos del consumo cultural, político y/o material*.

Nuestra propuesta analítica se propone retomar algunos de los elementos de la discusión teórica sobre *lo antiguo y lo nuevo* en los movimientos sociales con la intención de ahondar en los efectos de la hibridación en el proceso de acción colectiva; particularmente en cuanto a su constitución identitaria, formas de participación, relaciones políticas e imaginarios en torno al poder.

Proponemos abordar la *polítización de la exclusión* como un mecanismo que aglutina y articula a distintos actores en una identidad colectiva, partiendo de que el MRC busca evidenciar cómo opera este mecanismo en la sociedad mexicana para, de esta manera, subvertir su curso mediante un cuestionamiento de la legitimidad, de sus

formas y del funcionamiento de dicha exclusión. Así, la exclusión es una categoría que nos permite construir variables de análisis ya que nos acerca a la desigualdad en el acceso de los recursos materiales y de la cultura, para observar los efectos de su influencia en la elaboración y negociación de la identidad; igualmente, abordar la experiencia viculatoria que genera nuevas o solidifica viejas identificaciones y, finalmente, conocer las expectativas y demandas que sobre el poder construyen los actores.

Creemos que existen, siguiendo a McAdam, *culturas activistas*, las cuales se gestan o transforman en el proceso de socialización política a través de la interacción con diversas instancias; sin embargo, es probable señalar tres continuidades en la transmisión de: a) ciertas tradiciones de lucha (repertorio de confrontación); b) formas para establecer alianzas políticas (repertorio de conexión) y c) la manera de interpretar la propia situación de exclusión y de explicación del contexto. Esta última nos coloca ante la exigencia de ahondar en el sentido compartido que los actores asignan a su propia condición envuelta en un contexto, que ha sido problematizado a través de un mensaje que los invita a participar en su reordenación.

Así señalamos que es probable que la acción colectiva en el MRC haya tenido lugar por la exposición de un mensaje convincente, elaborado a partir de hacer evidentes los orígenes y efectos del actual proceso de exclusión que se vive en el país. Sin embargo, la propensión de un individuo para involucrarse en dicha acción depende de las herramientas para armar los contenidos de ese marco de sentido y proyectarse en su problematización; es decir, *se trata de un proceso de redefinición simbólica asociado a una construcción identitaria*.

Así, suponemos que el carácter colectivo del MRC —posiblemente a causa de su relación con los procesos de exclusión, que propician una identidad común— no pierde su composición heterogénea puesto que, como se ha señalado, la multiplicidad de experiencias en torno del acceso diferencial de los actores a ciertos recursos (materiales, relacionales y cognoscitivos), sustente una composición plural. Estas diferencias, pueden influir en las expectativas de los actores en torno al poder y el compromiso que mantengan con las acciones colectivas, ya sea a nivel individual o de subgrupo. Es decir, la exposición de un individuo a ciertos recursos repercute en el proceso de construcción de una identidad colectiva. Por lo tanto, indagar sobre el tipo

de participación y las formas a través de las cuales se mantiene el compromiso, nos permitirá conocer la manera en que tanto individual como grupalmente son elaboradas y negociadas las identidades en las relaciones políticas que establecen, para con el movimiento, el líder político (AMLO), y en ciertos casos con los dirigentes más cercanos.

Terminamos el cuarto capítulo presentando las rutas de análisis que permean los aspectos sustantivos de nuestro estudio, las cuales se refieren a: a) *el tipo de acciones y estrategias: La politización de las formas estéticas.*, pues nos resulta interesante tomar en consideración una veta poco explorada en el estudio de los movimientos sociales, aquella ligada a su manifestación artística. Bajo esta perspectiva es posible situar una línea de acción de dicho movimiento, en el cual las formas de expresar el conflicto social y generar identificaciones también se estetizan (Yúdice, 2003); b) *la situación del contexto: un estado transitorio* que parte del supuesto de que nos encontramos en una sociedad que comienza a experimentar su potencialidad en la vida pública; por lo tanto, se encuentra en un momento de transición, pues de un estadio catalogado por Scott (2000) como *infrapolítica*, la acción ciudadana pasa a ocupar los espacios de una situación catalogada como *“suprapolítica*; c) *Visibilización vs. guetización*, se propone para observar la lógica de exclusión que experimenta todo movimiento social y mirar la constante lucha política que se gesta entre la marcha del aparato de control de la hegemonía para tratar de encerrar y marginar al movimiento y las acciones que éste emprenda para reaccionar contra la guetización mediante una estrategia de *visibilización*; y d) Un término para mirar la relación entre el proceso de exclusión y el imaginario sobre el poder, a partir de considerar la mediatización de la identidad política, se utilizó el término *naco* para catalogar a los integrantes del MRC, el cual condensa discursivamente formas de exclusión y hace evidente un conflicto cultural expresado en la armadura identitaria

Finalmente, a pesar de que el estudio de los movimientos sociales tiene un largo trayecto en la teoría social, su mirada mayoritariamente ha sido dirigida a entenderlos como entidades abstractas insertas en la búsqueda de transformaciones de la estructura social; o bien cuando ésta llegó a internarse en su composición interna, se inclinó a privilegiar el entendimiento de las causas de su surgimiento y declinación de la organización social, en ambas el individuo se difumina en la colectividad. Por lo

que existe una carencia de propuestas teóricas que nos permitan establecer modelos sobre la composición interna de los movimientos sociales y las relaciones políticas que se tejen al interior del mismo.

Así, dada la coyuntura política del país y la importancia propia del Movimiento de Resistencia Civil han surgido interpretaciones sobre todo desde el corte de la ciencia política y la sociología, crónicas periodísticas y testimonios con estructuras literarias. Por lo que la pertinencia del enfoque propuesto radica en hacer hincapié en los participantes de la acción colectiva, los cuales no son vistos únicamente como individuos que reaccionan a una causa objetiva, sino como identidades que logran articularse en un proceso dinámico y que expresan un conflicto cuyo contenido se encuentra ligado al fenómeno acentuado en la sociedad mexicana como es el de la exclusión, mismo que media las relaciones políticas que construyen.

Presentar una mirada en torno al cómo se elaboran y relacionan algunos factores que componen el imaginario colectivo que los actores tienen en torno al poder, dota a nuestro análisis de un carácter innovador.

Consideramos que este análisis es imprescindible para rastrear de manera más fina los significados ocultos de lo político, en lo social, dada la minuciosa pretensión sobre la forma de observar al poder.

En este sentido, cabe señalar que paralelamente, la trascendencia del estudio radica en insertarse en el debate sobre la relación que se suscita entre cultura y política, contrario a lo que muchos estudiosos de la llamada cultura política plantean, no se consideran a sus componentes (catalogados como valores, afectividades, informaciones y juicios) como entidades abstractas enunciadas a través de opiniones en una encuesta, sino como elementos que se expresan en las relaciones políticas, vía las expectativas y demandas ligadas un movimiento social, escenario de participación y establecimiento de vínculos específicos.

Con el enfoque analítico propuesto nos planteamos trascender conceptos estrechos y reduccionistas sobre la sociedad civil y la democracia, puesto que consideramos que al atender el acceso diferenciado a los recursos materiales y culturales, se abrirán nuevas vetas en el análisis de la sociedad civil, mismas que permitan observar su pluralidad interna y desmitificarla como el espacio neutral de

acceso igualitario, en el que la participación se orienta por idénticos significados atribuidos a los valores democráticos.

* * *

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Albertarni, Claudio (2006), Reflexiones sobre la desobediencia civil y los acontecimientos actuales en México, en *Revista Cemos Memoria*, México No. 212, octubre.
- Andrés, R., (2000), “La teoría queer y el activismo social”, en Marta Segarra y Angels Carabí (eds.), *Feminismo y crítica literaria*, Icaria, Barcelona.
- Auyero, Javier (2002) *La protesta. Retratos de la beligerancia popular en la Argentina democrática*, Buenos Aires, Libros del Rojas Universidad de Buenos Aires.
- Beck, Ulrich (1994) *Sociología del Riesgo*, Barcelona Paidós.
- Bolos, Silvia (2003) *Participación y espacio público*, México, UCM.
- Borón, Atilio (2003) *Las “reformas del Estado” en América Latina: sus negativas consecuencias sobre la inclusión social y la participación democrática CLACSO*, en <http://www.rebellion.org/izquierda/031227boron.pdf>
- Borón, Atilio (2005) *El capitalismo y las democracias en América Latina*. México, UACM.
- Camba, José Luis (2006) *Desobediencia civil, resistencia civil o protesta contestataria*, en http://www.iih.org/politica/articulos_politica01.php
- Canclini, Nestor (1990) *Culturas Híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, México, Grijalbo
- Cansino, César (2000) *La Transición Mexicana 1977-2000*. México Centro de Estudios de política comparada.
- Castel, R (1990), “Les situation-limite du processus de marginalisation: de la vulnérabilité a la désaffiliation”. Ponencia presentada en la *EC Conference on Poverty, Marginalisation and Social Exclusion in the Europe of the 90's* en Sassari, Alghero, Italia, 23-25 de abril de 1990.
- Castelles, Manuel (2003) *La sociedad red*, México, Siglo XXI.

- CEPAL (2006) *Panorama social de América Latina 2006* CEPAL en: <http://www.eclac.org/cgi-bin/getProd.asp?xml=/publicaciones/xml/0/27480/P27480.xml&xsl=/dds/tpl/p9f.xsl&base=/tpl/imprimir.xsl>
- Cruells, Manuel (1973) *Los movimientos sociales en la era industrial*, Barcelona, Labor.
- D'entrevés, Passerin (1970) *Obbedienza e resistenza in una società democratica*, Milán.
- Dagnino, Evelina, ALVAREZ Sonia y ESCOBAR Arturo (Eds.) (1998), *Cultures of Politics, Politics of Cultures: Revisioning Latin American Social Movements*: Boulder: Westview Press.
- Dagnino E,velina, OLVERA Alberto, PANFICHI Aldo (Coord.) 2006, *La disputa por la construcción democrática en América Latina*, México FCE, CIESAS, Universidad Veracruzana.
- De Remes, Alain (2001) Elección racional, cultura y estructura: tres enfoques para el análisis político, en *Revista Mexicana De Sociología*, Núm. 1, Vol. 63, Enero-Marzo, México, UNAM –FCPyS.
- De Sousa Santos (2005) *El milenio huérfano. Ensayos para una nueva cultura política*. Madrid, Editorial Trotta /ILSA
- De Sousa, Santos Coord. (2004) *Democratizar la democracia. Los caminos de la democracia participativa*. México FCE
- Dobson, A. (1997) *Pensamiento político verde. Una nueva ideología para el siglo XXI*. Barcelona, Paidós.
- Dos Santos, Theotonio, (2004) De la resistencia a la ofensiva: el programa alternativo de los movimientos sociales *Revista OSAL*, Brasil Año V No. 15 Septiembre – Diciembre.
- Escobar, Arturo (1991) Imaginando un futuro: pensamiento crítico, desarrollo y movimientos sociales. En Margarita López Maya (Ed.). *Desarrollo y Democracia*

Venezuela,. Universidad Central de Venezuela, UNESCO, Editorial Nueva Sociedad.

- Fernández Christlieb Fátima (2002), *La responsabilidad de los medios de comunicación*. México, Paidós
- Giddens, Anthony (2000) *Consecuencias de la Modernidad*. Madrid, Alianza Editorial.
- González, Ana (2002) *El concepto de exclusión en política social*, Unidad de Políticas Comparadas Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), en <http://www.iesam.csic.es/doctrab2/dt-0201.pdf>
- Habermas, Jürgen (1989) *Problemas de legitimación en el capitalismo tardío*, Buenos Aires, Amorrortu Editores.
- Hernández, Corrochano (2005) *Cientes Imaginarios. La movilización electoral de los pobres en el sistema electoral mexicano (1994-2003)*, España Universidad de Salamanca, en:
<http://www.usal.es/~dpublico//areacp/Doctorado0406/Seminario0405/Microsoft%20Word%20-%20Seminario%20Corrochano.pdf>
- Ibarra, P y Martí, S. (2004) *Creadores de democracia radical. Movimientos sociales y redes de políticas públicas*, editado y coordinado por Pedro Ibarra, Salvador Martí y Ricard Gomá, Barcelona, Editorial Icaria.
- Ibarra, P. y Tejerina, B. (1998) *Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural*, Madrid, Trotta.
- Inglehart, Ronald (1997) *Modernization and Postmodernization. Cultural, Economic and Political Change in 43 societies*, Princeton University Press, Princeton.
- Klein, Naomi (2001) *No Logo*, Buenos Aires, Paidós Contextos.
- Lash, Scott., 1997 “La reflexividad y sus dobles: estructura, estética, comunidad”, en Beck U., Giddens, A., Lash, S., *Modernización reflexiva. Política, tradición y estética en el orden social moderno*, Madrid, Alianza,

- Laiz, Consuelo (2002) Los Movimientos Reivindicativos Clásicos. El Movimiento Obrero, en ROMÁN, P. y FERRI, J., *Utopías y realidades: los movimientos sociales*, España, Consejo de la Juventud de España
- Lomnitz, Claudio (1999) *Modernidad Indiana*, México, Editorial Planeta.
- Mandela, Nelson (1990) *Intensifiquemos la lucha: Discursos en África, Europa y Norteamérica*, New York, Pathfinder Press.
- Marshall, Berman (1993) Brindis por la modernidad, en Casullo Nicolás, El debate modernidad-posmodernidad, Bs. As., El cielo por Asalto, 1993. Publicado en la revista mexicana *Nexos*, núm. 89, mayo de 1985.
- Martell, Lenin (2006) Movimientos Sociales en América Latina y Medios de Comunicación ante la Encrucijada del Neoliberalismo, en *Razón y Palabra* Revista Electronica en América Latina especializada en Comunicación No. 51 Junio – Julio 2006, en: <http://www.razonypalabra.org.mx/anteriores/n51/lmartell.html>
- Mc Adam, Doug (1994) "Cultura y movimientos sociales". En Laraña, E. y Gusfield, J. (eds.), *Los nuevos movimientos sociales*. Madrid, CIS.
- Mc Adam, Doug (1998) "Orígenes conceptuales, problemas actuales, direcciones futuras" en: Ibarra y Tijerina. *Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural*. Madrid, Editorial Trotta.
- Nahón, Carolina, (2006) Privatizaciones en América Latina y el Caribe. Un estado de la cuestión. *Revista Nueva Sociedad* diciembre Buenos Aires, FLACSO
- O'Donnell, G, Schmitter, P. Whitehead, L. (comps.) (1989) *Transiciones desde un gobierno autoritario*. Argentina Paidós
- Parra, Marcela (2005). La construcción de los movimientos sociales como sujetos de estudio en América Latina. *Athenea Digital*, 8. Disponible en: <http://redalyc.uaemex.mx/redalyc/pdf/537/53700804.pdf>
- Peschard, Jacqueline (1997), *La cultura política democrática*. México, IFE (Cuadernos de divulgación de la cultura democrática, 2).

- Petras, James (2007) *Latinoamérica: La clase media, los movimientos sociales y la izquierda* Revista Voces, en <http://www.aporrea.org/ideologia/a36088.html>
- Poniatowska, Elena (2007) *Amanecer en el zócalo. Los cincuenta días que confrontaron a México*. México, Planeta.
- Reygadas, Luis (2004) Más allá de la clase, la etnia y el género: acciones frente a diversas formas de desigualdad en América Latina, en *Alteridades* Julio-diciembre año/vol. 14 No. 028, México, UAM Iztapalapa.
- Román, P. y FERRI, J. (2002) *Utopías y realidades: los movimientos sociales*, España, Consejo de la Juventud de España.
- Scott, James (2000) *Los dominados y el arte de la resistencia. Discursos ocultos*. México, Ediciones Era.
- Seoane, J. y Algranati, C. (2006) *Cronología del conflicto mayo-agosto 2006: Conflicto social, neoliberalismo y alternativas en América Latina*, en Revista del Observatorio Social de América Latina No. 20 México CLACSO, en <http://www.clacso.org.ar/difusion/secciones/osal/Publicaciones/coleccion-osal/publicacion.2006-12-14.6334356131>
- Sevilla, José (1993) “El concepto de filosofía de la historia en la Modernidad”. En Mate, R. (Ed.) *Filosofía de la historia*. Madrid, Trotta.
- Smelser, N. (1963) *Theory of collective behavior*, Nueva York, Macmillan.
- Sterling, Bruce (1994) *The Hacker Crackdown (La caza de hackers)*. Ley y desorden en la Frontera Electrónica, en: <http://www.globaldrome.org/gd/textos/libros/hcdpdf.zip>
- Tamayo, Sergio (2006) La no-violencia de los movimientos sociales ¿Qué vínculo puede haber entre Gandhi, Martin Luther King Jr. y AMLO? en Revista *El Cotidiano* No. 141, México, UAM- Azcapotzalco
- Tarrow, Sydney (1997) *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, Madrid, Alianza Editorial

- Tejera, Héctor (2005) Cultura, prácticas políticas y comportamiento electoral en la Ciudad de México, en CASTRO Pablo (Coord.) *Cultura Política, participación y relaciones de poder*, México, CONACYT, UAM, Colegio Mexiquense
- Therborn, Göran (2007) Después de la dialéctica. La teoría social radical en un mundo poscomunista, en *ESTE PAÍS* No. 194, Mayo 2007.
- Thomas, Julie (2000) Ethics of Hacktivism. *Sans 12 gener*, en: <http://www.sans.org/rr/hackers/hacktivism2.php>
- Tilly, Charles (1975) *The rebellions century 1830 – 1930*, Cambridge, Harvard University Press.
- Tosoni, María (2007) Notas sobre el clientelismo político en la ciudad de México, en *Perfiles Latinoamericanos*, Enero-Junio , México FLACSO.
- Touraine, Alain (1994) Las transformaciones sociales del siglo XX. Discurso de apertura leído ante la Primera Reunión Provisional del Intergovernmental Council of the Management of Social Transformations Programme (MOST), París, en <http://www.unesco.org/issj/rics156/tourainesp.html>
- Touraine, Alain (1997) *¿Podremos vivir juntos?*, México, FCE.
- Trejo, Raúl (1992) *La sociedad ausente*, México, Cal y Arena
- Varela, Roberto (2005) *Cultura y poder. Una visión antropológica para el análisis de la cultura política*, México, ANTROPOS UAM.
- Webb, K. (1983) “Ethiology and outcomes of protest. New European Perspectives”, *American Behavioral Scientist*, vol.26, num.3
- Woldenberg, José. 2002. *La construcción de la democracia*. México, Editorial Plaza Janés
- Wray, Stefan (1999) “La desobediencia electrónica civil y la world wide web del hacktivism: la política extraparlamentaria de acción directa en la red”. *Aleph*, en <http://www.alepharts.org/pens/wray.html>

- Zermeño, Sergio (1996) *La sociedad derrotada. El desorden mexicano del fin de siglo*, México Siglo XXI Editores-IISUNAM.
- Zermeño, Sergio (2005) *La desmodernidad mexicana y las alternativas a la violencia y a la exclusión en nuestros días*, México, Editorial Océano.

INDICE

INTRODUCCIÓN	2
A. Los orígenes del Movimiento de Resistencia Civil.....	3
B. Propuesta de investigación	5
C. Esquema del Trabajo	10
I. LOS MOVIMIENTOS SOCIALES	13
1.1 Ubicación histórica en la idea de cambio.....	13
1.2 Qué es un movimiento social	18
1.2.1 Diferencias con otros tipos de manifestaciones sociales	24
1.3 El contexto y la teoría sobre los movimientos sociales.....	29
II. PROPUESTAS ANALITICAS DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES	37
2.1 El contextual: La estructura de oportunidades políticas, las redes organizativas y los ciclos de protesta.....	39
2.2 El relacional: Los repertorios de acción colectiva.....	43
2.3 El identitario: Discurso y vida cotidiana	45
III. LA CONSTRUCCIÓN DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES COMO OBJETO DE ESTUDIO DESDE LA PERSPECTIVA LATINOAMERICANA	50
3.1 La Modernidad criticada	51
3.2 El Neoliberalismo: de la desigualdad a la exclusión.....	54
3.3 La Democracia: la exclusión como motor político	60
3. 3. 1 Política cultural y democracia en los movimientos sociales	68
IV. EL MOVIMIENTO SOCIAL DE RESISTENCIA CIVIL EN LA CIUDAD DE MÉXICO: UNA PROPUESTA ANALÍTICA	72
4.1 Aspectos sustantivos.....	73
CONCLUSIONES	86
BIBLIOGRAFÍA CITADA	100